



Paola Peretti

El árbol de las cerezas



Lectulandia

Mafalda es una niña de nueve años que adora ir a clase, jugar al fútbol y a su gato, «Óptimo Turcaret». Está segura de que el espíritu de su abuela vive en el cerezo que hay en el patio de la escuela, junto a Cosimo, el protagonista de su libro favorito, *El Barón Rampante*. Mafalda siempre cuenta los pasos hasta la escuela y cada día son más los que necesita para ver el cerezo: la enfermedad de Stargardt que padece la está dejando ciega poco a poco. Mafalda intenta aceptar la oscuridad que se aproxima a pasos de gigante con una mezcla de terror y prodigiosa valentía. Junto con la extraordinaria Estella, la conserje de la escuela, aprenderá a subir al cerezo con los ojos cerrados y a hacer una lista de las cosas que más le gustan y que no quiere olvidar.

En este extraordinario, debut literario, Paola Peretti transmite con una fuerza contagiosa la complejidad de su propia experiencia, pues ella misma está perdiendo la vista poco a poco. Con vocación de clásico universal, inolvidables personajes y un lenguaje de intensa fuerza poética, *El árbol de las cerezas* supuso un acontecimiento editorial extraordinario, e incluso antes de su publicación los derechos se adquirieron en veinte países.

¿Somos aún capaces de recuperar lo esencial, lo verdaderamente valioso de nuestra experiencia vital? ¿Es posible conservar aquello que conocemos y amamos, y a la vez dar un salto hacia lo desconocido? Mafalda conoce, más temprano que muchos otros, el vacío de la pérdida, pero también la belleza infinita de la amistad y el amor, y aprende que la aceptación no es renuncia. Una novela sensible, exquisita y osada, para lectores de todas las épocas y todas las edades.

Paola Peretti

El árbol de las cerezas

ePub r1.0

Titivillus 01.12.2019

Título original: *La distanza tra me e il ciliegio*
Paola Peretti, 2018
Traducción: Isabel González-Gallarza Granizo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A Anna y Mario, magníficos narradores, lectores, cocineros,
peluqueros, conductores, estilistas, maestros, psicólogos,
cómicos, educadores, amigos y abuelos.
Es decir, mamá y papá.
Habéis hecho mucho, y lo habéis hecho bien. Decídselo a los
niños que una vez fuisteis,
por favor.*

Setenta metros

1

La oscuridad

A todos los niños les da miedo la oscuridad.

La oscuridad es una habitación sin puertas ni ventanas, llena de monstruos que te atrapan y te comen en silencio.

Pero a mí no me da miedo: yo la oscuridad la tengo dentro de los ojos.

No me lo estoy inventando. Si me lo estuviera inventando, mamá no me compraría pastas en forma de melocotón rellenas de crema y licor, y no me dejaría comérmelas antes de cenar. Si todo estuviera bien, papá no se escondería en el baño como cuando llama la casera, porque cuando llama siempre es para darnos malas noticias.

—No te preocupes —me dice mamá mientras lava los platos de la cena—. Ve a jugar a tu cuarto y no pienses en nada.

Yo me quedo un momento en la puerta de la cocina, tratando de obligarla a volverse hacia mí con la fuerza del pensamiento, pero nunca funciona. Así es que ahora estoy aquí, en mi cuarto, acariciando a «Óptimo Turcaret», mi gato marrón y gris con un nudo en la punta de la cola. A él no le importa que lo levante, lo ponga boca arriba en la alfombra o lo persiga con la escobilla del baño. Es un gato, dice papá, y los gatos son unos oportunistas. A lo mejor eso significa que le gustan los mimos. A mí me basta con que esté a mi lado cuando tengo un problema y siento la necesidad de abrazar algo caliente y blando. Como ahora.

Yo sé que algo no va bien. Aunque solo tenga nueve años, me doy cuenta de todo. La novia de mi primo dice que tengo un tercer ojo. Es india y lleva un circulito pintado en mitad de la frente. Me gusta que piense eso, pero yo me conformaría con que me funcionaran los dos ojos que tengo de verdad.

De vez en cuando, como ahora, me entran ganas de llorar. Se me empañan las gafas cuando estoy a punto de hacerlo. Me las quito, y así al menos se secan y se me borra la marca roja de la nariz. Las llevo desde primero de primaria. Estas, amarillas con brillantitos, las compramos en diciembre del año pasado y me encantan. Me las pongo de nuevo delante del espejo.

Sin las gafas lo veo todo como si hubiera niebla, como cuando me ducho con agua muy caliente. Mi niebla se llama niebla de Stargardt, o al menos eso me han dicho papá y mamá, que lo habrán oído en el hospital. En el móvil de papá, que tiene internet, pone que el señor Stargardt era un oculista alemán de hace un siglo: fue él quien descubrió lo que me pasa dentro de los ojos. Él también se dio cuenta de que los que tienen esta niebla empiezan a ver manchas negras delante de las cosas y de la gente, y esas manchas se van haciendo más y más grandes, hasta volverse gigantes, y por eso aquellos a los que les pasa esto tienen que acercarse cada vez más a las cosas para verlas mejor. Internet dice: «La enfermedad afecta aproximadamente a una de cada diez mil personas». Según mamá, Dios elige a las personas especiales, pero a mí no me parece que esto que me pasa sea una suerte.

2

Cosas muy importantes para mí (que ya no podré hacer)

Me veo en el espejo a tres pasos de distancia.

Pero mi distancia se va reduciendo: el año pasado me veía a cinco pasos. Delante del espejo le acaricio la cabeza a «Óptimo Turcaret», y ya de paso me aliso el pelo. Últimamente a mamá le gusta hacerme coletas, ¡y hay que ver cómo se pone si me despeino! Le gustan tanto que me las deja hasta para dormir. Papá asoma la cabeza y me dice que me *empijame* y que me lave los dientes. Yo le digo que sí, pero luego siempre me quedo mucho tiempo mirando por la ventana antes de obedecer. Por la ventana de mi cuarto se ve un buen trozo de cielo negro. Me gusta asomarme a mirar las noches de otoño como esta porque no hace frío y se ven la luna y la Estrella Polar, que brillan con fuerza. Mamá dice que son el farol y la cerilla de Jesús. A mí lo que me interesa es asegurarme de que sigan ahí todas las noches.

Antes de dormir, papá viene a leerme un cuento. Vamos por la mitad de *Robin Hood*, que me hace soñar mucho con bosques y flechas. Después suele venir también mamá, que me coloca bien las coletas sobre la almohada, alrededor de la cara, y cuando me da las buenas noches le huele el aliento a polo de menta.

Pero esta noche entran los dos juntos y se sientan uno a cada lado de mi cama. Me dicen que se han dado cuenta de que veo algo peor y que por eso han decidido llevarme al médico la semana que viene a que me hagan unas pruebas muy especiales. No me gusta saltarme el cole porque me pierdo información importante (¿cuánto tiempo tardaron en construir las pirámides?) y cotilleos (¿es verdad que Chiara y Gianluca de cuarto C están saliendo otra vez?). Pero delante de papá y mamá me quedo callada. Espero a que salgan y apaguen la luz grande, y luego enciendo la lámpara de mi mesita de noche y paso los dedos por el borde de los libros que están en una repisa encima del cabecero de la cama. Cojo un cuaderno que tiene una esquina doblada.

Lo apoyo sobre la almohada. En la tapa hay una etiqueta en la que pone:
LA LISTA DE MAFALDA.

Este cuaderno es mi agenda personal. En la primera página hay una fecha: 14 de septiembre. Esto era hace tres años y once días. Debajo pone:

*Cosas muy importantes para mí
(que ya no podré hacer).*

No es una lista muy larga. A decir verdad son solo tres páginas, y al principio de la primera pone:

Contar todas las estrellas que hay por la noche.

~~*Pilotar un submarino.*~~

Hacer señales de luz de buenas noches por la ventana.

Alerta roja. Gafas empañadas.

La abuela vivía justo delante de nosotros, en la casa roja con visillos de encaje en la que ahora vive una pareja que nunca saluda y que ha cambiado los visillos. La abuela era la madre de papá, tenía el pelo rizado como él y como yo, totalmente blanco, y siempre me hacía señales con la linterna antes de irse a la cama. Un instante de luz quería decir «Te estoy llamando»; dos, «Buenas noches»; tres, «Igualmente». Pero eso era antes, cuando todavía me veía en el espejo a nueve pasos de distancia.

La segunda página no se la enseñó a nadie, ni siquiera a «Óptimo Turcaret», porque es supersecreta.

En la tercera página pone:

Jugar al fútbol con los chicos.

Inventarme recorridos por el bordillo de la acera, y si te caes, vas a parar a la lava y te mueres.

Hacer competiciones de tirar a canasta con bolas de papel.

Trepar al cerezo del colegio.

Al cerezo del colegio he trepado un montón de veces, desde mi primer día en primero de primaria. Es mi árbol. Ningún otro niño consigue trepar a lo más alto como yo. De pequeña acariciaba el tronco y lo abrazaba... Era mi amigo.

A «Óptimo Turcaret» lo encontré en el cerezo del colegio. Estaba muy asustado, era marrón y gris como ahora pero más feo. Era tan pequeñito que me lo pude llevar a casa metido en el bolsillo, y papá y mamá no se dieron cuenta de que era un gatito pequeñísimo hasta que lo saqué y lo puse sobre la mesa de la cocina. Todavía no se llamaba «Óptimo Turcaret», no tenía nombre, pero cuando llevaba ya un tiempo viviendo en nuestra casa y siguiéndome a todas partes, incluso al colegio, papá me regaló su libro preferido, *El barón rampante*. Me lo dio por la noche antes de dormir. Así conocí a Cosimo, un niño mayor que yo (pero poco), que vivía en una época en la que la gente llevaba peluca y querían obligarlo a hacer unos deberes

aburridísimos y a comer unas cosas asquerosas, y su perro salchicha tenía dos nombres, y entonces coincidimos en que «Óptimo Turcaret» tenía una cara igualita a la de «Óptimo Turcaret», aunque nuestro gato no tenga dos dueños pequeños como el perro salchicha, que se llamaba *Óptimo Máximo* cuando estaba con Cosimo, y *Turcaret* a secas cuando volvía con su dueña de verdad, Viola.

Mi personaje preferido del libro es Cosimo: me encanta que se vaya a vivir a los árboles, y que no vuelva a bajar porque quiere ser libre. Yo no sería tan valiente. Un día intenté construir una cabaña entre las ramas del cerezo, con papel higiénico, pero empezó a llover, y las paredes se deshicieron. Pero lo que más me gustaba era llevarme un tebeo y leerlo en una rama que estaba dividida en dos. Entonces todavía veía bastante bien.

Desde primero, cada año me hago pruebas en los ojos, y me ponen unas gotas que escuecen. Mis médicos lo llaman «una revisión de rutina». Las pruebas superespeciales de la semana que viene, en cambio, me parece que serán un poco distintas, porque mi llamita, la que tengo dentro de los ojos, se está apagando muy deprisa. Pero que muy muy deprisa. Me lo ha explicado la oculista, que no es alemana como el señor Stargardt y no ha descubierto nada pero me da siempre un lápiz con una gomita de colores en un extremo. Me ha dicho que a algunas personas la lucecita se les apaga ya de viejas, y a otras antes. A mí se me apagará del todo siendo aún una niña.

Me quedaré a oscuras, me ha dicho.

Pero ahora no quiero pensar en eso, ahora solo quiero soñar con los bosques y las flechas de Robin Hood.

Cierro mi agenda personal y apago la luz.

Cosimo, ¿me ayudas?

Tú sí que eres capaz de hacerlo todo, y eres bueno. Lo sé porque en el libro le leías cuentos al bandido aunque él hubiera hecho un montón de fechorías, se los leías entre los barrotes de la cárcel hasta el día de la condena a muerte, pero ¿y a mí? ¿Quién me va a leer a mí? ¿Quién me va a leer cuentos a mí cuando me quede a oscuras y papá y mamá estén trabajando?

Si ni siquiera tú, que eres amigo de los árboles como yo, me ayudas, no pienso hablarte más. Peor aún, no pensaré en ti. Tienes que encontrar la manera de ayudarme, aunque sea una manera secreta, no hace falta que me la digas, basta con que la encuentres. Si no lo haces, con el pensamiento haré

que desaparezcan las ramas en las que estás sentado, y os caeréis a la lava donde están los cocodrilos, o al suelo, que para ti es aún peor porque has jurado que nunca bajarías de los árboles.

Estella siempre dice que podemos apañárnoslas solas, que no necesitamos nada. Pero yo sí necesito una cosa. ¿Me lo prometes, Cosimo? ¿Me prometes que me ayudarás?

3

El juego de amazona

La idea de la lista me la dio Estella hace tres años y once días, cuando vino de Rumanía a trabajar de bedel en mi colegio.

Yo estaba en el patio, subida al cerezo. Sonaba el timbre, y no conseguía bajar del árbol.

—No *podes* bajar, ¿verdad?

Miré hacia abajo, entrecerrando los párpados, y aparté una ramita que tenía muchas hojas amarillas. Cerca del tronco, con los brazos cruzados sobre el pecho, había una señora de la limpieza a la que no había visto nunca antes en el colegio. Era alta, con el pelo oscuro, y aunque no veía bien de qué color tenía los ojos, me parecían muy grandes y muy negros, tanto que casi me daban miedo.

—*Pos* yo ayudo. Luego, a clase vas.

Debía de ser extranjera. Me quedé inmóvil en el árbol. Me daba mucho miedo caerme.

—Pones pie aquí. —La bedel de los ojos que daban miedo me señalaba un trozo de tronco con un saliente, un poco más abajo. Yo me agarraba con fuerza a la rama en la que estaba sentada. Intenté llegar con el pie, pero resbalé, y la corteza se desprendió bajo mi peso. Volví rápidamente a la posición anterior.

—No bajo.

—¿Y quedas ahí vida entera?

—Sí.

—*Pos* adiós. —La bedel se alejó hacia el colegio. Se oyó un crac bajo sus pies, y se agachó para recoger del suelo unas gafas rojas. Estaban entre las hojas.

—¿Y esto? ¿Tuyo?

—Son mis gafas. Se me han caído cuando trepaba. ¡Y ahora ya no puedo bajar!

—No llores. No hay necesidad. —La señora de los ojos negros volvió a ponerse debajo de mi rama—. ¿*Sabe?*, en Rumanía yo también subía siempre a árboles. Me gustaba jugar en árboles, todo arriba.

Yo me sorbí la nariz y le pregunté a qué jugaba.

—Hacía juego de..., ¿cómo se dice?..., amazona. ¿Tú *sabe* qué es amazona?

—No. ¿Qué es?

—Es una guerrera a caballo, como hombre. Que no tiene miedo de bajar de árbol.

—Pero ella no necesita gafas.

—No. Es muy fuerte. No tiene miedo de nada. Se corta un trozo de teta para llevar lanza.

—¿Un trozo de teta?

—Sí. Abuela de abuela de mi abuela era de familia amazona, hace mucho tiempo.

—No es verdad.

—Sí verdad.

La señora de los ojos negros que daban miedo se remangó rápidamente la bata y se puso a trepar. Yo seguía agarrada con fuerza a una rama. Cuando llegó a mi altura, se sentó a mi lado en la rama como si estuviera montada a caballo.

—¿Ves? Amazona.

—Pero ¿ahora cómo bajamos?

Se sacó mis gafas del bolsillo de la bata y me las dio. Yo me las puse enseguida. Estaban manchadas de tierra y un poco torcidas, pero con ellas veía mejor.

—Ahora tú me sigues —me dijo la bedel de los ojos grandes. De cerca vi que también tenía los labios pintados de rosa oscuro. Empezó a bajar, tan deprisa como había subido.

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

—Yo no quiero bajar.

—Pero ¿por qué, Dios el santo? ¡Tú sí bajas, que tengo que trabajar!

Me daba pena hacerle perder el tiempo. Había sido buena trayéndome las gafas, pero yo no quería bajar porque el día anterior la doctora Olga me había dicho que tenía una cosa mala en los ojos, y estaba asustada.

Prefería estar ahí, así no me pasaría nada.

Se lo dije a la señora. Le conté también que no veía bien y que la cosa iba a ir a peor. Le confesé que no quería no poder trepar más a los árboles. Ella tenía los ojos enormes, pintados de negro.

—Si ya no *podes* hacer cosas, tienes que escribir lista. Así estás segura que no pierdes ninguna.

—¿Una lista?

—Claro. Una lista. Yo también hice lista hace años.

—¿Tú también veías mal?

—No.

—Entonces ¿qué te pasaba?

La señora resopló y siguió bajando del árbol.

—Tenía menos problema que ahora, no te fastidia.

La seguí despacito, avanzando por mi rama. Me sentó un poco mal su contestación, pero tenía curiosidad.

—¿Y qué ponía en tu lista?

—Baja, que yo enseño. ¿Cómo te llamas?

—Mafalda. ¿Y tú?

—Estella.

Estella saltó desde la rama más baja y se volvió hacia mí. Yo también llegué a una rama baja y salté. Ella me cogió en el aire y me dejó en el suelo. Después se dirigió a la puerta del colegio, pero antes me hizo una señal con la mano para que me acercara.

—Estella no dice mentiras. Solo verdad. Vamos a ver lista de Estella.

Ahora veo a Estella todos los días en el colegio.

Cuando llego a las ocho menos diez, ella me está esperando en la puerta y me hace su señal secreta, que no es tan secreta porque la oye todo el mundo. Es un silbido tan fuerte que te rompe los tímpanos, y solo lo sabe hacer ella, metiéndose dos dedos en la boca. Yo lo oigo desde lejísimos y voy a su encuentro.

Pero antes me paro a saludar al cerezo. Lo veo a distancia (un poco lejos), desde el camino que recorro todos los días con papá. En realidad delante de mí solo hay una nubecita de colores, pero sé que es el árbol, o su pelo, si fuese un gigante bueno como yo me lo imagino. Mi abuela decía que en el tronco de los árboles siempre vive un gigante, que es el espíritu del árbol, y se va a otro cuando le cortan el tronco. En el jardín de la abuela también había un cerezo: cuando era muy pequeña yo trepaba hasta la copa y ayudaba a la abuela a coger las cerezas maduras. Ni siquiera necesitaba las gafas.

Con las cerezas del árbol de la abuela hacíamos una tarta, y también mermelada, y la guardábamos para el invierno. Pero después hubo que talarlo porque estaba enfermo, tenía piojos, pero yo creo que habría bastado con que

le cortáramos las hojas. A nosotros, cuando cogemos piojos en el colegio, solo nos cortan el pelo, no nos matan.

Cuando talaron el tronco decidí que el gigante se había ido a vivir al cerezo del colegio y que se había llevado consigo el espíritu de la abuela. Sería divertido contar cuántos pasos hay entre el punto en el que consigo ver mi árbol y el punto donde se encuentra. Así sabría lo cerca que estoy del gigante de la abuela. Me esfuerzo en verlo, entrecerrando los ojos, y, por fin, ahí está: una mancha roja, amarilla y naranja, como una peluca de payaso; borrosa, sí, pero ahí está. Y cerca está el colegio, que es una nube azul. Enseguida me pongo a contar: uno, dos, tres...

—Venga, Mafalda, si te pones a andar así, vamos a llegar tarde. —Papá tira un poquito de mí, agarrándome de la mano.

—Papá, ¿cuánto mide un paso mío?

—Pues no lo sé..., medio metro, más o menos. Eres bastante alta para tu edad.

Sigo contando. Cuento treinta pasos y oigo el silbido de Estella. Treinta y cinco, treinta y seis... Cuarenta, cincuenta, cien... Llegamos a la verja del colegio. Estella viene a mi encuentro, saluda a papá y me acompaña dentro. Cerca del árbol recojo del suelo una hoja. Está húmeda, es amarilla por delante y marrón por detrás. Tiene una forma perfecta y huele a tierra. Como cuando jardineaba con la abuela. Me la guardo en el bolsillo.

Desde el punto en el que he alcanzado a verlo, he dado ciento cuarenta pasos para llegar hasta el cerezo.

Setenta metros.

Sesenta metros

4

La parte del centro del ojo

La segunda página de mi lista es la más importante, en mi opinión, y, como es supersecreta, la he escondido entre las otras dos, así si alguien me roba el cuaderno personal y lee la primera página pensará que no hay nada especial en él.

A decir verdad, también la primera y la tercera página son importantes, pero más la segunda porque en ella he escrito cosas que no le diría nunca a nadie. Se me ha ocurrido este truco porque Sherlock Holmes también recurre a muchos de este estilo para las cosas secretas. Dentro de poco tengo que ir a ver a la doctora Olga. Estoy esperando a que mamá termine de maquillarse, y hago como que abrazo a «Óptimo Turcaret» en la terraza. Pero en realidad estoy mirando a escondidas la segunda página de la lista. Estella me ha dicho que no lo haga porque lo que escribo ahí tengo que olvidarlo o llevármelo a cuestas y ya está. No he entendido muy bien lo que quiere decir con eso. He decidido que leeré la segunda página cuando me apetezca, al menos hasta estar completamente segura de haberlo entendido bien.

Oigo el taconeo de mamá, que se acerca. Siempre se pone tacones para ir al médico. Cierro de golpe el cuaderno personal y lo escondo debajo de la tumbona.

—¿Estás lista? Vámonos.

Ya pensaré en otro momento en eso que ha dicho Estella. Dice tantas cosas que de verdad creo que me quedaré a oscuras antes de haberlas entendido todas.

Me parece que la doctora Olga tiene los ojos verdes.

Se sienta a su mesa y me regala un lápiz con una gomita en forma de dinosaurio.

—¿No tiene uno con algún dios egipcio? —le pregunto. Mamá, sentada a mi lado, me da un codazo.

También está papá, lleva una chaqueta bonita encima del uniforme de trabajo. Ha salido para comer, pero hoy tiene que estar con nosotras en el hospital porque ha llegado el resultado de mis pruebas. La doctora dice que

conseguirá lápices con dioses egipcios, por si se los piden otros niños. Luego se pone muy seria.

—Señores, la situación no es buena. En los últimos meses, la retina de Mafalda se ha vuelto más fina, hasta el límite máximo que el tejido puede tolerar. La mácula...

—La parte del centro del ojo —intervengo yo para que papá y mamá lo entiendan mejor. Lo hemos estudiado en el colegio.

—Exacto. La mácula de Mafalda está en grave riesgo, como confirman las pruebas realizadas.

No entiendo muy bien lo que dice, pero se me ocurre que igual podría haberme esforzado más en las pruebas, no me quedé quieta del todo cuando me pusieron los cables en los ojos, ¡y durante la prueba del punto rojo hasta me quedé dormida! Quiero decírselo a la doctora, pero ella sigue hablando en voz tan baja que tengo que dirigir la oreja entera hacia su boca para poder oírla.

—La rapidez con la que ha avanzado la enfermedad no nos deja muchas esperanzas. Siendo optimistas...

—¿Cuánto? —pregunta papá en voz aún más baja, algo que nunca hace.

—Siendo optimistas, seis meses.

Papá y mamá se desinflan en la silla como globos pinchados. Yo, en cambio, me acerco al escritorio y le pregunto a la doctora Olga:

—Faltan seis meses ¿para qué?

Ella me mira a través de sus gafas de cristales finos:

—Para que ya no puedas ver, Mafalda.

—¿Entonces me quedaré a oscuras de verdad?

Ella calla un momento. Y luego solo añade:

—Lo siento.

Se me empañan las gafas.

Algunas noticias deberían darlas siempre teniendo un gato al que abrazar.

Tener un amigo del alma

Volvemos de la consulta, y cojo a «Óptimo Turcaret» y lo uso de manta para mi siestita con sueños.

Empecé a echar siestitas con sueños el año pasado, cuando mi primo Andrea se hizo novio de Ravina, que me enseñó una cosa que se llama meditar, que es una manera de tener sueños bonitos aunque estés triste o enfadado y aunque no tengas mucho sueño. Hay que estar muy muy en silencio e imaginarse el cuerpo por dentro, que tampoco es que mole mucho al principio, pero luego te acostumbras y, al cabo de un tiempo, en lugar de pensar en la sangre que corre por las venas y en el cerebro, acabas no pensando en nada. O al menos eso es lo que me pasa a mí. Los ruidos de la casa me rozan la cara como oleadas de caricias, como un tañido lejano de campanas, y al final me quedo dormida. En ese momento llegan los sueños.

En esta siestita me llega un sueño precioso.

Sueño que trepo al cerezo del colegio, hasta la rama más alta, en la cima del árbol. Desde allí puedo ver el pueblo entero; más, el mundo entero. Después abro los brazos y echo a volar, y llego hasta el tejado del colegio, y luego más alto todavía. Y al final me alejo volando. Vuelo hasta la luna y la Estrella Polar, pero también veo todas las demás estrellas, y juego al fútbol con la abuela, que está de portera.

Ha venido Chiara a jugar conmigo, pero no al fútbol. La ha llamado mamá, aunque yo habría preferido estar sola. Estoy aprendiendo a leer en braille, eso de los puntitos en relieve, y el libro que me ha dado Estella para que practique es muy bonito y un poco raro. Se llama *El Principito*. Estella lo ha comprado en Amazon. Pero Chiara es amiga mía desde la guardería, y no puedo hacer como si no estuviera. En realidad hace mucho que no viene a jugar a mi casa y que no me invita a la suya. La última vez fue por su cumpleaños, en junio, y después cada cual se fue de vacaciones.

En cuanto llega, guardo el alfabeto de puntitos. Me lo ve de todas formas y enseguida quiere saber qué estoy haciendo. Le contesto que nada. No sé por qué, pero prefiero que no me mire mientras leo en braille. Me siento tonta. Le

propongo que vayamos a mi cuarto a jugar al restaurante, porque sé que le gusta cocinar y que siempre ve *MasterChef*. Ponemos la mesa, con platitos y cubiertos de plástico. No encuentro los vasos de juguete, así que vamos a por dos vasos de verdad y los llenamos de agua de verdad. Chiara hace de camarera y de cocinera, y yo, de cliente. Finjo que miro la carta y elijo unos platos complicadísimos. Chiara se divierte escribiéndoselos en la mano y después se los repite (todos mal) al cocinero, que está en la cocina, es decir, dentro del armario abierto, y luego se pone a hacer como que cocina. A mí me gusta jugar al restaurante, pero tampoco mucho; por eso, después de repetir tres veces la misma escena, le propongo que juguemos a la pareja que va a cenar fuera, para variar un poco. Nos despedimos de «Óptimo Turcaret», que se queda en casa con la canguro, es decir, mi muñeca Megghi, y nos sentamos a la mesa. Enseguida se nos ocurre a las dos (pasa así a veces con las amigas del alma) hacer bebidas mezclando ingredientes, y corremos por toda la casa buscando cosas asquerosas. La tierra de las macetas, sal y pimienta, unas gotas de la colonia de papá y hasta un poco de pegamento que parece baba de babosa. Lo revolvemos todo con un tenedor y regresamos a la mesa. Entonces Chiara dice:

—Hagamos un brindis. —Levanta el vaso lleno de ese líquido amarillento y finge beber.

Yo alargo la mano para coger el mío, que está justo a mi izquierda, creo. Pero el ojo se me oscurece y, en vez de coger el vaso, le doy un golpe muy rápido y se lo echo encima a Chiara, que se pone a gritar porque se ha mojado los *leggings* con ese líquido asqueroso. La oscuridad se llena de arañas brillantes, no veo nada, solo oigo rodar el vaso y un ruido de cristales rotos cerca de mis pies. Mamá entra corriendo y pregunta qué ha pasado.

Chiara insiste en que quiere irse a su casa, aunque ni siquiera son las cuatro. Oigo a su madre, que se ha quedado a tomar café, hablar en el pasillo. Despacio la mancha oscura del ojo izquierdo desaparece, pero ahora Chiara y su madre ya están en la puerta, con las llaves del coche en la mano.

—Nos vemos mañana en el colegio —le digo, asomando la cabeza al pasillo.

Ella solo me contesta «Adiós», y se va.

Mamá cierra la puerta y se acerca a mí con un trapo mojado en las manos.

—¿Te apetece un bocadillo de chocolate?

La abuela me lo habría hecho de mermelada.

Yo voy a mi cuarto y me pongo a leer otra vez *El Principito*. Bueno, hago como que leo. Mamá vuelve a la cocina, muy despacio, y así yo puedo sacar

mi cuaderno personal. Lo abro por la segunda página, la supersecreta, y con el rotulador negro tacho donde pone «Tener un amigo del alma».

6

Él también lleva gafas

Me gusta el personaje del Principito, pero el que más me gusta de todos es Cosimo, el niño que era barón y vivía en los árboles porque estaba enfadado con su familia. Ese libro es el preferido de papá porque se lo regaló la abuela cuando iba al instituto. La abuela decía que conocía al escritor, que eran amigos, tan amigos que casi lo *amaba*. Yo estas cosas no las entiendo bien, yo pienso que o se es amigo o se ama a alguien, porque si hay dos palabras distintas para decir una misma cosa, no puede ser lo mismo. La abuela decía que con los amigos se leen libros, como Cosimo con el bandido, y yo estoy segura de que Cosimo y yo podríamos leer muchos libros juntos si nos conociéramos.

Estamos a 2 de noviembre, y no tengo colegio.

Voy con papá y mamá al cementerio a ver a la abuela y a otros parientes que no conozco.

Me gusta el cementerio porque tiene el suelo de baldosas blancas y negras, como un tablero de ajedrez, y siempre juego a saltar de una a otra. Pero el año pasado una señora se tropezó por mi culpa, aunque yo no lo hice aposta, y ya no me dejan saltar. Por eso ahora me aburro muchísimo en el cementerio. La lápida de la abuela es fea, tiene un angelito con cara de tonto, a pesar de que ella no creía en los ángeles, aunque a mí siempre me llamaba «ángel mío».

Hoy hay unos niños jugando al fútbol en la plaza que está delante del cementerio. Algunos van a mi clase. Hay uno un poco mayor que siempre incordia y se pega con todos los niños del colegio. Lo reconozco por la chaqueta azul que lleva, con su nombre escrito detrás: Filippo. Es el único que tiene una así. No sé dónde se la habrá comprado.

Sentada en un poyete del aparcamiento veo también a Chiara. Le pregunto a mamá si puedo quedarme con ellos mientras papá y ella visitan las tumbas de los parientes.

—Vale, pero no te alejes. —Mamá siempre dice eso. Pero ¿dónde cree que voy a ir?

Me acerco a Chiara, que está charlando con otra niña de nuestro curso. Me saludan, pero enseguida se ponen a hablar entre ellas otra vez. Me da igual

porque, total, a mí me interesa más el fútbol. Cuando estaba en segundo entrené un año en un equipo mixto. Me pusieron de portera. Después lo dejé porque me rompieron las gafas de un balonazo. Pero me gustaría seguir jugando a escondidas.

Los chicos están formando los equipos. No consigo contarlos porque desde lejos me lío un poco, pero oigo decir a Marco, uno de mis compañeros de clase, que tiene que irse ya. Sus padres han terminado su visita al cementerio. Yo oigo siempre todas las palabras, incluso de lejos, y los ruidos. Cuando pasa la ambulancia la oigo antes que nadie, en el colegio, en casa y donde sea. La doctora Olga dice que se me ha desarrollado el oído porque veo mal. Pero esto tampoco es que me haga sentir muy afortunada.

Si Marco se va a casa, puedo jugar yo en su lugar. Me acerco al grupo de chicos y pregunto si puedo sustituirlo.

Filippo me mira por encima de los cristales de las gafas. Él también lleva gafas, pero no me había dado cuenta porque son transparentes.

—Ni hablar. Eres una chica. No sabes jugar.

—No es verdad. He jugado un año de portera. Pregúntaselo a él.

Señalo a otro de mi clase, Kevin. Los demás lo miran.

—Sí, es verdad, estaba en mi equipo. Pero..., no sé...

Creo que le da miedo que juegue mal y por mi culpa nos marquen un gol.

—Soy capaz hasta de tirarme al suelo haciendo una parada —le digo a Filippo—. Ponme de portera.

Él me mira con expresión de duda. Los demás se quedan callados, menos uno que se queja de que soy una chica.

—Si no quieres jugar, vete a tu casa —le dice Filippo, dándole un empujón.

El que se ha quejado se enfada pero no se va. Mientras los demás se quedan pensando qué hacer, yo voy hacia la portería, que es un hueco para aparcar delimitado por dos chaquetas hechas una bola en el suelo. Los demás chicos terminan entonces de formar los equipos, y el novio (o exnovio) de Chiara se saca un silbato del bolsillo de los vaqueros. Empezamos a jugar.

Nuestro equipo es mejor, los jugadores están siempre agrupados en el campo contrario intentando marcar. Pero, de repente, uno del otro equipo les roba el balón y viene hacia mí mientras todos gritan a su alrededor. Por seguridad, salgo de la portería. El tiro es flojísimo, pero casi no paro el balón porque lo he visto un poco tarde y se me escapa de las manos. Si acaba en la portería, me matan. Pero consigo pararlo y me lo quito de encima chutando lejos.

Filippo hace trampas. Da patadas y codazos, y nunca les deja el balón a sus compañeros. Me doy cuenta porque, cuando pasa él, los demás acaban en el suelo o gritan «¡Falta!». Pero uno de los de mi equipo va a por él, y después de un poco de lío me entero de que Kevin ha marcado un gol porque los nuestros gritan y corren por todo el campo con el jersey por encima de la cabeza como los jugadores de verdad. Yo también lo hago. Se me enreda con las gafas, pero no me importa.

Lo que pasa es que el juego se reanuda enseguida, y apenas me da tiempo a volver a mi puesto cuando Filippo llega corriendo con el balón en los pies, y estoy yo sola para defender la portería. Estoy empapada en sudor, y se me empiezan a empañar las gafas. No estoy llorando, es solo el calor, pero no consigo ver bien lo que pasa. Me preparo para hacer una parada. Por un instante veo a Filippo estirar la pierna para chutar sin dejar de correr, luego siento un golpe muy fuerte en el hombro izquierdo y noto que el balón rebota cerca de mí. Trato de no pensar en el dolor y atraparlo con las manos, pero solo veo algo blanco flotando entre la portería y yo. Lo toco. Los otros se ponen a gritar «gol en propia meta» y lo celebran corriendo por todo el campo, como nosotros hace un momento.

Mis compañeros de equipo se me acercan enfadados, hablan todos a la vez, y yo..., yo no he visto llegar ese cañonazo.

Quizá sea mejor que deje de jugar.

Recojo mi chaqueta, que había dejado en el suelo con las demás, y me voy hacia el coche de mis padres, aunque no recuerdo demasiado bien dónde está. Nadie trata de retenerme. Ni siquiera me despido de Chiara. A mi espalda oigo a Filippo que les dice a los demás:

—Venga, volvemos a empezar. ¿Quién quiere ponerse de portero?

Cosimo, ¿por qué no me ayudas?

A ti te gustaba jugar con los demás niños de Ombrosa, aunque en realidad fueran unos ladronzuelos y tú tuvieras que hacer de centinela desde lo alto de los árboles. ¿Has visto?, todos tienen un amigo que los ayuda, mientras que yo solo tengo a Óptimo Turcaret, que no sabe hablar y juega fatal al fútbol, en mi opinión. Debes ayudarme porque tú tienes a la pandilla de niños ladrones, a Viola, y hasta un hermano, mientras que yo no, y, si no me ayudas, con la fuerza del pensamiento haré que desaparezca tu hermano del libro y que sea mi hermano, aunque no sé qué hay que hacer para tener un hermano.

Ahora que lo pienso, ¿no estarás con mi abuela? ¿No se habrá subido al árbol con el gigante cuando talaron el cerezo de su jardín? Total, que ahora también tienes una abuela con la que entretenerte, así que, ¿sabes una cosa?, tienes que decirle que me mande una señal, un aviso, algo. Algo bien claro. Porque, si no, no me creo que esté ahí contigo y que de verdad estéis intentando ayudarme.

Cosimo, me vas a echar una mano, ¿verdad?

Jugar al fútbol con los chicos

—¿Qué *ti* pasa?

Estella ya ha aprendido muy bien nuestro idioma, pero todavía se equivoca de vez en cuando en alguna palabra. Me mira desde el cuartito de los bedeles, el que está en el patio cubierto, y por un momento sus ojos vuelven a darme miedo.

—Nada. ¿Por qué?

—Tienes cara de que se te ha muerto el gato.

—«Óptimo Turcaret» está muy bien, gracias.

Estella no se lleva bien con «Óptimo Turcaret» porque está convencida de que hace sus necesidades en el huerto del proyecto biológico, cuando viene a esperarme a la salida de clase. Aunque no le guste mi gato, siempre se da cuenta de si estoy bien o no. Ella también tiene un tercer ojo.

—Entonces ¿qué ha pasado?

Entro en el cuartito, me siento en el sillón con ruedas y me pongo a dar vueltas, impulsándome con el pie.

—Nada, solo que todo me sale mal.

Estella me baja de su sillón, se sienta ella y rebusca en el fondo de un cajón hasta que encuentra una de las bolsas de patatas fritas que confisca a los otros niños. Me la da, y nos comemos unas pocas juntas.

—A ti siempre te salen mal las cosas, Mafalda. Eres así.

Dejo de comer un momento y me miro los pies.

—No. Es porque no veo bien.

Me pone una patata delante de las narices.

—¿Cuántas hay aquí?

—Una.

—¿Ves como sí ves?

Tiro las patatas que estaba comiendo en la papelera debajo de la mesa y casi me pongo a llorar.

—¡Qué más da cuántas patatas veo! Yo quiero jugar al fútbol. Quiero ver el balón cuando viene hacia mí.

—Y yo quiero irme a la luna mañana por la mañana.

Cuando se pone así me gustaría darle un puñetazo en la nariz. Pero después me sonrío con su pintalabios fucsia, y a mí también me entra la risa porque pienso que mañana podría no venir al colegio y llamarme por teléfono para decirme que está en la luna.

Ella también deja de comer.

—Mafalda, ¿acaso no sabes que no es tan importante ver esto o lo otro?

—¿Cómo que no? Es importante ver el balón si quiero jugar al fútbol.

—¿Y tan importante es para ti jugar al fútbol?

—Sí, mucho.

—¿Tanto que si no juegas te mueres?

Me lo pienso un poquito.

—Bueno, tanto igual no.

—Pues entonces no es esencial.

Estella tira a la papelería la bolsa de patatas vacía.

—¿Qué significa esencial?

Se limpia las manos con un pañuelo de papel, luego coge su bolso y saca un librito. Lo hojea y me indica que me acerque con un gesto, el mismo de siempre, abriendo y cerrando la mano deprisa. Yo me pongo detrás de ella e intento leer por encima de su hombro, pero no lo consigo. Para mí las palabras de los libros son demasiado pequeñas, son hormigas negras y quietas que no quieren decir nada.

—¿Qué es?

Estella lee en voz alta:

—«Adiós. Este es mi secreto. Es muy sencillo: solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos», dijo el zorro.

—¡Es *El Principito*!

—Exacto. Tú no has leído la página, pero has sabido qué libro era.

—Pero ¿qué tiene que ver conmigo? Yo no sé qué es lo esencial.

—¿Sabes qué lo era para el Principito?

—Creo que su rosa.

—¿Y podía verla?

—No, porque se la había dejado en su planeta.

Nos quedamos calladas un momento. Estoy esperando a que me lo explique mejor. Pero ella no es de explicar las cosas. Se levanta, me pone las manos en los hombros y dice:

—Encuentra tu rosa, Mafalda. Lo que para ti es esencial. Una cosa que puedas hacer sin ojos.

Me vuelve hacia el pasillo, me empuja fuera y cierra la puerta del cuartito. Por la mirilla la oigo ponerse a cantar una canción de Marco Mengoni. Por la canción entiendo que tengo que irme, y caigo en la cuenta de que llego tardísimo a clase de religión, que es un aburrimiento. Gracias, Estella.

Cuando casi me encuentro al final del pasillo, la oigo abrir la puerta y decir en voz alta:

—¡Está *malo* tirar la comida! ¡La próxima vez la recoges de la papelera y te la llevas a casa para tu gato feo!

Una cosa que pueda hacer sin ojos... Estoy tumbada en la cama con mi cuaderno personal abierto sobre las rodillas y «Óptimo Turcaret» calentándome los pies.

Es difícil. Sin ojos no se puede hacer casi nada. Jopé. ¿Por qué me ha tenido que dar a mí la niebla de Stargardt?

Tacho «Jugar al fútbol con los chicos», tiro el cuaderno debajo de la cama y apago la luz.

Esta mañana el cerezo tiene el pelo castaño con mechones amarillos como mi madre. Uno, dos, tres..., treinta, cuarenta, sesenta...

Ciento veinte pasos.

Hay sesenta metros entre el cerezo y mis ojos.

Cincuenta metros

8

No estar sola

Se me da genial jugar a la gallinita vendada.

Ya sé que el juego no se llama así, pero a mí no me gusta esa palabra, *ciega*. Prefiero *vendada* porque cuando juegas estás a oscuras solo mientras dura el juego. Me gustaría soñar que juego a la gallinita vendada, despertarme y descubrir que todavía tengo la venda en los ojos, así podría quitármela y volver a ver bien.

Los demás niños nunca quieren jugar conmigo a la gallinita vendada, creen que hago trampas porque consigo atraparlos aunque tenga los ojos tapados. Es porque tengo un truco: me pongo muy quieta, muy quieta entre ellos y escucho si se mueve alguno. En ese momento es superfácil atrapar al que se haya movido, solo hay que lanzarse en dirección al ruido. Y nadie se lo espera. Al cabo de unas cuantas veces se enfadan, dicen que veo bajo la venda y se ponen a jugar con las cartas de «Bola de Dragón», y ahí ya no puedo hacer trampas ni aunque me esfuerce mucho, porque no consigo leer nada.

Así que estoy jugando sola en el jardín. Mamá me deja estar abajo mientras se ducha, pero tengo que volver a casa antes de que se seque. Ella se ducha rapidísimo y no usa ni el secador para poder vigilarme enseguida, así que solo puedo estar aquí unos ocho o nueve minutos. Le he cogido una bufanda suavecita del armario, una oscura, para no poder ver nada incluso por error, y me la he atado tapándome los ojos. Ahora quiero ir desde el cobertizo de las herramientas de jardinería hasta la cerca que hay al fondo del jardín, sin caerme y sin alargar los brazos como un zombi. No sé por qué juego a esto, pero quiero probar a andar en la oscuridad. Las primeras veces me asustaba enseguida y me quitaba la venda en cuanto daba dos pasitos enanos. Ahora, en cambio, avanzo tranquilamente. Andar a oscuras es extraño, es como nadar entre las hojas líquidas y negras de un árbol cuyas ramas tratan de detenerte, pero con cuidado, sin desgarrarte la camiseta. Y tú avanzas, sintiéndote en peligro, pero también en equilibrio, estás sola, pero como vigilada por alguien que no sabes quién es y que no es tu madre desde la terraza.

La abuela decía que no se pueden entender las cosas si no se experimentan. Por eso yo las experimento.

Rozo con los dedos los arbustos secos de hortensias que bordean toda la cerca, los utilizo como referencia para no acabar en mitad del jardín. Cuando ando con los ojos cerrados siempre me equivoco de dirección, aunque esté convencida de estar avanzando en línea recta. Al cabo de unos pasos se me acerca a las piernas una cosa peluda que se arrastra y me corta el paso: es «Óptimo Turcaret». Tengo que pararme para no pisarlo y también para acariciarlo. Lo cojo en brazos y llego al fondo del jardín con sus ronroneos contra el pecho. Pesa y está caliente. Si no supiera que es gris, juraría que es uno de esos gatos de color naranja supergrandes, con la cabeza enorme y el cuello muy gordo. Los gatos de pelo naranja son más rollizos que los demás, no sé por qué. De repente se me ocurre una cosa: ¿cómo se reconocen los colores en la oscuridad? Tendré que preguntárselo a papá y a mamá.

Toco la cerca con la punta del pie y me paro. Mientras pienso si darme la vuelta y volver en dirección contraria o seguir la valla, oigo chirriar el freno de una bici muy cerca de mí, probablemente alguien se ha quedado en el aparcamiento que hay detrás de mi edificio.

—Hola.

Me quito enseguida la venda. La luz de la tarde me dispara unas cuantas estrellitas delante de los ojos, pero me pongo rápidamente las gafas y veo a Filippo con su chaqueta azul en el sillín de una bici amarilla que parece de chica solo que sin cesta. Tiene los brazos en jarras, con los puños cerrados, y se sostiene de puntillas con las piernas separadas para no caerse de esa bici que puede que sea de alguien mayor que él, su madre o su hermana. Lleva la misma chaqueta que el 2 de noviembre, aunque haya pasado más de un mes y empiece a hacer un poco de frío. Debe de encantarle llevar su nombre escrito en la espalda. Así todos lo reconocen y saben quién es.

A mí me gustaría volver a casa y no hablar con él. Me da miedo que me pegue como hace con todo el mundo, aunque yo me defendería. Me abrazo a «Óptimo Turcaret». No creo que me protegiera en una pelea. Eso lo hacen los perros. Los gatos son unos oportunistas. Y no saben bajar de los cerezos.

—¿Tú sabes por qué los gatos no saben bajar de los cerezos? —La pregunta me sale sola, sin pensarlo. La abuela siempre decía que no hay preguntas tontas, pero yo ahora sí que me siento un poco tonta.

—¿Qué? —Filippo apoya las manos en el manillar y frena, aunque ya esté parado. Parece muy sorprendido por mi pregunta.

—Nada.

—¿Vives aquí?

—Ni siquiera sabes quién soy.

—Sí que lo sé. Eres la del fútbol.

—Soy Mafalda.

—Y yo, Filippo.

Dejo a «Óptimo Turcaret» en el suelo.

—Ya lo sé.

Filippo se echa hacia un lado con toda la bici y mete una mano entre las tablas de la cerca para acariciar a «Óptimo Turcaret». Estoy un poco nerviosa porque tengo miedo de que le haga daño. Pero Filippo le rasca detrás de las orejas, y al gato parece gustarle.

—¿Cómo se llama?

—«Óptimo Turcaret».

—¿Tiene apellido?

—Es un nombre compuesto. Es de un libro.

—¿Ah, sí? ¿Qué libro?

—No lo conoces. Es de mayores. Es el libro preferido de mi padre.

—A mi padre también le gusta leer. Siempre me leía un cuento antes de dormir.

—El mío también lo hace. —No me parece bien preguntarle por qué ha dicho «leía». Igual sus padres están divorciados y su padre ya no vive con ellos. Normalmente, los niños cuyos padres están divorciados se enfadan si se lo preguntas. Así que me quedo callada.

—Bueno, ¿qué libro es?

—¿Cuál?

—El preferido de tu padre.

No me apetece mucho decírselo, pero se ha vuelto a poner en jarras con los puños cerrados, y me da un poco de miedo.

—*El barón rampante*.

—¿Te lo has leído?

No entiendo por qué le interesa tanto.

—Me lo ha leído mi padre.

—Entonces no te lo has leído tú.

—Es lo mismo.

Filippo se sujeta la barbilla entre las manos y apoya los codos en la cerca.

—¿Te lo ha leído él porque tú eres ciega?

Siento que la cara se me pone roja y que las gafas se me cubren de neblina.

—No soy ciega. —Cojo en brazos a «Óptimo Turcaret» para volver a casa, pero se me cae la bufanda de mamá y tardo un poco en encontrarla.

—Pero ves muy mal, ¿verdad?

No le contesto y sigo buscando la bufanda unos segundos más, tocando la hierba fría y seca con la mano libre. Al final decido pasar de la bufanda e irme.

Le vuelvo la espalda a Filippo, ha sido malo conmigo: yo no le he preguntado nada de sus padres divorciados. Oigo un ruido confuso de pedales y cadenas de bici chocando, seguido de un salto, y sus pies aterrizan a mi lado sobre la hierba seca del jardín.

—Vete —le digo sin volverme.

—Toma.

Cuando alguien te dice «Toma», normalmente te está dando algo, así que alargó una mano en la niebla y toco una cosa de tela muy suave. La bufanda.

—¡Mafalda!

La voz de mi madre me llama muy preocupada desde la cristalera. Me parece que han pasado más de ocho o nueve minutos desde que se metió en la ducha. Siento el impulso de correr hacia el portón, pero entonces me acuerdo de que cuando alguien te recoge una cosa del suelo, algo que no encontrabas, que no era tuyo y que habías cogido sin permiso, hay que darle las gracias.

Me paro en el sendero y veo una mancha azulada y borrosa que se aleja. No me apetece darle las gracias en voz alta, con mi madre mirándome desde la terraza.

—¡Entra en casa!

Voy hacia el edificio. Un segundo antes de que se cierre el portal oigo pasar una bici por la calle tocando el timbre alegremente, y sigue tocándolo hasta que el sonido se hace demasiado tenue incluso para mí, y solo puedo imaginar adónde va el dueño de ese timbre, que parece tan feliz y tan libre. Me gustaría llamarlo para que vuelva, pedirle que me dé un paseo en su bici porque hace mucho que no voy a toda velocidad en bicicleta, ni siquiera corriendo. Pero él es libre, tiene gafas transparentes y puede ir donde quiera. Yo, en cambio, estoy en la cárcel, como si me hubiera detenido Scotland Yard, solo que los barrotes están hechos de niebla, y mis compañeros de celda ya se han fugado todos.

Ya en mi habitación, me tumbo en la cama con el albornoz puesto y saco mi cuaderno personal. Lo abro por la segunda página, la de las cosas importantes. Tacho en negro la frase «No estar sola».

Esta mañana encuentro sobre mi mesa una notita doblada en cuatro.

En un primer momento he creído que era una mariposa blanca, pero, pensándolo bien, es imposible. Ya hace demasiado frío para que haya mariposas, se han ido todas de vacaciones o al tronco de un árbol, como la abuela y su gigante.

Yo nunca recibo notitas. Cada vez que la profesora se vuelve para escribir en la pizarra, mis compañeros empiezan a lanzarse paquetes de pañuelos de papel llenos de notitas en las que se dicen qué sé yo qué. A mí no me lanzan ninguna. Yo estoy sentada en la primera fila muy cerca de la pizarra porque, si no, no veo nada y me pierdo todos los deberes para casa, pero oigo volar las notitas detrás de mí, y de vez en cuando un paquete de pañuelos me da en la espalda y cae al suelo haciendo un ruido seco, paf. Una vez que me volví para recogerlo, la profesora me vio y me riñó porque pensaba que el mensajito lo había escrito yo. Los demás se burlaron de mí, así que he decidido pasar de las notitas.

Pero esta de aquí es solo para mí, está sobre mi mesa como una mariposa posada en una flor. Me voy al baño a leerla porque es privada, y porque no quiero que mis compañeros de clase me vean leer, me da vergüenza. Para leer algo, aunque esté escrito supergrande, tengo que acercarme mucho mucho a la hoja, como los viejos en el supermercado cuando no consiguen leer la fecha de caducidad de las bolsas de ensalada. Pero yo no soy vieja. Papá me ha comprado una lupa, dice que podría usarla como Sherlock Holmes, ese detective que sale siempre en los libros y en algunas películas. Pero yo no quiero usarla de ninguna manera si hay gente delante.

Así que me meto en el baño de chicas con la notita en un bolsillo y la lupa en el otro, y me encierro dentro.

Desdoble la notita. Pone: «Cuando contestas a las preguntas te pones muy roja. Eres mi princesita, no, mi baronesa».

Inventarme recorridos por el bordillo de la acera, y si te caes, acabas en la lava y te mueres

En invierno el cerezo del colegio está muy triste.

Sus hojas se van de vacaciones con las mariposas, y el gigante que vive dentro quita todas las flores de las ramas para hacerse una colcha de colores.

Sin su bonita copa, no alcanzo a ver el cerezo desde lejos. Por suerte está el silbido de Estella, y así sé que ya casi he llegado, aunque de todas maneras me lo diría papá. Antes era demasiado pequeña para ir sola al colegio, y ahora que tengo la niebla de Stargardt ya nunca me dejarán ir por ahí de paseo sin un adulto. Si «Óptimo Turcaret» fuera un perrito, como el perro salchicha que tenía Cosimo en el libro (bueno, no era suyo sino de Viola), podría guiarme él. Debería intentar adiestrarlo, pero no es un gato muy inteligente. Aun así le tengo cariño porque me espera a la salida del colegio, y nadie tiene un gato que lo espere a la salida del colegio.

Cuando suena el timbre de la una, debemos ponernos en fila de dos en dos, pero todos los niños de mi clase salen en desorden, y la profesora nunca consigue asegurarse de que todos se vayan con los padres que les corresponden. Estella me acompaña hasta la verja, se lo han pedido papá y mamá. Pero hoy Estella no está. Voy al cuartito de los bedeles a preguntar si saben dónde está, y el empleado más viejo, ese que es calvo y siempre lleva un jersey manchado de salsa de tomate, me dice que ha salido antes de tiempo para ir a hacerse unos análisis. No sabe qué tenía que analizarse. Ni siquiera me pregunta si quiero que me acompañe a la verja. Este bedel siempre está encerrado en el cuartito haciendo café y le traen sin cuidado los niños, salvo cuando se hacen daño, porque es el encargado de poner el alcohol y las tiritas, y entonces te hace aún más daño.

Salgo del colegio y me quedo justo al otro lado de la verja. Papá y mamá quieren que los espere ahí. A veces se retrasan unos minutos porque los dos trabajan en otro pueblo y tienen que ir en coche a toda velocidad para llegar a tiempo a recogerme.

Ya casi no queda nadie. El autobús de la ruta ya se ha ido, y los coches de los demás padres se están yendo también. Un grupo de niños en bici pasa por mi lado, y entre los gritos y el jaleo me parece oír un timbre que conozco.

Cuando se separa del grupo, que para mí es una maraña de colores que se desplaza a la vez sobre la línea blanca de la acera, reconozco también el sonido de los frenos y la chaqueta azul.

—Hola.

—Hola.

—¿Estás esperando a tus padres?

Como el otro día, una caricia muy suave pasa entre mis tobillos. Cojo en brazos a «Óptimo Turcaret» y decido, sin pararme a pensarlo, echar a andar hacia mi casa.

—No. Estaba esperándolo a él.

Cuando paso por su lado, Filippo le acaricia la cabeza a «Óptimo Turcaret», pero yo me pongo a andar lo más rápido que puedo por el bulevar, y él se queda atrás. Mamá se enfadará mucho cuando llegue y no me vea, pensará que me han raptado, pero yo sigo andando. Quiero que Filippo piense que estoy yendo a casa sola y que lo hago todos los días. Así que tiene que parecer que estoy muy tranquila. Pero si ahora me encuentro con el coche de papá o de mamá, me llevaré una buena bronca, y encima quedaré fatal delante de él. Así que, en lugar de seguir recto por el bulevar, tomo la primera calle a la derecha y luego sigo por otra callejuela.

Vuelvo a oír frenar la bici de Filippo a mi lado.

—¿Por dónde vas? —me pregunta, pedaleando muy despacio.

Ya no me acordaba de que sabe dónde vivo. Me pongo muy roja y no le contesto.

—Me da que te vas a perder. Te acompaño.

—No, gracias.

No entiendo por qué me sigue. Igual quiere quitarme a «Óptimo Turcaret». Me parece que le gusta mucho. Tengo que cambiar de camino y deshacerme de él. Pero me he distraído y ya no sé bien por dónde tengo que ir. Intento leer el cartelito con el nombre de la calle, pero en lugar de palabras veo las hormiguitas negras de siempre.

Filippo sigue detrás de mí.

—Ya te había dicho yo que te ibas a perder. Ven, te acompaño.

—No.

—¿No quieres ir a casa?

—No. Voy a dar un paseo.

Entonces me acuerdo del juego de los recorridos raros. Me subo al bordillo de la acera y me invento uno.

Filippo me sigue.

—¿Qué haces?

—Un juego.

—¿Qué juego?

—Tienes que andar en línea recta, y si te caes a un lado, acabas en la lava y te comen los cocodrilos.

—¿Los cocodrilos están en la lava? ¿Y cómo pueden sobrevivir?

—Eso da igual. Es de mentira. Pero si te caes, pierdes.

—¿Cuánto tiempo hay que aguantar?

—No sé. Todo lo que puedas.

—Qué juego más tonto.

Filippo se impulsa sobre los pedales y se aleja sin despedirse.

Hala, ya está, he quedado como una tonta y encima me he perdido. Por si acaso, juego un rato más a los recorridos raros porque me parece seguir oyendo la bici de Filippo, y, si vuelve, tiene que parecer de verdad que estoy dando un paseo.

Cuando llego a casa, de pura chiripa, ha pasado una hora desde que acabaron las clases. Esa es otra cosa que sé hacer, calcular mentalmente el tiempo transcurrido. Pero en este momento eso no me ayuda nada.

Mi madre está en el portal de la urbanización, con el móvil pegado a la oreja. Nada más verme corre hacia mí, se arrodilla en el suelo y me abraza tan fuerte que no me deja respirar.

—Estábamos muertos de angustia. Menos mal que estás bien. ¿Qué te ha pasado?

Papá baja corriendo la escalera, y él también me aprieta con sus brazos fuertes.

No me atrevo a confesar enseguida que me he ido sola porque seguro que me riñen.

Me miran con cara de preocupación, y entonces les digo la verdad. Bueno, a medias.

—Quería volver a casa sola pero me he perdido. Perdóname, mamá.

Intento poner yo también cara triste y preocupada. Normalmente funciona. Esta vez no. Papá estalla.

—¡Te hemos dicho mil veces que esperes en la puerta del colegio! No puedes volver a casa sola, lo sabes.

Mamá le pone una mano en el brazo y le dice: «Giovanni». Mamá siempre hace eso cuando pasa algo grave que hace enfadar a papá. Así lo

calma. Otras veces le dice: «Giò, cariño». Papá entonces sube a casa arrastrando los pies y mascullando.

Subimos nosotras también, y ya desde el rellano me llega el rico olor a *pizza* con salchichas, mi preferida. Mamá me hace entrar en la cocina y me da un trozo muy grande, aunque le haya dado un susto de muerte. Le da otro a papá, que no dice gracias pero le pone la mano en el brazo mientras ella está inclinada sobre su plato con la espátula de la *pizza*, y la mira. Creo que en ese momento papá y mamá son casi casi amigos.

Ya es de noche. Me pongo el pijama azul y cojo en brazos a «Óptimo Turcaret». Me acerco a la ventana de mi cuarto, pero no dejo al gato sobre el alféizar para que no se enfríe. Miro fuera.

Por un momento me da un brinco el corazón y me late a mil por hora debajo del pijama. No veo la Estrella Polar. La luna sí, está justo delante de mí y brilla como una farola. Pero la estrella, que suele estar ahí, al lado de la luna, no. No consigo distinguirla. Quisiera llamar a mamá, decirle que la cerilla de Jesús se ha apagado, pero al final cambio de idea. Entorno los ojos, cierro uno y después el otro. Nada. El cielo azul oscuro me parece limpio, liso, sin nubes. Las nubes las tengo yo en los ojos, y me han tapado la Estrella Polar. Voy a pedir que me regalen por Navidad una de esas lámparas que proyectan estrellas en el techo, que está más cerca que el cielo, así a lo mejor todavía consigo ver alguna, cinco o seis, o incluso catorce o quince. Pero hasta entonces sé lo que tengo que hacer: cojo mi cuaderno personal, lo hojeo, y con el rotulador negro tacho la frase: «Inventar recorridos por el bordillo de la acera, y si te caes, acabas en la lava y te mueres».

Cosimo, ¿cuándo piensas ayudarme?

¿Sabes?, estos días he creído que sí me estabas ayudando, ni yo misma sé por qué. Pero luego siempre ocurre algo malo, y entonces me doy cuenta de que no te encuentras a mi lado, de que estás jugando al ajedrez en una rama con mi abuela, con tu sombrero de piel puesto, y te importo un rábano. Tú estás ahí calentito con tu sombrero de piel, pero yo, en cambio, tengo que escapar de los monstruos de la oscuridad que, si me atrapan, me comen, y si eso ocurre, ¿cómo voy a apañármelas para salvarme? ¿Me lo quieres decir, Cosimo?

¿Cuándo termina la lucha?

Es Navidad.

Y llueve. Qué asco.

Oigo tan fuerte el sonido de la lluvia, pero tan tan fuerte, que cubre todo lo demás. Estoy delante de la ventana de mi cuarto, empañando el cristal con el aliento. Dibujo una estrellita con el dedo. Noto la frialdad del cristal en la frente. Me parece estar en otro mundo, con la lluvia latiéndome en el corazón.

Ni siquiera oigo a mamá llamarme para abrir los regalos. Solo me doy cuenta cuando me pone una mano en el hombro y me dice que ya es hora. Y entonces caigo en que no le he pedido a nadie que me regale el proyector de estrellas.

Es por la mañana, algo tarde, y dentro de poco tengo que ponerme un vestido de cuadritos rojos y blancos que molesta a la vista para ir a comer a casa de los tíos. Por suerte estará también mi primo Andrea, con Ravina, su novia india. Con ellos al menos me divierto un poco. No miro el vestido, que está bien estiradito sobre la cama, y sigo a mamá hasta el salón. Nuestro árbol de Navidad está vivo de milagro. A papá y a mamá no se les dan muy bien las plantas. Lo hemos colocado cerca de la cristalera para que le dé la luz, pero tiene ya tantas agujas secas que parece que no aguanten el peso ni de las bolas de cristal más ligeras. Y eso que la vendedora del centro comercial dijo que este abeto duraría hasta la primavera. Pero «Óptimo Turcaret» no debería haberse hecho pis en la maceta. No lo he visto, pero noto el olor. Me siento en la alfombra al lado del árbol y huelo los regalos. Me parece que no están manchados. Papá los puso bajo las ramas más bajas anoche, cuando creía que yo estaba dormida. Pero ¿cómo se puede dormir cuando viene Papá Noel? Una cosa bonita de verdad de la Navidad es que llega para todos. También para la gente como yo que sin gafas solo alcanza a ver la luna.

Mamá me pone su regalo en las manos. Es un paquete pequeño, dorado y muy bien cerrado, con un lazo rojo alrededor. Dentro hay un reproductor de MP3 con auriculares para escuchar música.

—Ya he cargado tus canciones preferidas.

Es un buen regalo. No me lo esperaba.

—¿También puedo escuchar libros?

Mamá mira a papá. Él se arrodilla a mi lado en la alfombra.

—¿Cómo sabes que hay libros que se pueden escuchar?

—Me lo ha dicho el profesor de apoyo.

Papá me acaricia la cabeza como hago yo con «Óptimo Turcaret». Es una sensación agradable.

—¿Y qué libros querrías?

Lo miro, ajustándome las gafas sobre la nariz con el índice.

—Tu preferido.

Papá sonrío.

—Vale. Dame unos días y te lo cargo.

Papá me pasa su regalo. Es blando y más grande que el de mamá. Lo abro despacio. Ojalá no sea un jersey. Cuando alguien de tu familia te regala ropa siempre se equivoca en la talla y suele pensar que te gusta un color cuando en realidad lo odias. Pero no se puede decir nada porque es de mala educación. Y luego, cada vez que vas a visitar a esa persona, tienes que ponerte el jersey que no te queda bien.

Pero esto no es un jersey. Saco del papel de regalo roto una gran manta de muchos colores y la desdoble sobre mi regazo. Son retales de lana cosidos unos a otros, cada uno de un color distinto: amarillo, fucsia, verde... Colores bonitos, muy intensos. La acaricio con la mano. La lana no pica como la de los jerséis que no me gustan, es suave y sedosa. Me da ganas de arrebujarme en ella y quedarme quieta sobre la alfombra escuchando la lluvia.

Qué regalo más raro viniendo de papá. Me parece que se ha dado cuenta de que me he quedado desconcertada, porque se sienta a mi lado y me explica que la manta era el regalo de mi abuela para mi décimo cumpleaños.

—Trabajaba en ella hasta tarde por la noche para terminar a tiempo los diez retales. Empezó a tejer esta manta poco antes de ingresar en el hospital. ¿Te acuerdas de cuando la llevamos?

Miro la manta para que papá no me vea los ojos.

—Sí. —Entonces se me ocurre una cosa—. ¿Por qué no la hizo de ocho retales? Habría terminado antes. Yo tenía ocho años cuando se fue a vivir al árbol.

—A tu abuela le gustaban las sorpresas. No quería que se le acabara al cumplir tú ocho años. Quería que tuvieras un recuerdo cuando hubiera pasado un poco de tiempo.

—¿Quería volver?

—Más o menos.

Estoy contenta. Tanto, que me olvido de darles mis regalos a papá y a mamá. Pero, total, no eran más que dos dibujos de su cara, dos retratos que hice a escondidas mirando con atención la foto de su boda que hay en un marco de plata en la entrada de casa. Se los dejaré sobre la almohada esta noche.

Antes de empezar a arreglarme para salir a comer caigo en la cuenta de otra cosa.

—Pero hoy no es mi décimo cumpleaños.

Mamá y papá se miran un momento. Entonces ella contesta:

—Hemos pensado adelantarte la sorpresa un par de meses. Ya no queríamos seguir escondiendo la manta, estábamos muy emocionados.

Se quedan sentados a mi lado en silencio unos minutos, y luego se intercambian sus regalos. Me gustaría decirles que lo he entendido, que han hecho bien en darme ahora esta preciosa manta. Ahora que todavía puedo verla. Me la subo hasta los hombros, y los retales rojos y azules caen sobre mis zapatillas. Y de repente me acuerdo de otra pregunta que quería hacerles a papá y a mamá.

—Cuando me quede a oscuras, ¿me mandaréis al colegio de colores?

Ellos dejan de darse las gracias por los regalos, y me doy cuenta de que no saben qué contestar.

Hoy Ravina está guapísima, se ha peinado con una trenza a un lado que le llega hasta la cintura y se ha pintado los ojos de azul. Lleva un vestido normal, no indio, y aunque no es de nuestra religión huele a iglesia. Siempre huele a iglesia porque es el mismo olor que ese humo blanco que el cura echa sobre la gente durante la misa. Al verme me abraza con fuerza y me da enseguida su regalo, un póster de un flamenco y una rana.

La rana está dentro del pico del flamenco, pero este aún no se la ha comido porque la rana le aprieta fuerte el cuello con las patas. Por la cara que pone el flamenco se ve que está intentando tragársela, pero no lo consigue porque tiene el cuello obstruido. Debajo del dibujo pone *Never Ever Give Up*. Le pregunto qué significa.

—Que no hay que rendirse nunca jamás. Como la rana.

Yo me echo a reír.

—¡Pero si ya está perdida!

Ravina me da un golpecito en la nariz.

—Todavía no, Mafalda. Todavía no.

—¿Y cuándo termina la lucha?

—Cuando uno de los dos se dé por vencido.

—Según tú, ¿quién se rendirá primero?

Ravina se queda mirando el póster un momento.

—Lo importante no es eso. Lo importante es no rendirse nunca jamás.

Me acerco al póster para verlo mejor. La rana parece de verdad incómoda, con toda la cabeza dentro del pico del flamenco y las patitas traseras colgando hacia abajo.

—Sí, pero qué cansado.

—¿Qué pasa, quieres acabar masticada y digerida?

—¡No! ¡Qué asco!

—Pues entonces...

—... no hay que rendirse nunca jamás. Lo he entendido. Gracias. Esta noche lo cuelgo en mi cuarto.

11

¡Yo lo sé!

Mamá solo se pone tacón alto dos veces al año, aparte de cuando me lleva al médico: el día de su aniversario de boda, aunque por lo general lo celebren en casa con una cenita que prepara ella, y el último día del año, es decir, hoy.

La oigo taconear de aquí para allá en la cocina mientras pone los vasos y el picoteo para el aperitivo que acaba de preparar con papá. A mí me han dado un refresco y me han mandado a mi cuarto a vestirme. Mamá me ha puesto dos lazos con brillantitos en el pelo y un poquito de su perfume, que para mí es demasiado fuerte pero me gusta porque es el suyo.

Mientras me miro al espejo, en mi cuarto, intentando esconderme los lazos entre el pelo, me doy cuenta de que papá y mamá están hablando de algo que no alcanzo a oír porque bajan la voz y conversan en susurros. Tengo ganas de escucharlos a escondidas, aunque no esté bien. Me acerco sin hacer ruido a la puerta del pasillo. Los tacones de mamá siguen repiqueteando. Me concentro para entender lo que dice y por qué habla tan bajito.

—Al principio no será fácil.

Chirría una silla. Papá se ha puesto de pie.

—¿Estás decidida?

—Sí. No hay más remedio.

—¿No puedes pedir una excedencia?

—¿De qué sirve? Dentro de muy poco estará peor. Tendré que quedarme con ella todo el día.

Ella soy yo.

Los oigo suspirar, inmóviles. Ya no hay vasos que colocar.

—¿Has hablado ya con tu jefe?

—Se lo he dado a entender. Dice que no puede cambiarme el horario porque ya disfruto de permisos para las consultas médicas de la niña. Y que, si me voy, me dará un buen finiquito.

¿Finiquito? ¿Eso qué significa?

—Esperemos. ¿Cuándo lo dejarías?

—El 1 de febrero.

—Está bien. Quizá sea lo mejor. Haré horas extra. También tenemos que empezar a pensar en la casa.

No entiendo. Tengo muchos pensamientos en la cabeza, como las mariposas blancas que revolotean en el tronco del cerezo.

—La agencia me ha dado varios contactos. El lunes empezamos a ver apartamentos al lado del colegio.

—¿Les has dicho que no puede haber escaleras?

—Sí. Y que no podemos gastar mucho.

Se me escapa un estornudo, y en la cocina se hace el silencio. Durante un segundo no se oye nada en toda la casa.

—Mafalda, ¿estás lista?

Salgo al pasillo.

—Sí, mamá.

—Pues entonces vámonos.

Es la una menos cuarto de la madrugada, y estoy durmiendo en la cama grande de los tíos mientras los mayores beben de unos vasitos muy pequeños y hablan en voz baja en el salón.

En realidad no estoy durmiendo. No paro de pensar en lo que estaban hablando antes papá y mamá. ¿Qué voy a hacer si de verdad quieren cambiar de casa? ¿Qué voy a hacer si nos vamos a una casa donde no se vea la luna desde la ventana de mi cuarto? Y ya tampoco veré la casa de la abuela, aunque ahora haya unos vecinos que no me saludan. También está «Óptimo Turcaret». ¿Y si no le gusta la casa nueva? Él está muy acostumbrado a esta, y no sé si querrá mudarse a otra.

Tengo que hacer algo. Al lado de la cama está mi mochila con la ropa para mañana. He metido también el estuche, unas hojas para dibujar y el reproductor de MP3 que me ha regalado mamá por Navidad. Lo busco a tientas, me pongo los auriculares y pulso la tecla redonda. Estoy escuchando el libro preferido de papá. Una voz muy fuerte de hombre, una voz de viejo, sigue contando:

«—¿Adónde vas?

»Lo veíamos desde la cristalera coger su tricornio y su pequeña espada en el vestíbulo.

»—¡Yo lo sé! —Corrió al jardín.

»Poco después, por la ventana, lo vimos trepar al arce».

Le doy a la tecla de *stop* y me incorporo de repente. Ya lo tengo. Yo también me iré a vivir a un árbol, como Cosimo. Treparé al cerezo del colegio

y seguiré las clases por la ventana, escondida entre las ramas para que nadie me vea.

Tengo que organizarme porque dentro de poco me quedaré a oscuras y ya no podré subir y bajar del cerezo para llevarme todo lo imprescindible. Necesito un plan. Saco el estuche y una hoja de la mochila y vuelvo a darle a la tecla para oír la voz del anciano.

«Iba vestido y peinado con suma elegancia, como quería nuestro padre que se sentara a la mesa pese a tener solo doce años: con el cabello empolvado y recogido con un lazo...».

Apunto en la hoja que tengo que mirar qué significa *empolvado*, pero el lazo para el pelo ya lo tengo. Sigamos.

Cuarenta metros

12

Ver cómo será mi cara de mayor

Una sartén para hacerme la comida.

Un colchón para dormir más cómoda.

El reproductor de MP3.

La manta de la abuela.

Rotuladores, cuadernos y lápices.

Un paraguas grande para protegerme de la lluvia.

Un...

—Mafalda, ¿qué haces?

Escondo la hoja con la lista de las cosas que tengo que llevarme al cerezo entre las páginas del libro de ejercicios. La profesora me ve, estoy en primera fila, justo delante del estrado, pero hace como si nada. Solo me dice que esté atenta a la explicación.

Cojo el lápiz del dinosaurio que me regaló la doctora Olga, como si quisiera ponerme a tomar apuntes, y la profesora se vuelve hacia la pizarra.

—Como iba diciendo, los músculos se dividen en músculos largos y cortos...

Los músculos. Qué más da si son largos o cortos. Dejo enseguida de escuchar, aunque sigo mirando hacia la pizarra para que no se note mientras repaso la lista mentalmente.

Una sartén para hacerme la comida.

Eso es, aún no he pensado cómo conseguir comida una vez que esté en lo alto del árbol. Podría llevarme unas pocas provisiones para empezar. También está el problema de la cama. Necesitaría un colchón hinchable para apoyarlo sobre dos ramas juntas. Chiara tiene uno de dos plazas. Sus padres se lo llevaron al lago la última vez que fuimos todos juntos de excursión. Ha pasado bastante tiempo, pero supongo que aún lo tendrán. O se habrán comprado uno nuevo. Son bastante ricos. Igual Chiara me lo presta. Aunque no creo. Ya no somos muy amigas. Tendré que tomarlo prestado sin preguntárselo. Eso hacía Robin Hood, ¿no? Robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Chiara es rica, y yo

es como si no tuviera nada ahora que me voy a vivir sola a lo alto del cerezo. Si fuera mayor podría comprarme estas cosas con mi dinero, pero si espero hasta ser mayor no me dará tiempo: la oscuridad que tengo dentro de los ojos va mucho más deprisa que lo que tardo yo en crecer.

Miro a mi alrededor para ver quién más de la clase es lo bastante rico para cogerle algo prestado sin pedírselo. Tengo que volverme hacia atrás para hacerlo, pero da igual porque la profesora está muy ocupada dibujando los músculos con tiza roja en la pizarra. Mis compañeros ni siquiera se dan cuenta de que los espío, están muy concentrados dibujando ellos también, pero apuesto a que no están copiando el dibujo de la pizarra. Kevin, que está sentado detrás de mí, tiene en la mano un lápiz verde, así que seguro que está dibujando sus queridas serpientes. Sé que le gustaría tener una, pero no puede comprársela. Él no es rico.

No alcanzo a ver bien qué pasa más atrás, pero se mueve todo, hay agitación, la noto. Creo que Chiara y Martina están jugando al prueba o verdad con los dos niños sentados delante de ellas, Christian y Lorenzo, y todos los de alrededor se están riendo. Ah, sí, Christian es rico, tiene piscina y todos los años viene a clase con una mochila Eastpack nueva.

De la fila cercana a la ventana llega un estornudo fortísimo.

—¡Qué asco! ¡Me has escupido en el cuaderno! —le oigo decir a Francesca, una compañera que ha venido de Sicilia este curso.

Pobrecita, tiene razón, el que está sentado a su lado es Albertino, conocido como Ciccio, un niño bajo, rosado y redondo como una pelota, que se pasa el día comiendo, incluso fuera del recreo. Hasta yo alcanzo a ver los trozos de pan, lechuga y mayonesa esparcidos sobre su cuaderno y el de Francesca: menudo estornudo.

La profesora se acerca a la mesa y le dice a Ciccio que lo limpie. Le regaña por comer durante la clase, y él entonces saca de debajo de la silla una caja muy bonita, rosa y lustrosa como él, y todos se ríen. Creo que es una fiambarrera. Ya la he visto otras veces: es de esas que mantienen caliente la comida, papá tiene una igual para llevarse el almuerzo al trabajo, solo que la suya es verde. Con una así ya no tendría que preocuparme de calentarme la comida en el árbol. Pero no puedo llevarme la de papá, la necesita para el trabajo. Tendré que quitársela a Ciccio, y lo siento, porque no es muy rico. Pero así igual deja de comer a deshoras. La profesora sigue ocupada con las migas de Ciccio. Bien, saco la hoja con la lista que había escondido entre las páginas del libro y apunto todo lo que se me ha ocurrido esta mañana.

Estamos preparando la cartera para volver a casa. Llaman a la puerta, y entra Estella con un aviso.

No ha querido decirme a qué médico fue el mes pasado, el día que no vino al colegio. «No es asunto tuyo», me ha contestado muy borde. Pero, al ver que me quedaba mirándola, ha añadido: «Al dentista. He comido demasiadas patatas fritas».

Me ha arrancado una sonrisa, y cuando nos entra la risa a las dos es imposible hablar de cosas serias.

—Niños, un momento de atención, por favor: es sobre el viaje escolar, tenéis que apuntar en la agenda el sitio y la hora de salida.

Se me había olvidado que la semana que viene nos vamos de viaje a la nieve. Podría ser un golpe de suerte para mí, porque todos se llevarán las cosas que necesito. Garabateo lo que nos dicta la profesora en una página cualquiera de la agenda; estoy muy nerviosa por mi aventura a lo Robin Hood. Estella, que está esperando a que la profesora firme la copia del aviso, me mira y dice que no con la cabeza. Se inclina sobre mi mesa y me susurra:

—Luego te pasas a verme y te pego el aviso en el cuaderno.

Hago lo que me dice. Siempre voy a verla, aunque a menudo esté de mal humor y a veces me arrugue como un calcetín, como si quisiera tirarme a la lavadora y centrifugarme. Quizá sea esa la razón de que siempre me pase a verla: ella no finge. Papá y mamá sí. Las profesoras también, y los otros niños. Solo Estella y «Óptimo Turcaret» actúan con sinceridad, y para mí eso es importante. O quizá me guste estar con Estella solo por las historias que cuenta.

Este mes estamos leyendo un libro que se llama *Corazón*. Según ella, es un poco empalagoso, pero a mí me encanta el personaje de Garrone, sobre todo cuando carga con la culpa en lugar de otro niño, y el profesor se da cuenta solo con mirarlo a los ojos. «No has sido tú», le dice, y Garrone vuelve a su sitio muy triste, pero ha tenido un gesto precioso.

Dejo la cartera debajo de la mesa del cuartito de los bedeles y me hundo en el sillón giratorio. Para impulsarme apoyo las manos en la mesa y rozo *Corazón* con las yemas de los dedos. Lo cojo y me lo acerco a los ojos, dando vueltas en el sillón. Como no hay nadie cerca salvo Estella, que está fotocopiando el aviso de la excursión, me saco la lupa del bolsillo y la uso para leer el nombre del escritor: Edmondo De Amicis. Italiano. Ya no me acordaba.

Estella hurga en mi cartera en busca de la agenda, la abre por la página adecuada y me la pone delante junto con un tubo de pegamento.

—Pégalo tú, que puedes hacerlo perfectamente.

Yo extendiendo el pegamento por la hoja mientras la miro desde detrás de las gafas.

—Estella, ¿no hay escritores rumanos?

—¿Rumanos? Pues claro que hay. ¿Por qué no iba a haberlos?

—Porque nunca leemos historias rumanas.

Ella me muestra una sonrisa fucsia, y entonces me alegro de haberme pasado a verla.

—¿Sabes cuál es la historia rumana más famosa del mundo? Drácula.

Yo me levanto de golpe del sillón y lo dejo girar.

—¿Drácula? ¿Drácula es rumano? ¡Yo creía que era inglés!

Estella se sienta y cruza las manos sobre las rodillas con una expresión sonriente que me da escalofríos, pero de los agradables. Me encantan las historias de miedo.

—No es inglés, es de Transilvania, que está en Rumanía. Su nombre significa «hijo del diablo». Esta historia me la contaba mi abuela de pequeña, y yo me moría de miedo. Pero era bonita.

Me arrodillo delante de ella, y se echa a reír.

—Por favor, Estella, ¿me la cuentas como hacía tu abuela? ¡Anda, sí, por favor, por favor, por favor!

—¿A ti también te gusta pasar miedo?

—¡Sí!

—¿Y eso por qué?

—No lo sé, ¿a ti por qué te gustaba?

—Porque así estaba segura de seguir viva. Si sentía miedo.

—Igual que yo —le contesto, aunque no he entendido lo que ha dicho.

Pero no puedo quedarme con Estella en el colegio, mira por el ventanuco del cuartito y ve el coche de mamá. Me pone la mochila en los hombros a la fuerza.

—Hoy no hay tiempo. Otro día. Ah, Mafalda...

Paramos un momento en la verja. Estella me aprieta la mano.

—Quería preguntarte si has pensado en qué es lo esencial para ti.

Miro al suelo. La oigo inclinarse hasta mirarme a los ojos.

—Tienes que pensarlo. Es importante.

—Vale. ¿Puedo decírtelo dentro de un tiempo?

Bajamos la escalinata. Veo la nube roja del coche de mamá al otro lado de la verja, y Estella me suelta la mano.

—Claro que puedes. Todavía tienes dos o tres meses para decidirlo.

Subo al coche. Mamá se pone a hablar enseguida de un montón de cosas, pero yo sigo pensando en lo que acaba de decirme Estella. No me queda mucho tiempo, así es. Pero, aunque sea verdad, y para mí es importante que ella me diga siempre la verdad, a veces me gustaría que fuera un poco menos cierto.

Pero Estella tiene razón. No me queda mucho tiempo.

En casa está papá, que ha vuelto para almorzar con nosotras, pero eso no es todo.

—Tenemos una sorpresa —me dicen, todo sonrisas y caricias.

Yo abrazo a «Óptimo Turcaret» y le meto en la boca un poco de atún, que a mí no me gusta nada, y papá se deja de sonrisitas y me riñe. Pienso que igual hace tiempo que no relee su libro preferido, porque si lo hubiera hojeado anoche, por ejemplo, ahora recordaría que no hay que obligar a los niños a comer lo que no les gusta porque, si no, igual huyen a los árboles como Cosimo, que no quería comer caracoles. Me meto en la boca un trocito de atún, lo dejo ahí y miro a papá fijamente. El contorno de su cabeza está borroso, como todas las cosas cuando llevo unos segundos mirándolas, y me imagino una peluca llena de rizos muy largos en lugar del pelo normal de papá. Me entra la risa, pero luego pienso que papá y el barón, el padre de Cosimo, se parecen muchísimo.

Me gustaría hacer enseguida los deberes para poder ocuparme de mi plan secreto de huir a lo alto del cerezo, pero mamá me llama para que vaya al baño, me peina con unas coletas supertirantes y me dice que tenemos que ir a un sitio.

Al final me llevan a ver una casa nueva, más pequeña que la nuestra, en un bajo, con un jardín minúsculo y sin escaleras (como quería papá). Miro por la ventana de un cuartito que me imagino que es el que quieren adjudicarme, y se ve la fachada de otra casa. La cocina es preciosa, muy brillante y con un horno y un lavaplatos nuevos, pero se oyen los pasos de los vecinos de arriba, y en la puerta del portal hay un letrero muy grande que dice: NO SE ADMITEN MASCOTAS.

Papá y mamá han tratado de preguntarme todo el rato qué opino de esa casa, pero yo me he quedado callada. Y ahora estoy pensando a toda prisa en

cómo huir ya mismo. Papá se despide de mí desde el pasillo, tiene que volver al trabajo. Salgo a decirle adiós, y luego vuelvo a mi cuarto y cuelgo del pomo de la puerta el cartel DO NOT DISTURB con las caras de los Beatles que me trajo Andrea de su viaje de estudios a Inglaterra. Miro a mi alrededor, como antes en clase. «Óptimo Turcaret» está durmiendo sobre la manta de la abuela, que está estirada sobre la cama. En realidad no está durmiendo porque, cuando me vuelvo hacia él, levanta la cabeza y ronronea, esperando los mimos de costumbre. Al mirarlo me acuerdo de una imagen de un libro que me leían de pequeña en el que dos niños se escapaban en una balsa, sin más equipaje que un hatillo atado a un palo. Yo podría utilizar de hatillo la manta de la abuela.

—¡Bravo, «Óptimo Turcaret»!

Tiro de la manta y, al hacerlo, casi lo mando al suelo, pero él se agarra con las uñas al edredón y maúlla, molesto. Extiendo bien la manta en el suelo: es lo bastante fina para poder anudar las esquinas, pero suficientemente resistente para llevar cosas dentro. Empiezo a reunir algunas y las pongo en el centro de la manta. Por ahora la esconderé debajo de la cama, así, cuando termine de prepararlo todo, la cerraré con un nudo y meteré el hatillo en la mochila del colegio. El palo era una buena idea, pero me descubrirían enseguida: ¿quién va por ahí con un palo a la espalda? Yo, en cambio, fingiré ir al colegio, y en lugar de libros meteré en la mochila las cosas que necesito para vivir en el árbol. Es un plan perfecto. Miro hacia el espejo para hacer el gesto de OK con el pulgar, pero solo veo algo que se mueve y parece muy lejano.

Cojo mi cuaderno personal de la repisita de encima de la cama y lo abro por la segunda página.

Ver cómo será mi cara de mayor.

Se me empañan las gafas, y apenas alcanzo a tachar esta frase antes de que se vuelva borroso todo lo que tengo delante y a mi alrededor.

Pero, Cosimo, ¿por qué no me ayudas?

Puede que haya encontrado la manera de irme a vivir a la cima del árbol contigo y con la abuela, pero necesitaría una buena ayudita, ¿te acuerdas? Tú llegaste a la aldea de los españoles saltando de árbol en árbol, pero ¿yo cómo lo voy a

hacer? Aquí no hay tanta vegetación como en Ombrosa. Tengo que pensar yo sola en todo. Dentro de poco será mi cumpleaños, y ya me imagino la fiesta que podría hacer si viviera en el cerezo, con un montón de globos colgados de las ramas, una tarta de mermelada de la abuela y la música muy alta, una de esas fiestas que parece que te tocan la cara y te estalla el corazón de tanto como subes el volumen.

¿Me ayudas a organizarla, Cosimo?

Comer aceitunas negras. Cantar en un grupo

Hoy hay función en el teatro de la escuela de música, y he venido a escuchar a mi primo Andrea y a sus alumnos de guitarra.

A mí me gusta mucho la música porque no hay que ver nada. Mamá quería que aprendiera a tocar un instrumento, pero yo nunca quise, sobre todo desde que tengo la niebla en los ojos porque no consigo leer las notas: para mí son hormigas inmóviles sobre una raya negra.

Pero escuchar sí que me gusta. Cuando apagan las luces del teatro, cierro los ojos, y las melodías de las guitarras, los violines y los pianos vienen hacia mí, se me meten debajo de la piel, y me siento como cuando andas muy despacito a la orilla del mar, en verano, hacia las cinco de la tarde, y no puede pasarte nada malo.

—Ahí está ese niño que viene al jardín a charlar contigo.

Mamá me señala un punto en el escenario. Me incorporo en la butaca para tratar de ver un poco mejor.

—¿Quién? ¿Dónde?

—El de la bicicleta de chica. Está en el grupo de los pequeños pianistas.

¿Filippo? ¿Entre los pequeños pianistas? No puede ser él. Será que ahora mamá también tiene la niebla en los ojos como yo. Aplaudimos, y empieza el concierto.

Primero cantan los niños de la guardería, los que han hecho el curso de coro. Después tocan los del curso de violín. Qué tortura.

—Ahí está, es él. ¿Cómo has dicho que se llama?

Veo una persona que avanza por el escenario, se para un momento en el centro, debajo del foco grande, y se sienta a un gran piano negro.

—Filippo.

—Ah, sí. Lo llevaba escrito en la chaqueta.

Entonces no hay duda de que es él.

En la sala se hace el silencio, y Filippo empieza a tocar. Me parece que es una pieza difícil porque dura mucho, y me gustaría poder ver cómo se mueven sus manos mientras esta música preciosa se me mete en la cabeza, me toma de la mano y me dice que vayamos a correr juntas, como si fuera amiga mía. Y yo corro, corro sobre un teclado larguísimo que se convierte en una

playa, y cada nota es una ola, y yo salto sobre las olas, entre ellas, y me convierto en un delfín, libre. La música mueve el mar entero, el mar hace lo que la música quiere. Cuando abro los ojos, ha llenado también la sala entera, hasta el techo, de flores subacuáticas y flotantes de vivos colores; después el sonido desciende, como la voz del señor que lee libros en mi reproductor de MP3, formando gotas muy límpidas, y al final se vuelve pequeña y azul, una lágrima en mi rostro que me resbala por la mejilla y me moja el cuello del vestido.

Cuando Filippo deja de tocar se oye un gran silencio. Se oye de verdad. Después todo el mundo se pone a aplaudir tan fuerte que tiemblan las butacas. Filippo no se acerca al borde del escenario a hacer una reverencia. Se va enseguida, aunque alguien le pide un bis. En su lugar entran los alumnos de secundaria con sus guitarras, y Andrea los acomoda en el escenario. Pero yo ahora en la cabeza solo tengo esa melodía, y no sé si me asombra más que la haya tocado Filippo o que exista en el mundo algo tan bonito que hasta te hace llorar.

Después del espectáculo sirven un refrigerio. Papá y mamá felicitan un montón a Andrea y se ponen a hablar con él y con Ravina al lado de la mesa de los sándwiches.

—¿Puedo ir a ver el piano?

Papá me dice enseguida que no, pero mamá lo coge del brazo: «Giovanni». Y así puedo alejarme un poco. Me voy a la sala del concierto. Está vacía y a oscuras, solo el piano queda iluminado por un foco.

—Ahora se lo llevan —dice alguien que está sentado en la primera fila de butacas. No lo había visto.

—No te había visto.

Filippo se pone de pie.

—Ya lo sé. ¿Te has asustado?

Voy hasta él.

—No. ¿Qué es lo que se llevan?

—El piano.

Filippo me coge de la muñeca y me acerca al escenario. Nos sentamos en el banco del piano.

—La escuela no puede permitirse comprar uno tan grande, por eso, cada vez que hacemos la función, un señor rico nos presta el suyo.

—Tocas genial. No lo sabía.

—Porque no se lo digo a nadie. Me obliga mi padre. Y tampoco toco tan bien.

Me quedo callada. Filippo recorre las teclas blancas y negras con los dedos de una mano.

—De hecho, hoy ni siquiera ha venido a escucharme.

—Seguro que no ha sido porque no toques bien.

—¿Y tú qué sabes?

Se ha enfadado por lo que he dicho. Intento disculparme.

—Tócame algo, anda. La pieza de antes.

—No. —Filippo hace ademán de cerrar el piano—. ¿No me has oído? No me gusta estudiar piano, lo hago porque me obligan.

—¿Ni siquiera si tocas lo que tú quieras?

Filippo se queda un momento pensativo.

—Yo por mi cuenta he aprendido una canción moderna, no como la que he tocado antes.

—A ver, tócala.

—Pero no me la sé bien. Y no tengo la partitura.

—Tú toca, y ya está.

Filippo suelta un suspiro, pone las manos en las teclas pero no toca enseguida. Se vuelve hacia mí. Yo también lo miro, y estoy a punto de preguntarle qué pasa cuando él me coge las manos y las pone sobre el piano, bien abiertas, al lado de esa repisita donde se ponen las partituras.

—¿Por qué?

—Tú déjalas ahí.

Y se pone a tocar una canción que oigo muy a menudo en los cedés de papá. Habla de un submarino amarillo. Qué extraño, antes de oírla con los oídos, siento como si el sonido me entrara en la cabeza por las manos, desde la superficie del piano, que es como petróleo duro, resbaladizo, caliente bajo mi cálida piel. Las notas bajan corriendo por los brazos de Filippo, lo noto moverse a mi lado, y después mueven ligerísimamente la superficie del piano. Me hacen cosquillas en las palmas de las manos. La música sube, me abraza los hombros y me hace moverme y moverme, y no puedo equivocarme en el ritmo porque está dentro de mí.

Filippo toca de una manera muy divertida, y yo no puedo evitar cantar el estribillo y balancearme un poco sobre el banco, riendo. Él también sonrío, hasta la última nota. Despegamos los dos las manos del piano.

Lo aplaudo a él solo.

—¡Bravo!

—Si quieres, te enseño.

En un instante se me va toda la alegría del momento.

—No veo bien las notas.

—No hace falta. Yo he tocado sin partitura.

—Quizá otro día.

—¿Prometido?

Me ruborizo.

—Solo si tú sigues estudiando tus canciones modernas.

—Vale. Trato hecho.

Nos estrechamos la mano, pero yo intento no apretar mucho porque me da miedo estropearle los dedos de músico.

Se está acabando el refrigerio, y los padres se ponen los abrigos para volver a casa. Papá y mamá están hablando con una señora joven de pelo muy oscuro.

—¡Mamá! —Filippo corre hacia ella y la abraza. Es casi tan alto como ella.

—Justo estábamos hablando de vosotros —dice papá. Odio cuando hacen eso, porque después nunca te cuentan lo que han dicho.

—¿Pueden venir a casa? —le pregunta Filippo a su madre. Tiene la cara redonda y pálida como una luna y los ojos grandes.

—Claro que sí. ¿Hacemos otra merienda?

Papá se pone la chaqueta.

—Yo creo que, dada la hora que es, ya mejor pedimos una *pizza*. ¿Te apetece, Mafalda?

—¡Pues claro! A mí la *pizza* siempre me apetece.

—Sobre todo si es de salchichas —añade Filippo.

—Exacto, sobre todo si es de salchichas.

La casa de Filippo está encima de una tienda en la que te imprimen camisetas con los letreros que tú elijas. Su madre trabaja allí, por eso él tiene una chaqueta con su nombre. Puedes imprimir lo que quieras, no solo camisetas, también cojines, manteles o toallas. ¡Debe de ser una gozada trabajar en un sitio así! Filippo me dice que un día de estos entraremos y me enseñará cómo funcionan las máquinas que imprimen.

Mientras vamos en el coche, su madre nos cuenta que se quedó a la vez con la tienda y el apartamento en el que viven ahora, pero las cosas no le van

muy bien. Ya nadie quiere ir a una tienda a que le impriman una camiseta, todo el mundo lo encarga por internet.

—Cuando sea mayor, seré informático y te haré una página web para que puedas imprimir camisetas online —le dice Filippo.

Ella le acaricia la mejilla. Estamos sentados los tres detrás en el coche de papá, con Filippo en medio aplastándonos contra las ventanillas.

—O te compro una perfumería —sigue diciendo—. ¡Que es tu sueño!

—¿En serio, Cristina? —pregunta mamá, volviendo la cabeza un poco hacia nosotros—. La verdad es que llevas un perfume fantástico.

Tiene razón mamá. Huele a avellanas y a caramelo. Un olor riquísimo.

—Es una creación mía. Luego en casa os lo enseño.

El apartamento está en la primera planta. Filippo y su madre viven completamente solos, ni siquiera tienen gato. Pero la madre de Filippo habla con las plantas, me dice él en voz baja, sobre todo con los geranios del balcón.

—¡Son mis otros hijos! —dice ella muy alegre. La encuentro muy simpática, aunque un poco loca quizá.

Creo que a mamá también se lo parece porque se ríe todo el rato, y hacía mucho que no la oía reír así. También la ayuda a poner la mesa. Papá llama a la pizzería para encargar la cena, y mientras tanto Filippo me enseña su habitación. Es pequeñita y está llena de Transformers. Lo sé porque piso uno nada más entrar. Lo recojo y busco dónde ponerlo. Entonces veo que todas las estanterías están repletas.

—Hala, qué bonitos.

—Me los regala mi padre de vez en cuando. Son horribles.

—No se dice de las cosas que uno tiene que son horribles.

Filippo se tira en la cama, quitándose los zapatos de una patada, y enciende un minitelevvisor que hay sobre una pequeña repisa.

—Pues tú me has dicho que la Navidad te había parecido horrible.

—Es verdad. Lo recuerdas todo, ¿eh?

—Qué va. Al contrario. Desde hace unos meses no me apetece recordar nada. Ven aquí.

Me descalzo yo también y me siento a su lado en la cama. Del minitelevvisor sale una melodía de pianola que conozco bien: es la canción que Filippo ha tocado hace un rato, la del submarino amarillo.

—¡Vamos a cantar! —me dice, y se pone a saltar en la cama.

A mí me entra la risa, creo que es una especie de karaoke, y aunque no alcanzo a leer la letra de la canción escrita en la pantalla, al final me pongo a cantar los trozos que me sé de memoria y a saltar en la cama.

—*Ui ol livinayelou sabmaríííín...*

Cantamos cada vez más fuerte, utilizando un zapato a modo de micrófono, a mí incluso se me caen las gafas, hasta que termina la música y nos tiramos al suelo desde el borde de la cama. Nos quedamos un rato ahí para recuperar el aliento.

Al cabo de un rato Filippo se vuelve hacia mí y me mira. Su cara está cerca, pero sin gafas es como si estuviera lejos. Una gran nube gris la tapa casi del todo, y me pregunto si él me la ve en los ojos.

—¿De qué color tengo los ojos?

—Marrones. ¿Por?

—¿No se me ve nada dentro?

Él se queda callado unos segundos. Creo que me está mirando las pupilas fijamente.

—No, nada. Solo...

Ya está, lo sabía. Se ven las manchas de mi niebla.

—... solo muchos tonos verdes y amarillentos. Como un bosque lleno de setas.

No es que sea un cumplido muy bonito, pero a mí me gustan los bosques. Siempre es mejor que la niebla de Stargardt.

—¿Por qué? ¿Qué creías que se ve?

Me miro los calcetines, bueno, más bien miro en dirección a mis calcetines.

—Nada. A veces pienso que los demás me ven la niebla.

—¿Qué niebla?

Filippo está interesado, y hasta se ha sentado delante de mí con las piernas cruzadas. Me observa desde muy cerca, a una distancia de un centímetro prácticamente.

—Para. —Lo empujo hacia atrás, y él se echa a reír y vuelve a acercarse un montón. Resoplo—. Si no te ríes, te lo explico.

—Trato hecho.

—Dentro de los ojos se me forman como unas manchitas que se van haciendo más y más grandes...

—¿Muchas manchitas?

—No. Dos: una en cada ojo.

—¿Y las tienes todo el rato?

—Al principio no. Ahora son bastante grandes, y las veo todo el rato. Me tapan las cosas, y se ponen más oscuras cuando estoy cansada.

—Ah, vale. ¿Y no se pueden borrar?

—No.

—¿Y la niebla?

—La niebla viene con las manchitas y hace que lo vea todo más borroso, no solo donde tengo las manchas.

—¿Y no te da miedo?

No digo nada. Filippo se levanta entonces del suelo y me pregunta si he estudiado música en algún sitio.

—No, ¿por qué?

—Porque cantas bien.

—Venga ya.

—En serio. No desafinas nada. Ven.

Saca algo del armario. Una guitarra. Le quita la funda y se sienta en la cama, empezando a puntear las cuerdas.

—¿También sabes tocar la guitarra?

No contesta. Toca una nota.

—Esto es un do. Repite.

—Esto es un do.

—¡No, hombre! —Filippo se echa a reír—. Repite la nota. Con la voz. Cantando. Así. —Puntea las cuerdas con los dedos y canta—: Dooo...

Lo hago yo también aunque me dé vergüenza.

—¿Lo ves? Lo clavas. Y esto, en cambio, es un re. Ree... ..

Lo repito.

—Te sale natural. Qué suerte.

Se me dibuja una sonrisa de oreja a oreja. Es extraño sentirse afortunada por algo para lo que no hacen falta los ojos. Ni las gafas.

Papá asoma la cabeza en la habitación y nos llama, ya está aquí la *pizza*. Filippo echa a correr por el pasillo, y yo lo sigo, tratando de adelantarlo. Nos empujamos mutuamente para llegar a la cocina uno antes que el otro.

En la mesa, mamá me coloca las coletas sobre los hombros.

—¿Dónde tienes las gafas, Mafalda?

Estoy a punto de confesar que se me han caído y que ni siquiera las he buscado, peor aún, me he olvidado por completo de ellas, pero Filippo responde por mí:

—Estábamos cantando. No le hacían falta.

Papá me sirve un trozo de *pizza* con salchichas.

—Bueno, pero luego las buscamos, ¿eh? Que no se nos olvide.

Nadie parece enfadado. Para quedar bien delante de la madre de Filippo me pongo la servilleta bien extendida en el regazo y empiezo a cortar la *pizza*.

—¿Quieres una aceituna negra? —me pregunta Filippo—. A mí no me gustan. Me ha tocado una en mi porción.

No tengo ni que preocuparme de atinar a cogerla con el tenedor sin las gafas puestas, Filippo me la mete directamente en la boca. No será muy bien educado, pero este Filippo resuelve un montón de problemas. Me acuerdo entonces de ese trocito de *El barón rampante* en el que Cosimo está en el árbol con la niña española y le parece todo bonito y fácil, no como con esa otra niña, Viola, que lo ponía de los nervios. Quizá sea esa la diferencia entre la amistad y el amor, que la amistad es fácil, y el amor en cambio te llena la cabeza de confusión, un poco como la niebla de Stargardt en los ojos.

Después de la *pizza*, las mamás se ponen la chaqueta y bajan a la pastelería Emanuela's a comprar dulces. Papá se queda cuidando de nosotros. En realidad no nos cuida, se sienta en el sofá, uno que hay en la cocina, y ve en la tele un programa de humor.

Al cabo de un rato, Filippo quiere salir al balcón a enseñarme los geranios secos con los que habla su madre, pero papá nos para.

—¡Antes abrigaos!

Yo cojo mi anorak, y Filippo empieza a ponerse su chaqueta azul de siempre, la que lleva su nombre escrito detrás.

Pero papá lo vuelve a parar.

—Ponte una más gruesa, que hace frío fuera.

Filippo no dice nada. Ahora me toca a mí contestar en su lugar.

—Papá, ¿sabes que hace nada ha sido el cumpleaños de Filippo?

—¿Ah, sí? Pues felicidades atrasadas.

—Sí. Y no le he regalado nada porque no ha hecho ninguna fiesta.

Filippo me da una patadita en las piernas. Quiere decir: «¿Qué te estás inventando?».

—¿Sabes esa cazadora que tienes guardada en el arcón para cuando te mandan a trabajar a la montaña? Esa que ya no te gusta.

Venga, papá, léeme la mente. ¿Has comprendido adónde quiero llegar?

—¿La verde y violeta?

—Sí, esa. Igual le está bien a Filippo.

Papá se queda callado un momento, y luego exclama:

—¡Claro que sí, es un precioso regalo de cumpleaños! No es que no me guste, Filippo, es solo que casi nunca me la pongo, y hace tiempo que quería dársela a alguien. —Papá coge las llaves del coche y abre la puerta del apartamento—. Pensaba regalársela a mi sobrino, pero tú te has adelantado... Voy por ella. —Y cierra la puerta tras de sí.

Igual Filippo se ha enfadado conmigo por lo que he hecho. Me aprieta fuerte la muñeca y me arrastra a un cuarto que creo que es el baño. Es muy blanco y huele a limón. Lo oigo rebuscar en algún sitio, y luego me pone una botellita de cristal en la mano.

—¿Qué es?

—Huele.

Me acerco la botellita a la nariz. Huele a esas florecitas azules... Verónicas, las llamaba mi abuela. Siempre hay muchas en el jardín de nuestra urbanización en primavera. Me pican los ojos, tengo que parpadear varias veces, estoy casi segura de que es por culpa del perfume.

—Qué bien huele. ¿Lo ha hecho tu madre?

—Sí. Te lo regalo. A cambio de la cazadora.

Me quedo parada un momento respirando ese aroma tan rico. Ya se me han acostumbrado los ojos.

—¿No se enfadará tu madre?

—Qué más da. Todos los meses hace mil perfumes distintos. No se dará cuenta.

—Vale. Gracias. Oye...

Tengo que preguntárselo.

—Tú quieres ser mi amigo, ¿verdad?

—Pues claro —me contesta, cerrando el cajón de los perfumes.

—¿Por qué quieres que seamos amigos?

De repente me rocía con el perfume que tengo en la mano. Después echa a correr hacia su cuarto, gritando:

—¡Porque, así, cuando seamos mayores formaremos un grupo! Yo toco, y tú cantas.

Lo sigo, riendo, y me parece una idea fantástica.

Estoy en la cama con «Óptimo Turcaret» sobre los pies. Esta noche no se deja acariciar porque huele mi nuevo perfume, que no se me ha quitado ni después

de ducharme. Le he cogido prestado el teléfono a papá para mirar en internet qué hay que hacer para ser cantante. La voz del móvil dice que hay que ir a quince sitios por lo menos, pero no me entero bien de dónde. Madre mía. ¿Cómo voy a apañármelas? Anoche escuché un trozo de *El barón rampante*, el del mono que sale de Roma y llega hasta España de árbol en árbol. Pero estoy casi segura de que esos árboles ya los han talado todos.

El móvil dice también que hay que tener algo especial, algo que nadie más tiene. Ahora la idea de Filippo de formar un grupo no me parece tan buena. Yo lo único especial que tengo es un gato marrón y gris (porque no creo que haya por ahí muchos gatos así) y lo de la niebla en los ojos. Soy especial pero al revés. Parpadeo y abro mi cuaderno personal, apoyándolo en el suelo. Lo hojeo de rodillas, arrancando casi las páginas, y escribo deprisa, apretando fuerte:

Comer aceitunas negras porque no sabré si de verdad son negras.

Cantar en un grupo.

Me meto en la cama y me tapo hasta la frente. La oscuridad no es un cuarto sin puertas ni ventanas. La oscuridad es un monstruo que se te come todas las aceitunas negras y los sueños.

Cosimo, está nevando, y he pensado que podría morirme de frío en lo alto del cerezo del colegio en invierno.

Pero después he recordado que tú te las apañaste, y que para no morir te agarraste a un globo que pasaba y te tiraste al mar, y así nunca, nunca, tocaste el suelo. Pero yo no puedo cazar animales peludos para hacerme mantas como hacías tú, así que tengo que pensar en una solución por si estoy a punto de morir de frío. ¿Me ayudas a encontrar alguna idea?

Posdata: dale las gracias a la abuela por la manta. Hasta que se me ocurra algo mejor, me la llevo al árbol.

Decir buenas noches con señales luminosas. Contar todas las estrellas que hay

Mi profesor de apoyo se llama Fernando, es joven y muy aburrido.

Está siempre mirando unos libritos escritos en chino que se leen al revés y mandando mensajes con el móvil. Debería vigilar que yo escriba bien en el cuaderno, que no me pierda por el colegio y que haga los ejercicios de puntitos braille pero, por suerte, no le interesan mucho estas cosas y prácticamente me deja en paz casi todo el tiempo. Se enciende como un robot solo cuando pasa otra profesora, y entonces finge ayudarme a escribir.

Él también viene hoy al viaje escolar, pero estará demasiado ocupado cuidando de Oscar, el niño de quinto que está en silla de ruedas, para acordarse de mí. A veces me parece que nadie sabe lo de mi niebla de Stargardt, aunque me consta que todos están al corriente. Igual se les olvida, porque tampoco es que se aprecie demasiado. Vistos desde fuera, mis ojos son normales. Es un poco como estar loco: visto desde fuera, un loco parece normal, pero luego se pone a gritar, y entonces todo el mundo se acuerda y dice: «Cuidado con ese, está loco». Una vez, la profesora de gimnasia dijo de mí: «Pobrecita, no ve», y a mí se me ocurrió ponerme a gritar para que se creyera que estoy loca y dejara de alborotarme el pelo al acariciarme la cabeza.

Papá y mamá golpean con los nudillos en mi ventanilla del autocar (estoy sentada en la primera fila, al lado de Fernando) y me dicen adiós con la mano como si me marchara a un larguísimo viaje. Yo también les digo adiós, pero enseguida les vuelvo la espalda, los padres de los demás niños no se han quedado pegados al autocar, y mis compañeros ya están todos concentrados en sus tabletas, sus auriculares y sus móviles, y no se preocupan de decirles adiós. El único que no se está quieto es Filippo, lleva la cazadora que le ha dado papá. Está sentado al fondo y no para de hacerles bromas a sus compañeros, a los que oigo gritar:

—¡Deja de ponerme la capucha!

—¡Quiero dormir!

Pero es imposible porque, en cuanto salimos, la profesora coge el micrófono y se pone a explicar el programa de los próximos dos días. Por la

noche estaremos separados chicos y chicas en dos cabañas distintas, mañana iremos todos juntos a visitar la fábrica de productos bio, y por la tarde a la nieve. Los que saben esquiar irán con Fernando y con la profesora que una vez me dijo «Pobrecita», y los demás, a tirarse en trineo. Yo sabía esquiar cuando era muy pequeña, me enseñó mi primo Andrea, pero después a papá y a mamá les daba miedo dejarme ir a las pistas porque no veía bien y me caía. Eso quiere decir que iré a tirarme en trineo, aunque no lo he hecho desde que llevo las gafas nuevas.

Hace hora y media que salimos.

En el autocar hay un jaleo tremendo, Filippo y sus amigos cantan canciones verdes sin hacer caso de las profesoras, que tratan de hacerles callar. A mí me entra un poco la risa, nunca había oído canciones como esas, y tampoco había oído nunca a un chico cantar tan bien, pero no sé si decírselo, o mejor no. Hay curvas, y me parece que Ciccio se está mareando. Cuando vamos de excursión siempre se mareo porque como demasiado. En esta hora y media de viaje le he oído comerse al menos tres bollos, y ya se ha bebido dos latas de Fanta. He oído el pchhhh. Como está sentado detrás de nosotros, se lo digo a Fernando, que se vuelve a mirarlo y enseguida le dice al conductor que pare.

Siento una bola de papel que me da en la cabeza y me vuelvo bruscamente: Filippo se acerca por el pasillo del autocar, riéndose a carcajadas del pobre Ciccio.

Lo miro enfadada.

—¿Es que no sabes que no hay que burlarse de la gente que se encuentra mal?

—¡Pero es que ha comido como un cerdo!

—¿Y qué? Ahora se encuentra mal, no hay que burlarse. ¿Te gustaría que te lo hicieran a ti?

Filippo se sienta en el sitio de Fernando, que está abajo en la carretera con Ciccio. Luego se pone de rodillas en el asiento y manda callar a todo el mundo:

—Ahora basta de risas. El próximo al que oiga reírse se la carga en cuanto bajemos.

Ya nadie dice ni mu, solo una de sus profesoras le ordena que vuelva a su asiento.

Filippo se inclina hacia mí y me susurra deprisa:

—Esta noche, cuando os dejen elegir cama, ponte al lado de la ventana.

—¿Por qué?

—Tú hazlo. ¿Eres capaz de quedarte despierta hasta medianoche?

—Pues claro.

—Entonces mira por la ventana. Te daré las buenas noches desde nuestra cabaña.

—¿Y cómo?

—Me verás.

—Pero yo...

—Ya verás como sí que me ves. No se lo digas a nadie.

Y corre al fondo del autocar, justo cuando Fernando vuelve a sentarse a mi lado.

Hace dos horas que hemos llegado, hemos comido estofado con polenta y ahora hay que preparar las cosas para la noche.

Es una suerte que tenga que quedarme despierta hasta medianoche, así puedo fisgonear el equipaje de las otras chicas y saber dónde está cada bolsa. Igual consigo coger algo esta misma noche. Me he puesto en la cama que está debajo de la ventana, entra un poco de corriente pero no importa. Desde aquí veo lo que pasa fuera y también tengo bajo control las camas y los sacos de dormir de las demás. Chiara está inflando su colchón de dos plazas, dormiré en él con Martina, las profesoras le han dado permiso. Mis compañeras la rodean, alabando lo grande que es el colchón, y yo sé que les gustaría dormir en él, o al menos probarlo un rato. Si hubiéramos seguido siendo buenas amigas, Chiara me habría elegido a mí. Pero eso no es esencial: si lo he entendido bien, una cosa es esencial solo si la necesitas para vivir, pero yo puedo vivir sin el colchón de dos plazas de Chiara.

Lo malo es que esta noche no podré quitárselo, ¡estarán durmiendo en él! Tendré que esperar hasta mañana, cuando lo recojamos todo para irnos y bajemos a desayunar. Puedo fingir que me encuentro mal y volver a los dormitorios. Si Fernando no me sigue, todo en orden: podré llevarme el colchón. Para esconderlo he dejado libre un compartimento de mi bolsa de viaje, el que se cierra con cremallera y queda aplastado debajo de la ropa. Y ya he pensado cómo colocar la cama en lo alto del árbol: es fácil, inflaré el colchón cuando esté arriba y lo apoyaré sobre dos ramas. Será comodísimo.

Ahora tenemos que ponernos el pijama. Las profesoras se quedan con nosotras hasta que estamos listas, después apagan la luz y nos advierten que

volverán dentro de una hora porque tienen que preparar nuestros documentos para la visita de mañana. Mis compañeras y las chicas de quinto esperan unos minutos a que dejen de oírse los pasos de las profesoras, y, aunque yo los sigo oyendo por la escalera que lleva a la planta baja, las demás se incorporan en la cama de un salto y se ponen a charlar. Una de las mayores se levanta y va a encender una luz.

Me incorporo yo también. Chiara y Martina se han tumbado boca abajo y escuchan las canciones de *Frozen* con un reproductor de música, cada una con un auricular. Lo sé porque mueven la cabeza al compás, las dos a la vez, y cantan en voz baja, desafinando. La mano de Francesca, mi amiga siciliana, se alarga hacia mí desde una litera con un paquete abierto de ositos de gominola. Cojo un par y me los meto en la boca. «*Grafias*».

A mí también me apetece escuchar música. Rebusco en mi equipaje, que está debajo de la cama, pero no me da tiempo a sacar el MP3, porque enseguida la niña que ha encendido la luz llega de puntillas, para que no la oigan las profesoras desde la planta de abajo, y se sienta en mi cama.

—Hola, ¿eres Mafalda?

Yo me aparto lo más que puedo de ella, rodeándome las rodillas con los brazos.

—Sí, ¿por?

—Nada, por saberlo.

Es alta, tiene el pelo castaño un poco pelirrojo todo revuelto y un pijama que no es un pijama, sino una camiseta con letras estampadas y unos pantalones azules de chándal. Dos amigas suyas la siguen y se sientan una a su lado y la otra en el suelo. Me miran sonriendo.

—¿Es ella la famosa Mafalda?

—Sí —contesta la otra muy contenta.

—¡Guau, así que eres tú!

Yo no entiendo nada.

—Famosa, ¿por qué?

Las chicas de quinto se miran entre sí sin dejar de sonreír.

—No deberíamos decírtelo...

—¡Pero ya no resistimos más!

—¿Quién se lo dice?

—¡Yo!

—¡No, yo!

—En mi opinión debería contárselo Emilia, es la ex —dice al final la que está sentada en el suelo.

Yo pregunto quién es Emilia.

La chica que ha llegado la primera me estrecha la mano y se señala la camiseta:

—Encantada, yo soy Emilia, la ex de Filippo.

De pronto me siento aturdida y me pongo roja. Se me empañan incluso las gafas, por eso tardo un poco en leer el texto de su camiseta: es su nombre, Emilia. Parece igual que el que lleva Filippo en su chaqueta azul.

Las otras dos chicas se ríen. Menos mal que mientras tanto el resto de mis compañeras no nos presta atención.

—Yo soy Mafalda. —Eso es todo lo que soy capaz de decir. Pero ya lo sabían. Y, de hecho, la otra chica sentada en mi cama exclama con una risita:

—¡Ya lo sabemos!

Creo que vive cerca de mi casa. Se llama Giulia. No es mala. Lo que me pasa es que no sé qué quieren de mí.

—Lo sabemos, lo sabemos —dice Emilia—, en la agenda de Filippo sale tu nombre por todas partes: Mafalda por aquí, Mafalda por allá... Incluso ha dibujado un corazón en el día de tu cumpleaños.

—No es verdad.

—Sí que lo es. ¿Acaso no es tu cumple el 1 de febrero?

Vaya, entonces sí que es verdad. ¿Un corazón? ¿Cómo que un corazón...?

—Tranquila, no soy celosa. —Emilia me da una palmadita en el hombro—. Cortamos en octubre, bueno, mejor dicho corté yo. Su padre volvió con su madre, y luego se volvió a marchar otra vez, y estaban así, que si sí, que si no, y Filippo no lo llevó nada bien. Se comportaba de lo más raro, era demasiado para mí, así que lo dejé.

—Ah.

—Pero ¿a ti te gusta?

Las tres chicas se me acercan mucho, y yo quisiera escapar por la ventana de la vergüenza que me da.

—¿Quién, Filippo? ¡Nooo, qué va, para nada!

Las otras dos se ponen a saltar dando palmas.

—¡Yo creo que sí que le gusta!

Emilia me coge una mano:

—Pero, Mafalda, ¿no has visto cómo se comporta? Es un gamberro, siempre gritando, y puede incluso que tenga que repetir curso.

Me miro los calcetines.

—Yo es que no veo bien. Solo he oído decir que está un poco loco.

—¿Un poco loco? ¡Desde que se divorciaron sus padres está loco de remate! ¡Ten cuidado si decides salir con él!

Entonces es verdad que sus padres se han divorciado. Mi tercer ojo ha vuelto a funcionar.

—Pero yo no quiero salir con él. ¿Eso qué quiere decir?

—Pues que os besáis —dice Giulia.

—Y que de mayores os casaréis y tendréis hijos —dice la otra.

Francesca, que lo está escuchando todo desde la litera de arriba, se asoma y pregunta:

—¿Vosotras sabéis cómo nacen los bebés?

Alguna otra niña interesada levanta la cabeza del móvil o de la tableta para escuchar. Emilia responde por todas:

—Yo lo sé. Te tiene que dar dolor de tripa, y eso te puede pasar también a nuestra edad. Después vomitas, el bebé crece en medio del dolor de tripa, y nace al cabo de nueve meses.

—¿Por dónde? —pregunta Chiara.

—Por el ombligo. Los médicos le hacen un agujero y sacan al niño. ¿Para qué si no tenemos ombligo según tú?

Todas gritan, espantadas.

—Pero ¿cómo entra el bebé en la tripa? —pregunta Martina nerviosa.

Emilia responde con calma:

—Hace falta un papá, y tiene que acercarse mucho mucho a la mamá.

Desde el fondo del dormitorio, una de quinto protesta:

—¡No tiene por qué! Yo tengo una tía que va a tener un bebé ella sola.

Pero en ese momento entra una profesora, nos ha oído gritar y ha venido a decirnos que nos vayamos a dormir. Ya está bien de cháchara por esta noche.

Volvemos a la cama. Por seguridad, la profesora también se queda a dormir y va al baño con su neceser a cambiarse. Se apagan las luces. Antes de quitarme las gafas, aparto un poco la cortina y miro por la ventana. El cielo aquí es precioso, todo negro y azul, lleno de puntitos blancos. Hacía mucho tiempo que no veía las estrellas. Igual aquí sí puedo verlas porque estamos a mayor altura que en mi casa. Entonces, desde el cerezo, que está más alto que el colegio, podré volver a verlas. Ojalá. Si no, esta es la última vez que las veo.

Cuánto cuesta mantener los ojos abiertos hasta medianoche...

De hecho, creo haberlos cerrado, pero solo un momento. Tengo un reloj que se ilumina en la oscuridad, era de la abuela, y me lo dio cuando se fue a vivir al tronco del árbol. Me lo acerco a la cara y pulso el botoncito de la luz

para ver qué hora es: las doce menos cuarto. Las demás profesoras también se han acostado ya y duermen entre nosotras, una está tumbada en una colchoneta al lado de la puerta y ronca por la nariz. Da risa. Mis compañeras y las chicas de quinto están muy quietecitas en sus camas. Todo es muy azul, y aunque estoy en una habitación llena de gente me siento la única niña en el mundo. Aparto la cortina de la ventana. Cuando llegamos, nevaba. Ya no. Los prados que rodean las cabañas y las colinas son azules (por la noche la nieve es así), y la luna es una farola muy grande que lo ilumina todo, aunque aquí no hay casi nada que iluminar. Solo la otra cabañita donde duermen los chicos. Y una luz en una ventana. Una luz que se enciende y se apaga. Como un código. Como las señales de buenas noches que nos hacíamos la abuela y yo antes de dormir.

Me incorporo de pronto en la cama y me ajusto bien las gafas. La luz sigue apagándose y encendiéndose un rato, y después dejo de verla. Tengo que responder. Cuando alguien te dice buenas noches, tienes que contestar «Igualmente», si no, es de mala educación. Pero yo no tengo nada para contestar, una linterna, algo que se ilumine... ¡Ya sé, el reloj de la abuela! Me lo quito de la muñeca, lo pego al cristal de la ventana y pulso muchas veces el botoncito. Espero que se vea desde el cuarto de los chicos. La luz de antes se enciende de nuevo como loca. ¡Sí que se ve! Seguimos haciéndonos señales, pero entonces la profesora que ronca se queja en sueños y se vuelve en la colchoneta, qué susto. Hago una última señal de luz, muy larga, que significa «Ahora hay que dormir», y espero la respuesta, que llega enseguida, también muy larga. Vuelvo a tumbarme en la cama, veo como muchas estrellitas en la oscuridad. Y estoy contenta. No sé muy bien por qué pero ya no me siento la única niña en el mundo.

Esta mañana, en el desayuno, Filippo me saluda con un gesto desde su mesa y luego se pone enseguida a salpicarse leche con sus compañeros.

—Como te dije, le gustas —susurra Emilia, pasando detrás de mí.

—Solo nos hemos saludado, y casi no me ha mirado.

—Los chicos siempre hacen eso. Es una señal. Tienes que acostumbrarte a las señales.

La visita a la fábrica de productos bio es tan aburrida que ni siquiera a Filippo se le ocurre ninguna broma para distraernos ni un pretexto para molestar a

nadie. Lo único bueno es que nos dan a probar mantequilla de vaca de verdad, y comemos bocadillos de mermelada hasta reventar. ¡Menos mal que luego nos llevan a la nieve! Fernando acompaña a un buen grupo de niños, entre ellos va Emilia, con su mono de esquí rojo, y Chiara, que antes de coger el telesilla enseña sus gafas de *Frozen* a todo el mundo, incluso a mí.

Yo subo a la pequeña colina de los trineos. Me siento en el suelo a escribir en la nieve, no puedo bajar deprisa como los demás porque me da miedo chocar contra un árbol. Nos han dado trineos en forma de cochecito, y nadie quiere compartir el suyo conmigo, y ni siquiera sé si de verdad me apetece tirarme. Debe de ser muy raro montar en trineo sin ver apenas nada.

Una profesora se me acerca y me dice que me tire con ella. Le contesto que prefiero quedarme ahí sentada, y ella se vuelve a charlar con las demás profesoras mientras mis compañeros suben y bajan por la pendiente gritando como locos. Estoy pensando en cuál puede ser el mejor momento para inventarme que me encuentro mal y volver a las cabañas a coger las cosas que necesito. Pero en ese momento recibo una bola de nieve en el hombro y miro a mi alrededor para saber quién ha sido. Un loco que grita más fuerte que los demás corre hacia mí, tirando de un trineo rojo vivo. Lleva una cazadora de hombre y unas gafas muy finitas llenas de copos de nieve. Tiene una sonrisa tan grande que casi no le cabe en la cara.

Se tira tumbado a mi lado y me pregunta enseguida qué hago ahí sentada.

—No me apetece tirarme en trineo.

—No es verdad. Te da miedo porque no ves bien.

Le meto un puñado de nieve por el cuello de la cazadora, aunque lo que ha dicho sea verdad. Él grita y se ríe, revolcándose en el suelo. Al final no puedo evitar reírme yo también. Entonces Filippo se para de pronto y le da un golpecito al pompón gris y rosa de mi gorro. Tres de nuestros compañeros suben la cuesta y se ponen en fila unos al lado de otros para hacer una carrera. Desde un lado de la pista, la profesora les da la salida, y ellos se tiran pendiente abajo, haciendo crujir la nieve helada.

—¿Bajas conmigo? Te llevo en mi trineo.

No estoy segura. Mejor no arriesgarme.

—No. Vas demasiado deprisa, lo sé.

Filippo se levanta y coloca el trineo en lo alto de la pendiente. Se vuelve hacia mí con los brazos en jarras. Creo que tenía esa misma postura cuando lo vi por primera vez junto a mi jardín.

—Pero yo a ti te he prometido que haría una cosa difícil.

El piano. Las canciones modernas.

—Sí, es verdad. ¿Y qué?

—Pues que ahora te toca a ti. Tienes que hacer algo difícil. ¿Por qué solo yo?

Quería fingir que me encontraba mal, pero ahora me duele un poco la tripa de verdad. Intento resistirme.

—¿Y eso quién lo decide?

—¡Yo!

Filippo me arrebató el gorro cogiéndolo del pompón y se sienta en la parte delantera del trineo. Me acerco a él, resignada. En ese momento llegan otros dos niños con su trineo.

—¿Queréis echar una carrera? —les pregunta Filippo. Ellos aceptan enseguida y se colocan a nuestra izquierda—. ¡Venga, sube ya, ¿a qué esperas?!

Me monto en el trineo detrás de Filippo y apenas me da tiempo a ponerme el gorro cuando sale volando por los aires. Empezamos a bajar la cuesta a toda velocidad. Me agarro con fuerza a su espalda y le grito al oído que va demasiado rápido. Él vuelve un poco la cabeza hacia mí para decirme:

—Es una carrera, ¿cómo quieres ir?, ¿despacio?

—¡Es que así no veo nada!

—¡Yo tampoco! —Filippo se gira hacia mí para enseñarme sus gafas, totalmente cubiertas de nieve. Me entra un miedo horroroso.

—¡Vamos a chocar!

—¡Quizá! —contesta, y se ríe, se ríe como alguien cuyos padres no se han divorciado y solo se está divirtiendo en la nieve—. ¡Cierra los ojos! ¡Es una gozada! ¡Si derrapamos, freno!

La bajada es larguísima. A nuestro alrededor no hay más que nieve que sale volando a nuestro paso, y el bosque, que desfila verde y marrón a un lado de la pista. Estamos ganando la carrera porque ya no oigo el trineo de nuestros compañeros. Entonces lo hago: cierro los ojos. Y siento en la cara el aire frío, el cabello al viento y el corazón que me late muy fuerte en el pecho. Pero ¿es el mío o el de Filippo? Lo noto en su espalda. No importa. Deslizarse así por la nieve, sin más sonido que el del trineo y los gritos lejanos de los otros niños, es una sensación maravillosa. Y extraña. Como andar con los ojos vendados, pero más vertiginosa. Tengo muchísimo miedo, pero aun así me gustaría que esta bajada durase una hora entera, no, un día entero, no, que durase eternamente. Como la música de Filippo.

Ahora se oyen con más fuerza los gritos de los demás, que nos animan en la meta, y la bajada ya no es bajada, y chocamos entre aplausos contra un

montón de nieve fresca. Mientras los copos caen ligeros sobre nosotros, reímos y reímos hasta quedarnos sin aliento, y luego nos levantamos y damos vueltas, saltando y riendo:

—¡Hemos ganado!

Justo cuando llegan nuestros adversarios, siento un extraño retortijón en la tripa, y me sube una arcada.

—¿Qué te pasa, te encuentras mal? —me pregunta Filippo. No contesto. Me acerco a un arbusto y hago como Ciccio el día anterior.

Como Fernando es el profesor de apoyo, me acompaña a la cabaña donde hemos dormido esta noche.

La encargada me prepara un té caliente, para la tripa, dice; después subimos a la primera planta, y Fernando deja que entre sola en el baño.

—Te espero abajo, en la entrada —dice, sacándose del bolsillo del anorak uno de sus libritos chinos.

Es el momento. Entro en el dormitorio. Están todas las camas hechas, y al lado de cada una está la mochila de quien ha dormido en ella. En un rincón veo una especie de balón rojo y azul: es el colchón de Chiara. Me tiemblan un poco las manos cuando lo cojo y lo guardo en mi bolsa, intentando esconderlo bien. Aquí no tengo nada más que llevarme. Pienso fugazmente que me vendría bien una tableta para cuando esté en el árbol, pero entonces recuerdo que estaré a oscuras, y además es demasiado difícil de robar. No soy capaz.

Bajo con la bolsa en bandolera. Total, nos vamos dentro de un rato. Fernando está sentado en un silloncito rojo, enfrascado en su libro. Tengo que encontrar la manera de meterme en la cabaña de los chicos. La señora del té me para cuando paso delante del mostrador de la recepción.

—¿Cómo te encuentras?

—Regular —le contesto, y no es mentira.

—Como estás malita, te voy a regalar una cosa.

Se inclina sobre el mostrador y me da una flor gris de lo más extraña.

—¿Qué es?

—Una flor de las nieves.

La toco con delicadeza porque parece que vaya a deshacerse de un momento a otro.

—¡Es peluda!

—Sí. ¿Nunca habías visto una?

—No. Gracias. Es preciosa.

Fernando se acerca para ver él también la flor de las nieves.

—Interesante —opina.

Entonces se me ocurre una idea.

—Fernando, ¿me ayudas a hacer una cosa?

Me acompaña hacia la puerta de la cabaña.

—Hummm. A ver, dime.

Le tiro del anorak y le señalo la cabaña de los chicos.

—Me gustaría mucho darle una sorpresa a un chico de la otra clase.

—¿Un chico?

—Sí, uno que me gusta.

—Ah.

—¿Me llevas a su cuarto para que le deje la flor de las nieves sobre la almohada?

Fernando resopla.

—Bueno, pero date prisa.

El dormitorio de los chicos huele fatal.

Fernando se ha quedado en el pasillo montando guardia, así que tengo que darme prisa. Recorro la habitación buscando la fiambreira rosa de Ciccio y la guardo corriendo en mi bolsa.

Fernando asoma la cabeza.

—¿Has terminado?

Qué susto. Menos mal que ya había escondido la fiambreira. Me acerco a una cama que está justo debajo de la ventana desde la que se ve la cabaña de las chicas. Encima de la cama hay una linterna. Dejo la flor de las nieves sobre la almohada y salgo del cuarto.

—Perdona, Fernando, es que no encontraba su cama.

—No pasa nada. Para estas cosas es mejor no equivocarse de persona. Vamos a esperar el autocar.

Mamá está deshaciendo mi equipaje, veo una lucecita muy tenue que sale del baño.

Yo estoy tranquila en la cama porque ya he sacado la fiambreira rosa y el colchón inflable y los he escondido en el armario detrás de la ropa. Me han dicho que puedo seguir con la luz encendida diez minutos más. Pero no tengo

gran cosa que hacer. Cojo mi cuaderno personal y el rotulador negro de la repisa y tacho de la lista «Contar todas las estrellas que hay».

Lo sé, Cosimo. Les he cogido cosas a mis compañeros sin pedirles permiso, y eso no está bien. Pero tú también ayudabas a los bandidos, ¿te acuerdas? Sabías que no eran malvados, solo que en ese momento tenían que portarse un poco mal para alimentar a sus familias. No se lo digas a la abuela, por favor.

Te prometo que, cuando esté en el cerezo y ya sea mayor y haya aprendido a construirme las cosas como hacías tú, se lo devolveré todo. Me llevará algo de tiempo, pero algún día lo haré.

Querer a alguien

Voy a tener un hijo. Ahora ya estoy segura.

Desde que volvimos del viaje escolar, pienso un montón en las cosas que dijo Emilia, la niña alta y pelirroja, aquello de que para tener hijos te tiene que doler la tripa y luego vomitas. Pienso mucho en eso mientras acaricio a «Óptimo Turcaret» detrás de las orejas, antes y después de hacer los deberes, e incluso ahora mientras voy camino del colegio.

Te tiene que doler la tripa y luego vomitas. A mí me pasó en la pista de trineo. No he entendido bien si de verdad hace falta un chico, pero yo de todas maneras abracé fuerte a Filippo durante la carrera. Así que supongo que ya está. ¿Qué le voy a decir a mamá? ¿Y «Óptimo Turcaret» seguirá queriéndome? Tendré que dejar el colegio, ¿y cómo haré para cuidar del niño cuando esté a oscuras? De pequeña imaginaba que tendría seis hijos, cinco niñas y un niño, pero después me vino lo de la niebla en los ojos y dejé de pensar en eso. Si tuviera hijos, los perdería en la niebla, o los peinaría mal, y se morirían de hambre porque no puedo conducir un coche para ir a hacer la compra. Igual podría pedir *pizza* para cenar. Pero entonces se pondrían muy gordos. No, nada de hijos para mí. Solo «Óptimo Turcaret». Él se las apaña solo para comer, y también para lavarse y peinarse.

Pero ¿y ahora qué hago? Tengo que decírselo a alguien. A Estella. Es la única que puede ayudarme. En cuanto sea la hora del recreo, me voy a verla. Mientras tanto, para distraerme, cuento los pasos que doy desde que veo el cerezo, tan marrón y tan fino, hasta que llego al tronco. Uno, dos, tres...

Ochenta pasos, puede que setenta y ocho.

Cuarenta metros. Puede que treinta y nueve.

Diez pasos más y lo oigo: el silbido de Estella. Si también me quedo sorda, ahí ya sí que estaré perdida.

Llamo un par de veces a la puerta del cuartito de los bedeles. Es el recreo, y todos los niños corren por los pasillos, abriendo el envoltorio de la merienda. Tres chicos de la clase de Filippo juegan a encestar en la papelera con el papel de aluminio hecho una bola. Me gustaría jugar a mí también, pero tengo cosas

más importantes en que pensar. Estella me abre la puerta, y al entrar en el cuartito dejo a mi espalda parte del jaleo, pero no todo.

Estella me lanza una bolsita de patatas fritas.

—¿Tú no quieres?

Se sienta en el sillón de ruedas como si se desplomara. Apoya la cabeza en una mano y el codo en la mesa. Parece cansada. Tiene la cara del mismo color que los limones cuando crían moho, que en realidad es un color precioso, pero no suena muy bonito decirle eso a alguien.

Estella me indica con un gesto que no quiere patatas y arrima un taburete a su silla. Me gusta estar aquí porque dentro de este cuartito está todo tan cerca que lo veo bien. Me siento en el taburete. Es el momento de decirle que voy a ser mamá.

Hago un poquito de ruido con la bolsa de plástico que tengo en la mano y dejo vagar la vista mientras pienso en cómo sacar el tema.

—Estella, ¿tú tienes hijos?

Ella levanta la cabeza y se vuelve hacia mí, haciendo rodar la silla. Parece de verdad cansada.

—No. Nunca he tenido.

—¿Por qué?

—¿Y tú por qué eres tan curiosa?

Me da tanta vergüenza que me lleno la boca de patatas fritas.

—Pues porque me interesan los hijos.

Estella abre tanto los ojos que hasta yo consigo verle toda la parte blanca que hay alrededor del iris.

—¿Te interesan los hijos? Mira tú por dónde. ¿No estarás enamorada, Mafalda?

Yo la miro desde detrás de las gafas sin saber qué decir, y siento que me pongo roja desde la raíz del pelo hasta la punta de los calcetines. ¿Cómo lo ha adivinado? Ni yo misma había caído en la cuenta hasta ese preciso momento.

Estella se ríe, pero no para burlarse de mí, lo noto. Mi tercer ojo me dice que es una risa dulce, por algo bueno. Algo por lo que sentirme afortunada.

—¡Mafalda, por fin una buena noticia! No sabes la alegría que me das. Ahora puedo morir tranquila.

—¿Por qué es una buena noticia? ¿Cómo lo sabes?

Hace rodar la silla hasta ponerse justo delante de mí y me coge por los hombros. Tiene la nariz fina, como una ramita de cerezo, y lleva pintalabios fucsia, pero un poco descolorido.

—Lo sé y punto. Ya era hora de que te pasara. El amor siempre es una buena noticia, Mafalda, recuérdalo. Todo el mundo se enamora. Los niños...

Por el ventanuco se oye la voz de Ciccio pidiéndole a alguien un trozo de bocadillo.

—¿También los niños gordos? —le pregunto.

—Claro, los niños gordos también. Se enamoran los viejos, las personas que viven lejos unas de otras, los malvados...

—¿Los malvados también? ¿Tipo Drácula?

—Sí. Él también tenía esposa. Es extraño, pero cierto. Y eso es bonito, ¿sabes? Porque nos hace a todos iguales. Con el amor, los pobres se vuelven ricos, y los ricos son más felices.

—¿Porque es una cosa esencial?

—Sí, para muchas personas lo es.

—¿Y para ti?

Me suelta los hombros y suspira.

—Lo era. En Rumanía tenía marido. Pero hace mucho tiempo que no nos decimos que nos queremos.

—¿Por eso no tenéis hijos?

—Supongo que sí. Si no le dices a tu pareja que la quieres, y ella no te lo dice a ti, es mejor que no vengan los hijos.

Creo que lo he entendido. La regla es que si no le digo a Filippo que me he enamorado de él, entonces no tendré un hijo. Bien. Pues entonces no tengo más que callarme. Siempre es muy útil hablar con Estella. Ella sabe cómo son las cosas, y siempre me cuenta la verdad. Ahora pulsa un botón rojo que hay al lado de la puerta del cuartito, y suena el timbre en todo el colegio. Salgo al pasillo y voy casi corriendo hasta el aula. Es porque cuando te enamoras no es que veas mejor, pero te da menos miedo chocarte.

Acabo de volver del colegio.

Tiro la mochila al suelo en la entrada y corro a mi cuarto, o por lo menos trato de llegar lo más deprisa posible sin chocar con nada.

Cojo mi cuaderno personal y lo abro por la segunda página. Si lo he entendido bien, para tener un hijo tengo que decirle a su padre que lo quiero. Pero yo no puedo tener hijos, porque a oscuras no se les puede dar el biberón, ni cambiarles los pañales, ni hacer todas esas cosas que necesitan los bebés. Así que basta con que no le diga nunca a nadie que lo quiero. Cojo el rotulador negro y tacho la frase «Querer a alguien».

Treinta metros

Ella me encontraría de todos modos

—Cumpleaaaños feeeeliz..., cumpleaaaños feeeeliz..., te deseeeeamos, Mafaldaaa...

Mamá llega al salón a oscuras con una tarta de nata llena de velitas que le iluminan la cara y la sonrisa. Casi parece que esté ella sola en la habitación y que detrás del sofá se esconda un coro que canta cumpleaños feliz. Al menos esa es la impresión que da. Estoy sentada con las piernas cruzadas debajo de la mesita baja, y a mi alrededor, en el sofá y en el suelo, están el tío, la tía, Andrea, Ravina, papá y Filippo. Chiara no podía venir, ha dicho su madre. Es mentira, pero no me importa, solo la he invitado porque papá y mamá se han empeñado. A ellos les da pena que ya no seamos amigas. ¿Es que no saben que cuando creces puedes cambiar de amigos? ¿Y que es mejor tener amigos que no mienten? «Óptimo Turcaret» está escondido debajo de la mesita baja, cree que ahí está protegido, no está acostumbrado a tanto jaleo. Pero mamá deja la tarta justo sobre su escondite, y él se escapa corriendo enseguida, también porque todos cantan a voz en grito: «¡Cumpleaaaños feeeeliz!».

Inflo los carrillos y soplo tan fuerte que sale volando un poco de nata y aterriza en la alfombra. Normalmente consigo apagar todas las velas de una vez, pero este año no, se queda una encendida, y tengo que volver a coger aire para que la oscuridad sea total. Todos aplauden y gritan que pida un deseo. El humo de las velas se me mete en los ojos. Los cierro, pensando en mi deseo, pero de repente me entra miedo. Abro los ojos muy despacito, y ahí sigue la oscuridad. Vuelvo a cerrarlos y cuento hasta diez, mientras los demás siguen preguntándome qué deseo he pedido. Trato de levantar un poquitín las pestañas de un ojo. Ya está, alguien ha encendido la luz, y consigo ver más o menos a todo el mundo, también la tarta de nata y las guirnaldas de globos que ha colgado papá entre la lámpara y la pared (parecen de verdad cerezas en una rama). Habría sido horrible quedarme a oscuras justo hoy, el día de mi décimo cumpleaños.

Por suerte mamá ya ha empezado a cortar la tarta, y dejan de preguntarme lo del deseo. Filippo viene a tomarse su porción a mi lado sobre la mesita. Usa el tenedor, pero aun así se mancha un montón la cara porque come demasiado deprisa. La tía lo mira preocupada y también un poco asqueada. Él

se vuelve hacia ella y le señala la tarta con el tenedor lleno de nata y de migas: «¡Diquízima!».

La tía sigue con expresión preocupada, pero contesta: «Gracias, guapo», porque la tarta la ha hecho ella. Yo me río a escondidas, como «Óptimo Turcaret» cuando Estella no se da cuenta de que ha hecho sus necesidades en el huerto del colegio.

Suena el teléfono de casa. En medio de todo el jaleo solo yo oigo el primer timbrado, y casi me parece oír el sonido de la corriente de aire que me roza la cara después de ese ruido tan claro y brillante, después lo oye también papá y va a contestar a la otra habitación con el inalámbrico. Pero vuelve al cabo de unos segundos y me llama:

—Hay alguien que quiere felicitarte.

Yo lo sigo hasta la cocina y me siento a la mesa. Papá me deja sola con mamá, que está llenando el lavaplatos.

—¿Diga?

—Felicidades en tu décimo cumpleaños, princesita.

¿Quién será?

—Soy la reina de las Amazonas, ¿te dice algo eso?

La voz suena muy pequeñita, no fuerte y aguda como cuando me grita que vuelva a clase o que me las apañe sola, casi no la reconozco.

—¡Estella! Pero ¿dónde estás?

—En el hospital.

—¿Y qué haces ahí?

Silencio. Un silencio que dura un ratito.

—He venido a ver a una amiga.

—¿Está enferma?

—Ella no. Digamos que trabaja aquí.

¡Quizá esa amiga suya que trabaja en el hospital sea la doctora Olga! Estoy a punto de preguntárselo, pero ella se me adelanta y me dice:

—¿Qué, estás teniendo una bonita fiesta?

—Sí, qué pena que no hayas venido.

—Yo también lo siento. Las fiestas son hermosas. Pásatelo lo mejor que puedas. Mañana en el colegio te darán mi regalo.

—¿Cómo que me darán? ¿Es que no vas a estar tú?

—Mañana no. Esta amiga mía se va a quedar un tiempo en el hospital, y tengo que ocuparme de ella.

—¿Me la presentarás?

—Mejor no. Nunca te la presentaré, Mafalda, nunca, nunca, nunca.

Estoy un poco celosa.

—Entonces adiós.

—Adiós. Acuérdate del regalo, lo dejo en el cuartito, en el cajón de las patatas fritas.

—Vale. Dale recuerdos a tu amiga.

Estella vuelve a quedarse un rato callada. Después, con una voz de lo más rara, me dice:

—Muchas felicidades, Mafalda, princesita.

Y cuelga.

Se me han empañado por completo las gafas. Entonces se me ocurre una cosa: ¿y si fue Estella la que me dejó la notita en la mesa, hace unos meses?

—¿Vienes a abrir los regalos? ¡Toma, abre primero el mío! —Filippo entra corriendo en la cocina y no frena a tiempo. Choca contra la silla donde estoy sentada, con su regalo y todo, y por poco acabamos dentro del lavaplatos. Mamá pasa por encima de nosotros con sus tacones altos (hoy se los ha puesto también aunque no sea día de tacón alto), saca la macedonia de la nevera y cierra la puerta.

—Sí, igual es mejor que vayas al salón a abrir tus regalos, Mafalda. Dentro de media hora viene el padre de Filippo a recogerlo.

Por un momento espero que en la caja de Filippo haya una camiseta con mi nombre escrito, como la que le regaló a Emilia. Pero lo que contiene es algo mucho más bonito. Tardo un poco en entender de qué se trata. Parece una especie de aparato de música en miniatura. Palpo el poliestireno: también hay un micrófono. Uno de verdad, no de esos de plástico de juguete.

—Es un karaoke, pero uno especial. —Filippo coge la caja y se abre paso entre los invitados hasta el televisor. Lo observo pulsar algunas teclas y enchufar el cable del micrófono en algún sitio detrás de la pantalla. Pone en marcha el programa con el mando del karaoke mientras me explica—: Primero sale una persona cantando una canción, tú la escuchas y te la aprendes. Después solo se oye la música, y puedes cantar tú sola. Si no recuerdas la letra, le das hacia atrás y vuelves a escucharla.

En la tele suena una canción que he oído alguna vez en la radio, en el coche de mamá. Andrea se levanta del sofá y coge el micrófono.

—Era un chico... que como a mí... le gustaban los Beatles y los Rolling Stones...

Canta bastante mal para ser profesor de música. Pero a los demás no les importa y cantan también. Me acerco a Filippo y le digo al oído, medio gritando para cubrir las voces de los demás y medio susurrando para que no me oiga nadie:

—Gracias. Me encanta.

Qué pena que no vaya a poder utilizar muchas veces este regalo tan bonito. Me pregunto si debo contarle a Filippo mi plan de irme a vivir a lo alto del cerezo. Él busca dentro de la bolsa de plástico que contenía el karaoke.

—También hay una tarjeta —me dice, dándome un sobre azul.

Yo lo cojo sin decir nada. Miro a mi alrededor, nadie nos presta atención, así que me llevo a Filippo al pasillo.

—Tu tarjeta la leo esta noche en la cama, ¿vale?

Él se pone en jarras:

—¿Por qué no ahora?

Yo le doy vueltas al sobre entre las manos.

—Porque no veo.

—Pues usa la lupa.

Enarco tanto las cejas que me llegan hasta la raíz del pelo.

—¿Cómo sabes que tengo una lupa?

—Un día te vi guardártela en el bolsillo. Venga, úsala. ¿Por qué la llevas siempre encima si luego no la usas?

—Porque me da vergüenza. Nunca uso la lupa delante de la gente.

Filippo no se mueve y no dice nada. Al final me rindo.

—Vale. Pero vamos a mi cuarto.

Nos escabullimos por el pasillo hasta mi cuarto. «Óptimo Turcaret» está en la cama, y solo dice miao cuando Filippo se lo pone en las rodillas, cogiéndolo de las patas delanteras. Me siento a su lado y abro el sobre. Dentro hay una hoja con trazos negros, doblada por la mitad.

—He usado un rotulador grueso —dice él muy orgulloso.

Me saco del bolsillo la lupa de Sherlock Holmes. Me la acerco a un ojo y pongo la hoja detrás de la lupa.

¡FELICIDADES EN TU PRIMER CUMPLEAÑOS DE DOS CIFRAS!
MUCHOS BESOS DE
FILIPPO, CRISTINA Y MAURO

—¿Mauro es tu padre?

—Sí.

Nos quedamos un rato en mi cama tranquilos. Acariciamos a «Óptimo Turcaret» detrás de las orejas, y yo lo miro pero sin verlo de verdad, sin fijarme en él. Estoy absorta en mis pensamientos.

—¿Esta semana estás con él?

Es la primera vez que hablamos de esto.

—Solo ayer sábado y hoy.

—¿No te alegras de verlo?

Filippo se encoge de hombros y sigue acariciando a «Óptimo Turcaret».

—No. Él tiene la culpa de que me haya vuelto loco.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los psicólogos. También el del colegio. Dice que no soy capaz de mantener la atención y que me enfado con demasiada facilidad desde que mis padres se divorciaron.

—Pero tú no lo haces aposta.

Como me parece que se le han empañado las gafas transparentes, le rodeo los hombros con el brazo. Él no se aparta pero se echa a llorar, a sollozar más bien, con todo el cuerpo, con la espalda, las piernas y hasta los pies. «Óptimo Turcaret» baja de sus rodillas por los botes que pega al llorar y se sube de un salto a la silla de mi escritorio. Lo único con lo que no llora Filippo es con la voz. Nos quedamos así en silencio en mi cuarto, hasta que los mayores vienen a llamarnos y como siempre lo estropean todo, hasta los sollozos silenciosos.

—Mafalda, apaga la luz.

Estoy tumbada en la cama en pijama, con «Óptimo Turcaret» sobre la tripa. Con los ojos cerrados, por una vez. Yo nunca los cierro, salvo cuando recorro el patio con los ojos vendados. Quiero tenerlos abiertos de par en par para que me entre un montón de luz que me dure toda la vida.

Hace un rato, tras marcharse todos los invitados de mi fiesta, papá ha quitado las guirnaldas de globos de la lámpara, y le he preguntado si podía quedarme con una. La he guardado debajo de la cama porque la necesito para salir volando de la cima del cerezo si ya no soy capaz de seguir allí, si me puede el frío, por ejemplo, o cuando sea vieja.

Así que esta noche tengo que descansar los ojos. Yo no estoy cansada, en serio, pero ellos sí. Alargo la mano hacia atrás, hacia la lámpara, donde sé que está el interruptor para apagar la luz. Mamá entra en mi cuarto, y entonces levanto un poquitín las pestañas para ver cómo es una madre en la oscuridad. Primero me llega su olor a polo de menta. Después veo su sombra de pelo

largo, sin cara, y con la ropa negra llena de noche, su sombra es un poco más oscura que mi cuarto sin luz. Es extraño, pensaba que en la oscuridad todo era negro y ya está. Pero no, a las madres se las ve incluso en la oscuridad más oscura. Igual *ven* en la oscuridad, como los gatos. Para encontrar a sus hijos en peligro. Pero, si fuera así, entonces yo también podría ser madre. Me incorporo un poco, apoyándome sobre los codos.

—Mamá, ¿tú eres capaz de encontrarme incluso en la oscuridad?

Mamá se sienta a mi lado y me acaricia el pelo.

—No puedo verte en la oscuridad, Mafalda, pero aun así estoy segura de que te encontraría. Pero ahora apaga la luz, que es tardísimo.

Se inclina sobre mí y me da un beso de buenas noches. Su pelo rebota suavemente sobre la almohada como olas de algodón de azúcar, solo que de color negro. Le acaricio los mechones hasta que se va. Qué suaves son.

No le he dicho a mamá que me refería a mi propia oscuridad. Porque, total, ella me encontraría de todos modos.

Esta noche no me apetece hablar contigo, Cosimo, ni con la abuela tampoco.

Vosotros estáis ahí juntos tan tranquilos, pasáis de una rama a otra con cuerdas, leéis libros y seguro que no os habéis dado cuenta de que ya solo me quedan sesenta pasos para llegar al cerezo. ¿Te enteras, Cosimo? Treinta metros. No son muchos.

Tu hermano habló una vez de ti con un viejo sabio francés, y le explicó que estabas en los árboles porque para ver bien la tierra hay que ponerse a la distancia adecuada, o al menos eso creías tú. Pero ¿a qué distancia tengo que estar yo para ver bien mi árbol?

Hacer competiciones de tiros a canasta con bolitas de papel

La doctora Olga tiene los ojos verdes, recuerdo.

Intento ver si es verdad, pero esa nubecita gris que está delante de su cara no se quita. Por eso sigo aquí, sentada entre papá y mamá en las sillitas incómodas de la otra vez.

La doctora Olga me pone en las manos un palito largo y liso. Un lápiz. Lo recorro con los dedos y noto que en un extremo está la gomita en forma de dinosaurio de siempre.

—No he encontrado ninguna con dioses egipcios, lo siento.

No importa. Las gomas no me gustan mucho. No son esenciales. Pero aun así le doy las gracias por educación y me quedo con el lápiz en la mano como si me gustara. La doctora Olga tiene un bloc blanco sobre la mesa, y yo sé que se lo deja a los niños para que pinten. Lo tengo justo delante y me pongo a garabatear. Mientras, los mayores hablan, y yo finjo que no estoy escuchando. Son muchas las cosas que tengo que fingir desde mi cumpleaños de dos cifras: que la luz está encendida, que no estoy llorando, que no estoy escuchando... Y más adelante, de mayor, tendré que fingir que no estoy hablando de una persona que está justo ahí, como hacen ahora papá y mamá.

—¿Cómo la encuentra, doctora? —pregunta papá.

—No está tan mal.

Otra cosa que hay que hacer cuando se es mayor es empezar siempre las frases con «no» para decir todo lo contrario. De hecho, en mi opinión, «no está tan mal» significa precisamente «fatal». Es como cuando la profesora va a la peluquería y luego al colegio, y nos pregunta que cómo la han dejado. Estoy segura de que todos los chicos piensan que mal, pero dicen «No está mal, profesora» para que se ponga contenta y no les pregunte la lección.

La doctora Olga sigue hablando:

—¿Han empezado ya con la lectura en braille?

Papá contesta que sí, que estoy practicando.

—No para.

Otro «no» que significa todo lo contrario. Solo he leído *El Principito* en braille. Pero me ha parecido precioso.

Mamá habla con una voz que suena llena de lágrimas dentro.

—Doctora, ¿no habría algún aparato que le facilitara un poco las cosas?

—Hay gafas provistas de una cámara que proyecta en las zonas aún no afectadas las imágenes captadas fuera...

¿Otras gafas? Espero que no. Parecen muy complicadas, y me da que hasta hacen daño.

—... pero en su estado actual no le aportarían ningún beneficio. Mejor no cansarla más de la cuenta.

Ha pasado el peligro. Esas gafas seguro que son feas, y apuesto a que la cámara me la habrían puesto en la cabeza. En el colegio todos se habrían burlado de mí.

Después de un silencio, la doctora me hace saltar del susto en la silla al exclamar:

—¡Qué dibujo tan bonito, Mafalda! ¡Parece *La noche estrellada* de Van Gogh!

Miro la hoja, estoy bastante segura de haber hecho solo círculos, muchos círculos grises. Si dibuja como yo, será que ese tal *Vangó* también tiene la niebla de Stargardt.

Pero la visita a la doctora Olga no ha sido inútil pues ahora sé qué uso darle al lápiz de dinosaurio que me regaló ayer.

Mi clase está en silencio, tenemos el examen de geometría, y es difícil. Yo lo he hecho con unas figuras de plástico que se tocan, en lugar de escribiendo, Fernando me ha puesto un nueve y medio, y ahora está leyendo su librito chino sentado en una silla vacía al fondo del aula. Casi siempre me pone un nueve y medio. Por el esfuerzo, dice, y no me pone un diez porque eso ya sería pasarse.

Me vuelvo despacio. Kevin está concentradísimo en los ejes de simetría, que nunca termina de entender.

—Oye...

Kevin levanta la cabeza de la hoja pero vuelve a bajarla enseguida.

Necesitaría que la profesora saliera a tomar un café. Como he terminado el examen, me ofrezco voluntaria para traérselo yo, para que le entren ganas de tomárselo ya.

—Profesora —le digo en voz baja, inclinándome sobre el estrado—, ¿puedo traerte yo hoy el café?

Ella se guarda enseguida el móvil con el que está jugando (suena un ding con cada punto que consigue, pero muy bajito, solo lo oigo yo en toda el aula), y me contesta que no.

—Voy yo. Tú apunta en una hoja a todo el que hable.

Me pone una hoja en la mesa, coge su bolso y sale del aula. Muy bien. Ahora puedo volver a intentarlo. Kevin da golpecitos en el borde de la mesa con su lápiz negro y amarillo, medio tumbado hacia un lado. De verdad no le entran en la cabeza los ejes de simetría. Intento enfocar a Fernando, sentado al fondo, cerca del armario, es importante que no me vea. Parece tranquilo. Apoyo un codo en la mesa de Kevin y le susurro:

—Oye, ¿te interesa un dinosaurio?

Sé que le gustan esas cosas. Las serpientes, los reptiles y todo lo que sea verde o parecido a un dinosaurio. En efecto, se incorpora y me contesta enseguida que sí.

—Entonces te propongo un intercambio. —Me tapo la boca con la mano—. ¿Ves este lápiz?

Me saco del bolsillo el lápiz con la gomita en forma de dinosaurio.

—¡Cómo mola! —exclama.

Fernando chista, pero no aparta los ojos de su librito. Le dejo a Kevin el lápiz delante del examen.

—Te lo regalo si tú me traes una cosa.

—¿Qué cosa?

—Me gusta un montón tu chubasquero, ese que es como un poncho, el que te pones en las excursiones. ¿Me lo cambias?

Kevin no se lo piensa ni un segundo.

—Ni hablar. Un lápiz como ese lo venden en cualquier papelería.

Oh, no. No ha funcionado. Las gafas se me nublan por completo.

—En cualquier papelería no. Solo yo tengo uno así. Si lo quieres, tienes que darme tu poncho.

—Te lo doy si me das el lápiz y también tu lupa de investigador.

¿Mi lupa? No sé, no tengo mucho tiempo para pensármelo. Bueno, total, ya casi no la utilizo. Me la saco también del bolsillo y se la doy a Kevin, que lo esconde todo debajo de la mesa. Después blande el estuche delante de mi cara.

—¿Me lo traes mañana?

—Ni hablar —contesta, y justo en ese momento vuelve la profesora con su café.

Normalmente me gusta el olor del café de la máquina, pero hoy me pica en la nariz, y hasta me sale una lágrima del ojo derecho, como cuando tienes sueño y se te mojan las pestañas. Solo que en lugar de sueño en este instante siento más bien rabia, una rabia enorme, y ya me traen sin cuidado el lápiz y el poncho, solo quiero cerrar los ojos y tachar a todo el mundo con una cruz, a todos salvo a Estella y a «Óptimo Turcaret», y todas las cosas salvo mi árbol.

Mi árbol.

A veces pienso en cómo será vivir ahí arriba, y me imagino una especie de cabañita hecha de hojas, junto a los nidos de los pajaritos. El cerezo siempre está lleno de pajaritos. Y, cuando me sienta sola, golpearé en el tronco con los nudillos, y la voz de la abuela me preguntará: «¿Quién es?», «¡Mafalda!», contestaré yo, y el cerezo, o sea, el gigante, sacudirá la cabeza para que caigan unas cuantas flores blancas y rosadas a nuestro alrededor, y la abuela y yo jugaremos a ver formas en las nubes.

Pero para eso necesito mi lupa de Sherlock Holmes. Me siento rara sin ella, y además me la regaló papá. No puedo subirme al árbol sin un recuerdo de papá. Suena el timbre del recreo, y la profesora nos hace salir a todos al pasillo para que nos tomemos la merienda. Kevin se levanta corriendo y va a esconderse en el baño. Con los brazos cruzados, apoyo la espalda en la pared, al lado de la puerta del aula, y me deslizo hasta sentarme en el suelo. Lo he visto hacer en una película. Y entonces pienso que hace muchísimo que no veo una película, y que casi seguro ya no podré ver ninguna antes de quedarme a oscuras. Ni tampoco después. ¿Por qué? ¿Por qué yo? Escondo la cabeza entre las rodillas y lloro.

—¿Por qué lloras?

Sobre mis manos caen migas que huelen a *brioche* de cerezas. Levanto la cabeza. Un par de zapatillas de deporte negras y dos piernas dentro de unos vaqueros. Podrían ser de cualquiera, pero yo sé de quién es esa voz.

Filippo se sienta en el suelo a mi lado y me escucha mientras le cuento lo ocurrido con Kevin. Si hablo demasiado, Filippo deja de escucharme, es algo de lo que me di cuenta al poco de conocerlo, por eso siempre trato de resumirle las cosas. Él se levanta de un salto un segundo antes de que acabe la última frase. Tira el papel del bollo en una papelera bastante lejana, creo, se felicita él solo por la canasta y se dispone a entrar en mi aula.

Yo también me levanto y le aprieto fuerte la mano, que ya tiene en el pomo de la puerta, para retenerlo, porque está prohibido que entremos solos

en el aula durante el recreo.

—¿Qué vas a hacer?

Él me aparta, despacio pero con un gesto firme.

—Ayudarte a recuperar tus cosas. Quédate aquí y avísame si viene alguien.

Intento detenerlo porque me da miedo no ver a tiempo si viene alguien y que nos descubran, pero Filippo entra en el aula a la velocidad del rayo y empieza a rebuscar en todas las mochilas. Yo estoy con medio cuerpo en el aula, medio en el pasillo, y siento que me tiembla el estómago por los nervios.

—¡Debajo de la mesa! ¡Mira detrás de mi mesa, debajo!

No necesito explicarle dónde está mi mesa, lo veo moverse justo ahí. Siento una mano en el hombro.

—¿Qué pasa aquí?

Una de las profesoras viejas a la que apenas conozco está parada detrás de mí, mirando al interior del aula. Me quedo paralizada de miedo. Alguien más se acerca para ver la escena.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta la profesora a Filippo por encima de mi cabeza. Filippo no se mueve de donde está, escondido debajo de las mesas, pero ya nos han descubierto.

Oigo un grito detrás de la profesora.

—¡Mis cosas! ¡Me las están robando!

Kevin me empuja a un lado, corre a su mesa y empieza a luchar con Filippo para arrebatarse el lápiz y la lupa. Pero Filippo no los suelta.

—No son tuyas. ¡Son de Mafalda, se las has quitado!

—¡Me las ha regalado! ¡Ahora son mías!

—¡Tú la has timado!

Y mientras gritan, tratando de arrebatarse las cosas y de pegarse, llega la subdirectora del colegio a separarlos y pregunta quién tiene la culpa de todo ese lío. Kevin grita enseguida que ha empezado Filippo, que le estaba robando, y entonces me pongo a gritar yo también que esas cosas son mías.

—¡Me las has dado tú, imbécil!

Y no sé de dónde saco el valor, pero me lanzo hacia la estúpida voz de Kevin y, sin gafas, la emprendo a puñetazos contra él. Algunos aterrizan en el aire y otros en algo blando que espero que sea su cara. Sin ojos te puedes meter en una pelea, tengo que acordarme de apuntarlo en la nueva lista.

Las sillitas que están cerca de la secretaría, en el pasillo, son tan incómodas como las de la doctora Olga, solo que esta vez no me acompañan papá y mamá sino Filippo, a él también le han dado una notita para que la firmen el director y sus padres.

Es la primera vez que acabo en el despacho del director. Y que robo. Este año he hecho muchas cosas que en catequesis había jurado que nunca haría. Pero ha sido por pura necesidad, yo no quería portarme tan mal. No quería escaparme de casa, y desde luego no quería pegar a Kevin. Bueno, igual sí que quería, pero él me ha engañado, y yo odio que no me digan la verdad.

—Sé que no te gustan las mentiras, pero dentro de poco voy a tener que decir una, y tú tienes que estarte calladita, ¿entendido?

Filippo me roza el brazo. Es la primera vez que me toca por decisión propia. Pero ¿cuál es esa mentira que tiene que decir? No me gustan las mentiras. Estella siempre dice: solo verdad.

—Si no la digo, tú también te vas a meter en un lío, así que calla.

Me ajusto las gafas sobre la nariz y lo miro fijamente.

—¿Qué vas a decir?

—Nada. —Filippo balancea las piernas debajo de la silla—. Tú no digas nada. ¿Quieres jugar a encestar?

Hace una bolita con la hoja de la notita y la lanza hacia una planta de plástico que está en la esquina del pasillo, cerca de una fotocopiadora. Debe de haber una papelera ahí. Oigo caer la bola dentro.

—Ahora inténtalo tú.

Como no tengo nada que lanzar más que la hoja de la notita, la utilizo yo también. Total, qué más da, si ya estoy castigada. La arrugo y lanzo la bolita hacia la papelera. La oigo chocar contra la pared y rodar por el suelo. He fallado.

Filippo corre a recuperar las bolitas de papel y me devuelve la mía.

—Otra vez.

Estoy intentando el sexto tiro a canasta cuando el director sale de su despacho para firmarnos la notita.

—Pero ¿qué estáis haciendo?

Esta vez no necesito el tercer ojo para darme cuenta de que está muy pero que muy enfadado con nosotros.

Mi valor está tan arrugado como la hoja de la notita. Estoy a punto de confesar también esa fechoría (se dice así cuando se infringe una norma, ¿no?), pero Filippo se interpone entre el director y yo:

—Ha sido culpa mía.

El director es un señor alto y muy delgado, con poco pelo y venitas azules en la frente. Me acuerdo de él. No es malo, pero siempre está metido en su despacho y no habla mucho con los niños. Un poco como el bedel del jersey manchado de salsa de tomate. Igual son amigos a escondidas y toman café juntos hablando de nosotros. Imposible. Son demasiado distintos. Filippo y yo también: somos distintos pero amigos a pesar de eso. Parece conocer bien al director.

—La culpa es mía, he entrado en su aula, ella ha intentado impedírmelo, y luego la he obligado a jugar a encestar con la hoja de la notita.

¡No es verdad! Quiero decírselo al director, me levanto de la silla, pero él ya se ha vuelto hacia su despacho y, soltando un larguísimo suspiro, dice:

—Muy mal, muchacho, muy mal. Dejemos marchar a la señorita, y tú y yo vamos a tener unas palabras.

Filippo ni me mira siquiera y, cuando trato de pararlo, se zafa y me dice que me vaya. Lo sigo casi hasta dentro del despacho del director. Lo último que alcanzo a ver son sus gafas y la puerta que se cierra, y quizá una sonrisa.

Filippo es mi Garrone.

Solo que el director no se ha dado cuenta de que ha mentido para salvarme.

Tengo que correr.

Hace demasiado que no corro, que no corro como el viento, como hacen los otros niños en el parque y en la pista de atletismo.

Miro a mi alrededor. No hay nadie cerca, en la entrada del colegio y en el pasillo no se mueve nada. Oigo abrirse una puerta a mi izquierda y a unas secretarias que se ríen. Una señora con una falda negra muy elegante, o por lo menos eso creo, pasa delante de mí con unas hojas en la mano, va a hacer fotocopias. La oigo pulsar botones y bajar la tapa de la máquina, y una luz verde me enciende chispas en los ojos. Miro hacia otro lado. La secretaria me pregunta si necesito algo. Yo echo a andar hacia mi aula. Total, aquí ya no puedo hacer nada por Filippo.

La secretaria agrupa las hojas y vuelve a su despacho. La oigo cerrar la puerta. Ahora estoy de verdad sola en el colegio. Me quedo muy quieta y cuento hasta diez en mi cabeza. No pasa nadie, nadie me busca. Entonces echo a correr hacia el cuartito de Estella. Solo tengo que cruzar el espacio grande donde hacemos los espectáculos. Las baldosas de mi colegio son azul clarito, las paredes, grises, y las puertas, de color gris y azul clarito. Siento

como si corriera en el vacío. Choco con todo el cuerpo contra la puerta del cuartito de los bedeles, la abro, entro y la cierro deprisa. Me apoyo sobre ella con el corazón golpeándome en el pecho como uno de los bongós de mi primo Andrea.

Para calmarme miro a mi alrededor aunque tenga las gafas sucias y empañadas, o quizá sean mis ojos los que están sucios y empañados, como el parabrisas del coche de mamá. Yo también necesitaría unos limpiaparabrisas para quitarme esta oscuridad. Pero todavía no han inventado unos tan pequeños. El cuartito está oscuro, hoy nadie ha subido las persianas. Solo hay una especie de tubo de luz precioso que entra por uno de los ventanucos que dan al patio. Meto la mano en el tubo de luz y juego un poco con el polvo, moviéndolo, y abro la mano, muy blanca, para ver esas líneas tan rectas hechas de sombras que se forman detrás de los dedos. Ahora ya solo veo las cosas claras y las oscuras, sobre todo si están cerca unas de otras. Sin quitar la mano del tubo de luz, me aparto e intento observar bien la sombra de mi mano sobre los objetos del cuartito: el sillón de ruedas, la mesa y el mueble donde están las bolsas de patatas. ¡Mi regalo de cumpleaños! Estella me dijo que me lo dejaría ahí. Me agacho debajo de la mesa y abro el cajón de las cosas confiscadas. Dentro encuentro a tientas un paquetito envuelto en papel y con un lazo. Lo saco y lo dejo sobre la mesa. Es un paquete blando y extraño.

Es la segunda vez en muy poco tiempo que me regalan algo blando. A ver qué es.

Me siento en el sillón de ruedas y quito despacito el papel. Nunca quiero rasgar el papel de regalo. Pero al final no puedo contenerme y lo rompo. Una estrella. Es lo primero que veo. Una gran estrella blanca. De tela. Está impresa en una camiseta, una camiseta negra. Parece una de esas que hace la madre de Filippo en su tienda. Igual Estella se la ha encargado a ella. Me encanta la idea de que Estella y Filippo se hayan puesto de acuerdo para algo relacionado conmigo. Me llevo la camiseta a la cara. Estella la ha lavado y planchado con los mismos productos que usa ella para su ropa, porque noto su aroma. La estrella brilla un poco, la veo también con los dedos. Y de hecho mis dedos ven otra, más pequeñita, en la parte de delante de la camiseta. Le doy la vuelta y me la apoyo sobre la ropa. La estrella más pequeñita, que también es blanca, me cae justo encima del corazón.

No ha disparado nadie

En el coche de mamá siempre hace mucho calor.

Hoy más todavía, igual porque le tengo que contar lo de la notita y también que la he arrugado y la he lanzado.

Pero ella no para de hablar, como de costumbre, y yo no la interrumpo. Apoyo la frente en la ventanilla, echo el aliento sobre el cristal y dibujo en el vaho una estrellita con el dedo. Desaparece enseguida, ni siquiera me da tiempo a verla. Pero no importa. Tengo en la mochila la camiseta de Estella, y ahí hay dos estrellitas, una para mí y otra, más grande, para ella. En casa la esconderé debajo de la cama, así podré llevármela al árbol y me la pondré cuando sea primavera, y Estella tendrá tres estrellas (esas dos y la de su nombre, que significa estrella).

Subo la escalera de casa y pienso que es mejor llamar a Estella para darle las gracias *antes* de decirles a papá y a mamá lo de la notita, porque, si no, ya no me dejarán llamar por teléfono. Cuando subo la escalera tengo mucho cuidado con los escalones, sobre todo en lugares que no conozco, porque nunca se sabe lo altos que son. Pero con los de mi casa no tengo problema: los subo y los bajo desde que nací, o poco después, así que podría hacerlo con los ojos cerrados. O a oscuras. Esa es otra cosa que tengo que escribir en la nueva lista.

—¡Cuidado, niña, fuera, fuera, fuera!

Me aparto de un salto y me pego a la barandilla, evitando por los pelos que me arrolle un armario parlante. Parlante y andante. Viene de mi casa.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

Detrás del armario asoma la cabeza de un señor empapado en sudor que apoya el armario en el suelo. Me quedo encajada entre la barandilla y el armario. El señor sudado está tan cerca de mí que siento su calor y lo veo buscar algo en los bolsillos. Una hoja. El señor sudado lee:

—Calle Gramsci, 23. Ahí es donde voy.

Vuelve a levantar el armario y, con un esfuerzo tremendo, sigue bajándolo por la escalera.

¡Pero si es el armario de papá y mamá!

Entro corriendo en casa y tropiezo con una caja muy grande que está justo delante de la puerta.

—Pero ¿qué...?

—Mafalda, ten cuidado, cariño.

—Mamá, ¿qué pasa?

Sale de la cocina con una tapadera en la mano y el bolso aún en bandolera.

—Hemos empezado la mudanza. ¿Te acuerdas de la casa nueva? La viste. Tenemos que empezar a llevar allí nuestras cosas porque la semana que viene nos mudamos.

Apoyo una mano en la cómoda de la entrada, la que tiene encima la foto de boda de papá y mamá, pero mi mano se mueve en el vacío sin tocar nada. En el lugar de la cómoda solo hay un poco de aire y de luz gris. Se la han llevado. Quién sabe si habrán puesto la foto en una caja a buen recaudo, no quiero que se rompa, me gusta mucho esa foto aunque ya no pueda verla bien.

Emergencia, gafas empañadas. Voy hacia mi habitación. En el pasillo hay un montón de cajas grandes apiladas unas encima de otras. Tengo que tener cuidado de no tropezar con ellas porque son de un color que no se ve bien. Un color feo de verdad. El del papel higiénico reciclado. Mamá me sigue con la tapadera en la mano. Vuelvo la cabeza para mirarla y por un momento ni siquiera estoy segura de que sea ella.

—Mamá, ¿puedo ir yo sola a mi cuarto?

—Vale, ve. Ten cuidado con dónde pones los pies. Te llamo cuando esté lista la pasta.

Me quedo parada en la puerta de mi cuarto. Dentro está oscuro. Me basta alargar la mano a un lado para encender la luz, y en ese preciso momento cierro los ojos. Avanzo un paso, y otro más, hasta que sé que estoy en el centro de la habitación. Giro despacito sobre mí misma. Y lo sé. Sé que todo sigue en su sitio, que aquí aún no han movido ni quitado nada. Lo noto en las manos y en la cara mientras me muevo. Estoy segura: los muebles siguen donde siempre, y también mis cosas. Esta es la última habitación que se llevarán. Avanzo hacia mi armario y lo rozo con una mano. Madera clara, lo sé. Dos pasos más y llego al escritorio. Ahí está el sacapuntas, no lo encontraba en el colegio. En un sitio del suelo hay una baldosa que se mueve un poco. Aquí está. Y, por encima de mí, a la izquierda, cuando ando sobre

esa baldosa, la lámpara de cristales falsos tintinea muy bajito. Desde aquí me vi en el espejo la última vez. Abro los ojos. Donde antes estaba el espejo ahora no se ve nada.

Me acerco. Un paso. Otro. Otro más. Igual se han llevado el espejo, para empezar por algo. Alargo una mano para comprobarlo, pero no me da tiempo a levantarla porque justo antes alguien dispara detrás de mí, y el espejo estalla en mil pedazos. Estaba ahí, justo ahí, y yo... Me he cortado. La sangre huele igual que las llaves de casa.

—Mafalda, ¿qué has hecho?

Mamá llega gritando de la cocina, y grita aún más al ver los cristales rotos y que estoy sangrando.

—¡No te muevas, voy por algo para vendarte!

Y corre al cuarto de baño. La oigo rebuscar en los armarios, los que aún no se han llevado. El espejo lo he roto yo. Nadie ha disparado. Le he dado un puñetazo, se ha caído y se ha hecho añicos.

Vale, Mafalda, estamos a cero pasos del espejo. Hoy es miércoles. El lunes nos vamos a la casa nueva, bueno, no, se van ellos. Porque, dentro de tres días como mucho, yo me mudo al cerezo y de ahí ya no bajo.

Me despierto porque de la cocina llegan voces de alguien que llora y habla con mamá. Es por la mañana, mi niebla aún está clara, tengo que aprovechar, quiero saber quién ha venido a vernos a estas horas.

Me pongo enseguida las zapatillas, no quisiera pisar fragmentos de espejo roto, y voy a la cocina, teniendo cuidado con los muebles desplazados y con las cajas amontonadas en el pasillo.

—Buenos días, Mafalda. Perdona si te he despertado.

La voz de Ravina y el negro negrísimo de su pelo. ¿Qué hace aquí? Se lo pregunto.

Mamá me hace sentar a la mesa y me sirve una taza de té con galletas.

—Ravina ha venido a despedirse. Regresa un tiempo a la India.

Por poco se me cae la galleta empapada sobre el mantelito del desayuno, buena la habría armado. Me ajusto las gafas sobre la nariz y miro boquiabierta a Ravina.

—¿Por qué te vas? ¿Cuándo vuelves?

Ella suspira. Tiene los ojos muy oscuros, como cuando mamá se olvida de desmaquillarse y a la mañana siguiente parece un oso panda que vi un día en

el zoo. Estoy casi segura de que eso es lo que pasa cuando las mujeres adultas lloran.

—Andrea y yo hemos roto. Por eso me vuelvo a vivir con mis abuelos. Así los ayudo con la casa, y ellos me hacen compañía.

¡Chof! La galleta se parte de verdad y se zambulle en el té. Algunas gotas van a parar fuera.

—Pero ¿por qué habéis roto?

—Mafalda, igual a Ravina no le apetece hablar de ello.

Ravina me acaricia ligeramente el brazo y le dice a mamá que no pasa nada, que en realidad ha venido para estar un rato conmigo. Mamá me dice que no la agobie demasiado y se pone a lavar los platos de la cena de anoche. Aún no me he acostumbrado a verla en casa todo el tiempo, creo que se va a ir a trabajar de un momento a otro, pero no, está siempre aquí, vigilándome.

Ravina me explica que ha roto ella con Andrea porque él nunca le dice que la quiere. No estoy segura de haberlo entendido. Por lo que yo sé, «Te quiero» se les dice a los padres, a los parientes, a los amigos y a los animales, pero entre novios se dice «Te amo», salvo en Norteamérica y en todos los sitios donde se habla inglés, que se dice *ailoviu* a todo el mundo. Me lo ha explicado la suplente de la profesora de inglés.

—Es verdad, y, de hecho, él tampoco me ha dicho nunca «Te amo».

—¿Ni siquiera en inglés?

—No, ni siquiera en inglés. Yo, en cambio, sí le he dicho que lo amo, por lo menos cien veces.

¡Vaya! ¡Ravina ha dicho cien veces «Te amo»! Entonces tendrá cien niños. Tengo que avisarla.

—¿Qué es esa historia de niños, Mafalda? —Mamá, irritada, se vuelve hacia mí.

—Nada, que si una persona le dice a otra que está enamorada de ella, después le nace un niño.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—Nadie. —No tengo ganas de echarle la culpa a Estella porque me parece que esto de los niños no es del todo así, no es como yo lo he entendido.

En efecto, Ravina me explica que es mucho más difícil tener un hijo, no basta con decir «Te amo»; es más, si una persona está enamorada y no dice «Te amo», además de no tener niños también pierde a la otra persona, como le ha pasado a Andrea con ella.

Mamá prepara el café para Ravina y para ella, y yo mientras me lavo y me visto para ir al colegio. Papá me ayuda a ponerme la mochila a la espalda y

abre la puerta de casa. Ravina viene a abrazarme. Huele a iglesia como siempre, pero también a agua y a playa. Es a lo que huele una persona cuando llora. En mi opinión cada uno tiene su propio olor cuando llora, y ella huele a agua y a playa. Me abraza fuerte y luego me toma la cara entre las manos y pone los ojos casi dentro de los míos, y así los veo bastante bien. No son negros. Son de un marrón muy oscuro.

—No hay que rendirse nunca jamás, Mafalda, recuérdalo.

—Vale. No hay que rendirse nunca jamás.

—Eres una renacuaja valiente.

Salgo al rellano. Me despido de Ravina con las gafas empañadas porque es la última vez que la veo antes de que se vaya a la India, y puede que no vuelva nunca más, y aunque regrese..., yo estaré a oscuras en el cerezo.

Esto es interesante

—¿Has visto cuántas flores hay en el cerezo, Mafalda?

Voy camino del colegio, papá me coge fuerte de la mano. Miro hacia el cerezo y finjo meditar sobre la belleza de las flores, como me dijo una vez Ravina, a la que se le da genial meditar, es decir, pensar con mucha, mucha fuerza. En realidad aún estamos demasiado lejos: a veces papá todavía me dice cosas como «Has visto», «Mira» y «Ves», y a mí me da pena porque él está siempre muy contento de enseñarme cosas, así que no le contesto, y al cabo de un momento él se da cuenta de lo que ha dicho y se pone triste, y creo que querría disculparse. Entonces yo le digo: «Espera a que nos acerquemos», y cuando yo también las veo, los dos nos ponemos otra vez contentos.

Pero esto era así hasta hace un tiempo, porque ahora no consigo ver casi nada de lo que me señala papá, ni aunque nos acerquemos un montón. Hoy en el cerezo habrán brotado las primeras flores de la primavera. Intento hacer como me ha dicho Ravina, cierro los ojos y respiro hondo. Se me enfrían enseguida las aletas de la nariz, pero, en cuanto me llega un poco de aire, lo noto: el olor de la primavera. Para mí es este, huele a los caramelos de ruibarbo de la abuela y a ramos de flores, pero no las flores de las floristerías, que todas juntas huelen a cementerio, las de verdad, las que crecen en los campos y en los jardines de las viejecitas amables.

Es el momento de contar, porque estoy casi segura de ver algo que se parece a un árbol con flores. El colegio lo tapa una de mis nubecillas grises, pero siento que justo ahí al lado mi árbol me está esperando con las ramas llenas de flores. Recuerdo cómo son las flores de los cerezos en primavera, parecen pelotitas, son como miles y miles de mariposas blancas arracimadas sobre la cabeza del gigante después del descanso del invierno.

Así que, aunque no estoy del todo segura de verlo bien, empiezo a contar: un paso, dos, tres... Cuanto más me acerco al colegio, más noto el olor dulce y fresco de la primavera, que huele a caramelo. El aire es una señora sonriente que pasa su bufanda de seda azul sobre mi rostro y mi cabello. Un mechón me hace cosquillas debajo de la nariz, pero no me lo aparto. Cuento los pasos y llego hasta cincuenta y dos. Estoy a veintiséis metros del cerezo. Veintiséis, aunque no estoy segura. ¿Da igual si lo que he visto, me refiero a las flores

como pelotitas y al árbol entero, no es de verdad sino lo que recuerdo de años anteriores?

Tengo que pensarlo bien. Ravina ha dicho que es importante ser honrado con uno mismo, que no sé bien lo que quiere decir pero creo que es algo que tiene que ver con la verdad. No decir mentiras ni en tu cabeza siquiera. Miro al suelo mientras pienso en esto de las mentiras en tu cabeza, pero un silbido muy muy tenue me hace levantar la mirada hacia la escalinata del colegio. Parece el reclamo secreto de Estella, pero mucho más corto de lo habitual.

Suelto la mano de papá y echo a correr escaleras arriba, pasando cerca del cerezo. Siento la frescura de la corteza aunque no la toque.

—¡Estella! ¡Has vuelto!

—Sí...

Subir la escalinata del colegio me sale natural, como en casa, pero de repente me encuentro sola, sin la mano de papá ni la de Estella, al menos no todavía, y pierdo la cuenta de los escalones. En total son diecisiete, y por lo general yo los subo de dos en dos salvo el primero, porque, si no, al final me queda uno suelto y me hago un lío. Pero normalmente no me da miedo subir la escalinata del colegio: ni siquiera tuve miedo aquella vez que me dejé las gafas en el coche de mamá, y la abuela tuvo que traérmelas en la segunda hora de clase. Pero hoy sí. Aunque sé cómo de grande tiene que ser el paso que me lleve hasta el escalón siguiente, es como si mi pie ahora no recordara nada y debajo de mí ya no estuviera la escalinata, sino la lava con los cocodrilos dentro, y si me caigo, me comen y me muerdo abrasada.

—¡Ay!

Pierdo el equilibrio, la espalda se me va hacia atrás, y me caigo. No es agradable caerse en la niebla. Pero al final no me caigo. Las manos duras de Estella me cogen de los brazos y tiran, tiran hacia el último escalón, el más alto, donde está ella, y me precipito sobre su cuerpo, con las gafas en la punta de la nariz y la cara aplastada contra su bata perfumada.

Es la primera vez que estamos abrazadas así. Mamá siempre me abraza, la abuela me cogía en brazos aunque le dolieran los brazos y las piernas. En Estella hay algo distinto comparado con ellas. Los abrazos de mamá son blandos por delante, como un cojín. Y también eran así los de la abuela. Parecía que tenía la masa de una tarta colocada sobre el corazón.

Estella es así solo de un lado, pero en el que está el corazón se oye el latido y no hay nada de masa blanda. Levanto la cara hacia ella para preguntarle qué le ha pasado en esa parte, pero desde abajo de la escalinata la

voz de papá me pregunta si va todo bien, y Estella se separa de mí y me hace volverme hacia él para que vea que estoy sana y salva.

Entramos en el colegio, ya no me abraza, y yo no soy capaz de decirle ni una palabra de lo estupefacta que estoy. Mi tercer ojo me da un buen consejo: olvidarme del tema hasta el recreo. En la puerta de mi aula le pregunto a Estella si puedo ir a verla después.

Su mano dura me acaricia la cabeza, parece la señora sonriente que estaba antes en el aire con su bufanda de seda azul, y no la Estella de siempre, reina de las Amazonas.

—¿Qué ha pasado esta mañana en la escalinata?

—¿Qué estás haciendo?

El cuartito está patas arriba. Hay muchísimo polvo en el tubo de luz que entra por el ventanuco, y dondequiera que apoye las manos siento cosas bajo los dedos. Hasta mis zapatos tropiezan con algo que está en el suelo cerca de mis pies, libros quizá.

Estella me desempolva la nariz con un trapo empapado en limpiacristales, el mismo que usa mamá.

—Menuda princesita estás hecha, ¿eh? Cuando tienes una pregunta no escuchas las de los demás.

—Perdona. ¿Qué estás haciendo?

Estella dobla el trapo suspirando y arrastra su sillón de ruedas delante de mí. Me siento en él y me pongo a dar vueltas.

—Estoy limpiando, querida. De vez en cuando hay que hacerlo.

—Ya lo sé. Yo también tendría que limpiar mi cuarto. Pero padezco limpiofobia.

Estella sonrío, lo oigo en su voz.

—¿Y qué es la limpiofobia?

Paro el sillón agarrándome a la mesa.

—No lo sé. Lo leí una vez en un libro. Creo que es un bloqueo que sientes cuando no quieres hacer algo.

—Ah. Entiendo. Sí, esas cosas pasan.

Entonces pienso que quizá en ese momento esté entrando un señor sudado en mi cuarto que nunca limpio y se esté llevando el armario y la mesa, y la cama, y debajo de la cama me he dejado la manta de la abuela con todas las cosas que necesito dentro. Si fuera mayor, les diría a papá y a mamá que

cambiar de casa es una cosa que no está tan mal, que para mí quiere decir que está fatal.

—Estella...

Mi amazona se sienta en un taburete y vuelve a suspirar.

—¿Qué?

—¿Tú nunca tienes miedo?

La oigo ponerse en jarras. Filippo y ella lo hacen de una manera casi igual, idéntica.

—Claro que tengo miedo, a veces. Es normal.

—¿Y qué haces entonces?

—Pensar. Buscar una solución. Y si no lo consigo, me imagino algo bonito, algo divertido que me ponga contenta y me haga dejar de estar asustada.

—¿Y cuando tienes mucho, pero que mucho, mucho miedo?

—Mafalda, el miedo no es siempre algo malo, ¿sabes?

—¿Cómo que no?

—Hay días en los que te pasan cosas que te dan de verdad mucho miedo...

—¿Como una mudanza, por ejemplo? ¿O la oscuridad?

—Sí, exacto, como una mudanza o la oscuridad. En esos momentos el miedo te hace pararte a pensar, y solo así las personas crecen y se vuelven más fuertes.

—¿Quieres decir musculosas?

Estella sonrío pero está cansada. Huele a almohada (las almohadas siempre tienen un olor especial) y a cerezo en invierno.

—No, Mafalda, no quería decir musculosas, sino valientes. Fuertes dentro de su cabeza. Al cabo de un tiempo, el miedo te ayuda a ver las cosas más claras.

—¿El miedo me ayuda a ver mejor? —Esto es interesante.

Oigo que Estella se levanta y se pone en el centro del cuartito.

—Ven aquí —me dice. Empujo el sillón de ruedas para acercarme a ella —. Ponte de pie.

Lo hago. Entonces me entra un poco de miedo porque en la voz de Estella ya no hay ninguna sonrisa. Estoy de pie delante de ella. ¿Y ahora qué?

Ella vuelve a poner las manos, de nuevo duras, sobre mis hombros y me atrae hacia sí. Me abraza fuerte, y yo también la abrazo, me sale tan natural como subir la escalera de casa. Hundo la sien y la mejilla en su bata y oigo el

mismo latido de antes, allí donde debería estar el cojín blando que hace que el corazón suene menos fuerte.

Miro a Estella desde abajo. Mi nube gris le tapa casi toda la cara, pero se le ven un poquito los labios, que esta mañana no se ha acordado de pintarse, y su cabello, que sigue igual de negro.

—¿Sabes por qué estoy así?

No sé bien qué decir. Me da miedo que se ponga triste por algo o que se enfade.

—¿Así cómo? —farfullo entre sus brazos.

Ella resopla y me coge una mano y se la pone con fuerza sobre la bata, encima del bolsillo cosido.

Me dan ganas de quitar enseguida la mano, pero Estella la retiene y sigue apretándola con fuerza.

—¿Qué sientes?

—¡Nada!

—No es verdad. ¿Qué sientes?

Siento que estoy roja y nerviosa, y que me late el corazón como un bongó, y... también siento el suyo. Me tranquilizo y escucho mejor con la mano. El corazón de Estella late como un bongó. Igual que el mío.

—¿Qué sientes?

Vuelvo a mirarla. Y sonrío.

—Tu corazón.

—¿Has visto? Has tenido miedo, pero luego te has parado a pensar; al final tu cabeza lo ha comprendido todo, y la verdad tampoco era tan terrible, ¿no?

—No. —Estella me suelta la mano—. Pero ¿dónde está la otra mitad de la masa?

Ella no contesta, igual no me ha entendido.

—La masa, eso blando que debería estar ahí. —Le señalo el corazón.

—Ah, vale, la otra mitad. Pues se la ha llevado mi amiga.

—¿La que fue a verte al hospital?

—Sí.

—Qué maleducada.

—Sí, no se ha portado bien conmigo. Pero lo he pensado y sé qué hacer cuando vuelva a verme.

—¿Tienes un plan?

Vuelve a sonreír.

—Digamos que sí. ¿Y tú? ¿Tienes un plan?

Me acerco de nuevo a ella y la fuerzo a agacharse para poder ponerle las manos alrededor de la oreja, y entonces le susurro mi plan secreto:

—Mi plan es irme a vivir a lo alto del cerezo del colegio.

Estella se queda pensando un momento y luego se encoge de hombros.

—Me parece un plan excelente. Avísame cuando vayas, y así te ayudo con la mudanza.

Después me echa de su cuartito porque tiene que tocar el timbre del final del recreo. Cuando cierra la puerta, me encuentro en medio del jaleo de niños que corren, gritan y hacen burbujas en los briks de zumo, y pienso en la historia de las Amazonas y su valentía, y en eso de la teta cortada para sujetar mejor la lanza. Estella me dijo eso exactamente. Me vuelvo hacia el ventanuco del cuartito, el que da al patio, y entre las lamas de la persiana bajada a medias me parece ver sus ojos que dan miedo mirándome sonrientes, solo que ya no dan miedo, son negros y hermosos. Entonces llega mi niebla y los tapa, o quizá es Estella, que baja la persiana para que nadie descubra que es una auténtica Amazona.

20

Respiro

Abro los ojos.

A todos los niños les da miedo la oscuridad, y a mí también, porque para mí la oscuridad es una venda en los ojos que me puse para jugar y ya no pude quitarme.

Pestañeo muchas veces. Allí donde debería estar la ventana, con la luna y la Estrella Polar dentro y de día el sol, no veo nada. Mi cuarto es gris. Mi mano es gris cuando la muevo delante de mí. La oscuridad es gris oscuro. Que en mi opinión es un color mucho más feo que el gris a secas.

«Óptimo Turcaret» es marrón y gris. Puede que las cosas que ya eran grises antes de la oscuridad aún consiga verlas. Pero no siento en mis pies el calor de «Óptimo Turcaret». Toco con una mano mis zapatillas al pie de la cama, pero tampoco está ahí.

—¡Mamá!

Respira, Mafalda, acuérdate de respirar. De la cocina llega un rico olor a café y *ciambellone*. Papá habrá ido a comprar uno al súper porque en casa ya no tenemos casi nada por lo de la mudanza.

—¿Qué pasa, Mafalda? Aún es pronto para levantarse. Quédate un poco más en la cama, ya te llamo yo.

—¿Dónde está «Óptimo Turcaret»?

Mamá se mueve por mi habitación. Oigo sus pasos descalzos, el aire que desplaza al pasar cerca de mí, el ruido chirriante de una bolsa de plástico y ese otro, blando y como de trapo, de ropa amontonada y guardada en la bolsa.

De mi frente resbala una gota de sudor y se para junto a mi oreja. Tengo que hacer como si nada porque, si mamá se da cuenta de que me he quedado a oscuras, no me dejará ir a ninguna parte hoy, y quizá ya nunca más, y me llevará a la fuerza a la casa nueva, y allí no sé dónde están las cosas.

—¿Dónde está «Óptimo Turcaret»? —insisto.

—En una pensión para animales. Papá lo llevó allí anoche mientras el gato dormía. Ya sabes que no hay nada que lo despierte. —Mamá se ríe.

¿Una pensión para animales? ¿Qué quiere decir? ¿Los gatos también se alojan en pensiones? Igual es como esos sitios donde viven los abuelos jubilados que ya no tienen a nadie. Pero «Óptimo Turcaret» me tiene a mí, ¿por qué lo han llevado a una pensión?

—¿Por qué no lo habéis llevado a casa de los tíos?

—Pues porque con lo de Andrea y Ravina tampoco es que les apeteciera mucho cuidar del gato. Pero no te preocupes, es solo algo temporal, hasta que terminemos la mudanza.

No tengo ganas de seguir hablando con mamá. Si no la veo, puedo hacer como que no está aquí y no hablarle. Vuelvo bajo las mantas y trato de llorar muy bajito, solo con el cuerpo como hace Filippo y no con la voz, mientras mamá sigue moviéndose y yo siento vibrar la cama bajito con cada uno de sus pasos.

Filippo. Tengo que hablar con él. Hoy me subo al cerezo, no puedo esperar más porque la oscuridad ha llegado, y tengo que intentar trepar hasta ahí arriba antes de que los monstruos me atrapen de los pies y me arrastren consigo. Pero también quiero decirle a Filippo que seguiremos siendo amigos para formar el grupo, y que puedo cantar desde el árbol, y, tal vez, si reúno el valor suficiente también le diré «Te amo» para que no se vaya nunca.

Bueno, allá voy. Me siento en el borde de la cama en cuanto oigo un silencio absoluto y me quedo quieta, con los pies sobre las zapatillas. Me parece estar en lo alto de una montaña rusa cuando están a punto de tirarte por la primera bajada, y levantas los brazos y cierras los ojos. Pero yo no bajo. Nunca. Creo que voy a vomitar, pero tengo que acostumbrarme. Respiro. Hago ademán de coger las gafas, aunque en realidad no me sirven de nada. Pero tengo que hacerles creer a papá y a mamá que todo va bien. Es mejor ponérmelas. Alargo la mano hacia la repisa donde las dejo por la noche, pero les doy un golpe sin querer y caen al suelo. Me quedo escuchando. En la cocina nadie dice nada del ruido. Oigo las cucharillas chocar contra el borde de las tacitas de café y a papá bostezar como un hipopótamo. No pasa nada, tanteo el suelo con las manos, encuentro las gafas y me las pongo sin pensar demasiado en dónde tengo la cara. Bien, esto es importante: en la oscuridad hay que hacer las cosas y ya está, sin pararse a reflexionar demasiado. Pero yo tengo miedo, y Estella me ha dicho que cuando se tiene miedo hay que pararse a reflexionar. Me parece a mí que este método no va conmigo. ¿Cómo era el otro? Ah, sí: pensar en algo bonito. El cerezo.

Saco de debajo de la cama la manta de la abuela con mis cosas dentro, la fiambarrera rosa de Ciccio, el colchón inflable de dos plazas de Chiara, el MP3, camisetas y calcetines limpios (porque mamá siempre dice: «Imagínate que te pasa algo y te llevan al hospital, ¿qué van a pensar de ti si ven que tienes la camiseta y los calcetines sucios?»). Kevin aún no me ha devuelto mi lupa de Sherlock Holmes, así que tendré que apañármelas sin ella. Y sin el chubasquero. Cogeré el paraguas pequeño que tiene mamá en la cesta de la bici, abajo en el patio. Toco mis cosas deprisa para tratar de recordar si está todo. Cierro la manta anudando las esquinas y la meto en mi mochila, aplastándola bien al fondo. Cojo el estuche y los libros que necesito hoy para el colegio, los preparé anoche y los dejé sobre una silla al lado de la cama, pues la mesa ya está en la casa nueva, y los utilizo para tapar mi hatillo. Cierro la mochila y espero que tenga el mismo aspecto que todos los demás días y que no parezca preparada para fugarme de casa. Antes de irme cojo mi cuaderno personal. Me encantaría echarle una ojeadita a la lista de cosas muy importantes para mí que ya no podré hacer, pero ¿cómo? Debería haberla escrito con los puntitos braille. Ahora solo puedo tocar la página y notar el polvo que hay encima, los pliegues del papel y mi corazón que late en las yemas de mis dedos. Al menos sé que todavía hay dos cosas escritas en la lista, dos cosas que aún no he tachado con una raya negra. Trepar al cerezo del colegio. Y, en la segunda página, ser fuerte como una amazona. Y puede que ahora sea tarde porque me siento cansada, ya no quiero ser fuerte como una amazona, es demasiado difícil. La oscuridad ha llegado, y yo solo quiero trepar al cerezo. Ya no me importa la distancia que hay entre mi árbol y yo.

Es que ni siquiera me he despedido de Óptimo Turcaret...

Estella me dijo que la avisara cuando me fuera al cerezo, quiere echarme una mano, y me parece que la necesito. Dentro de poco oiré su silbido, y todo irá bien, ella me ayudará a subir la escalinata, nos pondremos de acuerdo para vernos en el recreo debajo del árbol, y, cuando los demás vuelvan a clase, me despediré de ella, me apoyaré en sus manos como en una escalerilla y treparé al cerezo por última vez.

Me visto con cuidado pero sin exagerar porque, si no, no lo consigo. Qué mala suerte que mamá me haya preparado la blusa justo hoy. Es difícil abrocharse los botones a oscuras. Pero a mis dedos les gustan, son lisos y están frescos, y entran deprisa en el huequito adecuado. Uno quizá no, pero tengo que contentarme y confiar en que mamá no se fije. Viene a mi cuarto a peinarme las coletas. Canturrea. No le he contado lo de la notita del director. Y ahora creo que es mejor que me quede callada porque, total, dentro de nada estaré fuera de peligro.

Camino del colegio respiro muy hondo, tanto que en un momento dado papá me pregunta si estoy bien.

Tengo que calmarme. Es que no me he despedido siquiera de «Óptimo Turcaret», no sé dónde está... Lo único que sé es que no volveré a verlo, y eso hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

Papá no puede oírme llorar porque, si no, descubrirá que algo no va bien. Le aprieto la mano y señalo el cerezo, aunque no estoy del todo segura de que esté justo donde yo señalo. Aun así me arriesgo.

—El gigante y la abuela han pegado a las ramas sus flores más bonitas, ¿verdad, papá?

Es primavera, ayer hablamos de las flores, y el aire de la mañana me trae su aroma a caramelo de ruibarbo: debería funcionar. En efecto, papá contesta que así es exactamente y me aprieta la mano él también.

Pobre papá, en su libro preferido es culpa del padre que el barón rampante Cosimo se vaya a vivir a los árboles, o así lo he entendido yo. El padre de

Cosimo era demasiado severo y lo obligaba a comer todas las porquerías que cocinaba su hermana. Mi padre, en cambio, es bastante bueno aunque me obligue a comerme el atún y haya decidido que nos mudemos a la casa nueva. Le escribiré una carta desde el árbol y se lo explicaré todo.

—Ya hemos llegado —dice, y yo casi me choco con el tronco del cerezo. Estella no ha silbado.

—Me parece que hoy la señora no está. Yo te acompaño dentro —dice papá, y ya lo oigo dirigirse a la escalinata.

—No, tranquilo, voy yo sola.

Empiezo a subir los escalones con el corazón latiéndome debajo de la ropa, ahí donde está dibujada la estrellita blanca. He pensado que la mejor manera de llevarme la camiseta de Estella era ponérmela debajo de la blusa.

—¿Estás segura?

—Sí. Adiós —le digo sin volverme.

—Vale. Adiós. Hasta luego.

Llego a la puerta del colegio y sigo a mis compañeros hasta clase, tocando las paredes con una mano pero sin exagerar, porque, si no, las profesoras se darán cuenta enseguida. Por suerte hoy no tengo exámenes, y Fernando me deja en paz.

En el recreo no sé qué hacer, intento quedarme lo más quieta posible para no llamar la atención de las profesoras, y mientras tanto pienso que me gustaría saber dónde está Estella precisamente hoy que tanto la necesito. Oigo pasar por mi lado la voz del bedel del jersey sucio. Está hablando por teléfono.

—Disculpe.

Él deja de hablar, y noto que está irritado.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está Estella?

—Y yo qué sé. Esa siempre está enferma, y a mí me toca apechugar con su trabajo y con el mío.

—¿Está enferma?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Eres su hija?

—No. Soy Mafalda.

La voz del bedel del jersey sucio cambia de pronto.

—¿Mafalda, has dicho?

—Sí.

—La señora ha dejado una carta para ti. Espérame aquí que ahora te la traigo.

Se aleja hablando por teléfono, y yo sigo su voz. Alguien se me viene encima, y espero que sea Filippo, pero igual se ha quedado castigado en el aula. Le pasa a veces. Muchas veces.

—Toma. Y, ahora, adiós, vuelve a clase que ya va a sonar el timbre.

Tengo en las manos la carta de Estella. Es un sobre con una hoja doblada por la mitad dentro, o sea, que es una carta corta. ¿Qué me habrá escrito que no pueda decirme en persona? Alguien tiene que leerme la carta, y de prisa, porque mi tercer ojo está gritando a más no poder, y puede que en esta hoja ponga dónde se ha metido Estella y cómo está. Tengo que encontrar a Filippo.

—Mamá, ¿me llevas a casa de Filippo?

—Hoy no, Mafalda, tenemos que terminar la mudanza.

Vamos en el coche, y estoy tan nerviosa que ni siquiera me he vuelto a poner las gafas después de la clase de gimnasia. Fernando me ha obligado a hacer unos ejercicios estúpidos mientras los demás hacían una carrera de obstáculos, y las gafas se han quedado en su bolsillo. Tengo la mochila medio vacía porque he dejado la manta con mis cosas en el cuarto de baño de los vestuarios del gimnasio, así ya la tengo preparada para luego. Por las tardes el colegio se queda abierto hasta las seis para los que tienen inglés, ajedrez y música, y podré entrar para recuperar mi hatillo y llevármelo al árbol.

Solo que todo está saliendo mal.

—¡Pero si aún falta un día!

—¿Para qué? —pregunta mamá, y se nota que se ha quedado atónita de que yo haya levantado la voz.

—¡Para la casa nueva! Dijiste que iríamos el lunes.

—Lo sé, pero si conseguimos mudarnos antes, mejor, ¿no? Así puedes ordenar tu habitación e ir a conocer a los vecinos, y...

Dejo de escucharla. Si hoy terminamos la mudanza, estoy perdida. Solo puedo hacer una cosa: salir a escondidas, ir a casa de Filippo y pedirle que me lea la carta, descubrir dónde está Estella y trepar al cerezo antes de que papá y mamá me encuentren.

Trepar al cerezo del colegio

Otros señores que huelen a sudor, a polvo y a cartón pasan por mi lado, y, cuanto más hablan entre sí, llevándose los últimos muebles y las cajas, más comprendo que mi casa está vacía. Las voces retumban en las paredes, las cajas hacen vibrar el suelo, y me entran ganas de taparme los oídos con las manos, pero no puedo hacerlo: me descubrirían.

Querría llamar a Filippo con el móvil de mamá para decirle que venga aquí a leerme la carta de Estella, pero no consigo encontrarlo con el jaleo y lo vacía que ha quedado la casa y con la oscuridad que tengo dentro de los ojos. Al final no aguanto más y voy hacia la voz de mamá, que les está diciendo a los señores sudados que por favor lleven también al camión su bicicleta.

—Mamá, ¿me lees una cosa?

Mamá se está abanicando con algo que huele a periódico viejo.

—Ahora no tengo tiempo, Mafalda. Utiliza tu lupa, anda.

—Me la he dejado en el colegio.

Ella entonces se me acerca mucho, mucho, y me aparta el pelo de la cara. Se me han soltado un poco las coletas en la clase de gimnasia. Quiere saber si todo va bien. Tengo miedo de que me esté mirando a los ojos y entienda que se ha apagado la luz. ¿Qué es lo que tengo que hacer cuando siento miedo? Pensar en algo bonito. El cerezo. Sonrío de oreja a oreja y le vuelvo la espalda para que pueda peinarme. Con eso se tranquiliza.

—Vale. ¿Qué tengo que leerte?

Le paso la carta de Estella, y ella la abre y la apoya sobre mi cabeza.

—¡Huy, qué letra más grande! Está escrita con rotulador negro, como a ti te gusta. Yo creo que podrías leerla incluso sin lupa.

—No tengo las gafas. Perdona. Por favor.

—Bueno. Allá voy: «Querida Mafalda: Hace algún tiempo te dije que una amiga maleducada se había llevado un trocito de mí, ¿te acuerdas? Pero Estella no dice mentiras, solo verdad, por lo que es justo que sepas que no era una amiga mía, sino una enfermedad muy antipática, y ahora la enfermedad ha vuelto y está intentando llevarse otro trozo de mí, o quizá a mí toda entera. Por eso estoy en el hospital y no he podido hacerte nuestro silbido secreto...». ¡Oh, Mafalda, cuánto lo siento!

Mamá deja de leer, y su voz suena de verdad muy triste, pero yo tengo la cabeza llena de palabras que hacen volteretas y no me dejan entender nada. Me escuecen los ojos, y le arrebató la carta a mamá...

—¡Basta!

Me alejo corriendo de la voz de mamá, que me grita: «¿Adónde vas?», y yo le grito a mi vez que quiero estar sola, por favor, y luego consigo encontrar mi habitación, pero de pura chiripa, recoger del suelo mi cuaderno personal allí donde lo había dejado, justo detrás de la puerta, arrancar las primeras páginas, la lista y todo, y escapar de casa por la puerta, bajar la escalera, que por poco me mato, hasta el portón y desde ahí llegar hasta el patio mientras la voz de papá pasa cerca de mí y dice: «Frena. No te alejes».

Apoyada en la cerca trasera, me paro para recuperar el aliento. Es horrible correr a oscuras. Y, aunque me había jurado no decirlo más, ahora lo digo: ¡es horrible, horrible, horrible, horrible! Todo es horrible, la casa nueva es horrible, el colegio es horrible, las amigas son horribles, los abuelos son horribles porque se mueren, los gatos son horribles porque desaparecen y no saben bajar de los árboles, los novios son horribles porque no se dicen «Te amo» y yo soy horrible porque todos ven bien y yo no.

—Eh, ¿te encuentras bien?

Una voz desconocida. Viene del otro lado de la calle. Los vecinos antipáticos que viven en casa de la abuela.

—¿Por qué habéis cambiado los visillos?! —Yo misma me asombro de mis propios gritos, las lágrimas se me meten en la boca, ni siquiera me había dado cuenta de que estoy llorando muy fuerte.

Busco a tientas el cerrojo de la cerca, lo descorro, abro la cancela y escapo fuera, a la acera donde Filippo se paró con la bici el otoño pasado a charlar y a acariciar a «Óptimo Turcaret». Su apartamento no está muy lejos de mi casa, y cuando esté delante de la tienda de camisetas llamaré a gritos a Filippo, y él bajará a la calle y me ayudará a llegar al hospital, porque tengo que decirle a Estella qué es lo esencial para mí. Igual si se lo digo, no se va a vivir al tronco con la abuela y el gigante. Si le digo qué es lo esencial para mí, quizá se quede aquí y me ayude a trepar al árbol, y puede que también me explique por qué los gatos no saben bajar de los cerezos.

Trato de andar deprisa por la acera y de no equivocarme de camino. Voy rozando con una mano las paredes de las casas y las verjas de los jardines. ¡Ay, qué daño! A oscuras el dolor hace mucho daño porque no te lo esperas. Se me clava una astilla debajo de la uña del dedo corazón, que en mi opinión es el que más duele de todos, pero no puedo ponerme otra vez a llorar porque

si lo hago pierdo tiempo. Tengo que seguir avanzando. Creo haber tocado ya esta pared, la reconozco por los grumos de la pintura, me parece que estoy dando vueltas en círculos por mi barrio desde hace un buen rato. Al final de la calle oigo un coche que hace el mismo ruido que el de mamá. Se acerca. Me acurruco en el suelo para que no se me vea, aunque no sé si hay algo delante de mí que me esté tapando. Escondo la cabeza entre los brazos. El coche pasa de largo sin pararse. Echo a andar de nuevo. A mi izquierda se abre una puerta que hace sonar una campanita, y oigo voces de señores y de señoras saludándose, y ¡tin!, vasos y tazas que se entrechocan. Sigo avanzando, fingiendo que voy segura y tranquila, aunque haya confundido las calles y ya no sepa hacia dónde ir. Después de muchos, muchos pasos, la voz de una señora ni vieja ni joven me pregunta algo. Yo estoy pensando en mis cosas y no la escucho.

—¡Espera! ¿Adónde vas tú sola?

Intento no mirar a la cara a la señora porque, si no, se dará cuenta de que estoy a oscuras y me llevará enseguida con papá y mamá.

—Estoy volviendo a casa.

—¿A estas horas, tú sola? ¿Cuántos años tienes?

—¿Por qué, qué hora es?

Silencio. Seguro que la señora está consultando su reloj.

—Las seis. Ya ha oscurecido.

¡Oh, no! Llevo casi dos horas en la calle y no me he dado cuenta. Ya no me da tiempo a coger la manta de la abuela del baño del gimnasio. Como mucho conseguiré entrar en el patio. Bueno, a estas alturas, lo más importante es reunirme con Estella. Ya pensaré después en la manta.

—¿Dónde vives?

Querría decirle que me deje en paz, que es una desconocida y que yo no les digo dónde vivo a los desconocidos, pero después pienso que podría ayudarme.

—Vivo cerca de la tienda donde imprimen letreros en las camisetas, pero no es mi casa. Es la de mi tía. Yo soy de otro pueblo. ¿Me ayuda a llegar hasta allí? Me parece que me he perdido, y mi tía se enfada si llego tarde.

La señora no está convencida.

—¿Y quién es tu tía? Igual la conozco.

—Se llama Cristina. La tienda de las camisetas es suya. ¿Me ayuda a llegar hasta allí? Mi tía se enfada si...

—Si llegas tarde, sí, ya te he oído. Vamos, está nada más doblar la esquina. Ya casi estabas.

La señora me coge de la mano, y tengo un poco de miedo de que me engañe y me rapte, pero al cabo de muy pocos pasos me dice que hemos llegado y me suelta la mano.

—Ahí está la tienda. Cruza por el paso de cebra, ¿eh?

Oigo coches que pasan deprisa, y luego un timbre de bicicleta que conozco bien.

—¡Filippo!

La señora habla en dirección a la calzada.

—¿Ese es tu primo?

Le contesto que sí, y estoy contenta porque de esta manera parece de verdad que mi tía vive ahí, y así la señora se puede ir.

Suena la voz de Filippo al otro lado de la calle:

—¡Hola, Mafalda!

Justo habrá vuelto ahora de su clase de piano.

La señora se despide de mí, y yo bajo de la acera y me alegro tanto de haber llegado a casa de Filippo que me olvido de escuchar los sonidos y el aire que se mueve, y solo oigo su voz que grita «¡Para, Mafalda!», y después un bocinazo y un golpe como el de una caja grande de la mudanza que se cae, esparciendo alrededor todo su contenido.

Durante un momento solo hay silencio. Los coches ya no pasan, y los peatones en la acera ya no hablan. Igual se ha parado el mundo. Yo también estoy parada, con un pie en la calzada y el otro no, la pierna doblada hacia atrás y el cuaderno en una mano. Ni siquiera oigo mi corazón latir debajo de la estrellita blanca.

La voz de la señora, de la gente, de otras personas en la calle y en los coches y, más arriba, en los balcones, creo, y en las ventanas, los ruidos a mi alrededor, ruidos de pasos muy rápidos, de aire desplazado, todo eso se mezcla formando un ruido fortísimo, y yo suelto el cuaderno, me tapo los oídos para no seguir oyendo a Filippo que grita «Mafalda, Mafalda» y corro, corro lejos de allí, y choco contra una gran caja apestosa, es un cubo de basura, y caigo con las manos abiertas sobre la acera, pero nadie me presta atención, por eso me levanto y ando lo más deprisa que puedo, rozando las paredes con una mano, y, al cabo de no sé cuánto tiempo, en mi nariz y mi boca llena de lágrimas entra un aroma a caramelo de ruibarbo de la abuela, y bajo mis pies están los adoquines de la calle del colegio. Y corro hacia la verja en el silencio absoluto. Está abierta, entro, me abrazo al tronco fresco del cerezo y, sin gafas, sin lupa, sin luna y sin Estrella Polar, sin «Óptimo

Turcaret», sin Estella y sin Filippo, trepo y trepo y trepo hasta que llego a la cima.

Oscuridad.

En la noche de mis ojos todo es gris oscuro y silencioso como una nube llena de lluvia. Los monstruos que quieren atraparme de los pies me esperan debajo del cerezo. Tengo miedo de caerme, pero estoy tan cansada, tan pero tan cansada...

Me inclino sobre la rama en la que estoy sentada, apoyo en ella una mejilla mojada, también la rama está húmeda, y la abrazo fuerte, fuerte. Aquí estoy, abuela, he llegado, soy yo, Mafalda, y me quedo dormida, respirando flores en forma de bolitas y pelo verde de gigante.

¿Has visto, Cosimo? Al final lo he conseguido.

¿Sabes?, estaba segura de que te encontraría aquí con la abuela y el gigante. Toc, toc, llamo con los nudillos sobre la rama, pero no sale nadie a hacerme compañía. Tendría que habérmelo imaginado, tú también estabas solo en tus árboles. A lo mejor no era tan bonito vivir en ellos, ¿verdad? Entonces ¿por qué lo hiciste? ¿Y por qué lo he hecho yo también? Las ramas son duras e incómodas, hace frío, y no tengo aquí todas las cosas que necesitaba.

Estella siempre dice que piense en algo bonito cuando esté triste. Me concentro y enseguida me la imagino a ella, a Estella, y casi casi me entran ganas de echarme una siestecita con sueños de tanto como me esfuerzo en pensar...

Ser fuerte como una amazona

—Mafalda.

—...

—Mafalda, despierta.

La voz que oigo debajo de mí y el dolor en la mejilla me hacen abrir los ojos. Todo sigue gris, y hace frío. Me incorporo sobre la rama, apoyo la espalda en el tronco del cerezo y me rodeo las rodillas con los brazos. Solo que la oscuridad a mi alrededor es tan oscura que pierdo el equilibrio, no sé dónde agarrarme y por poco me caigo. Otras lágrimas brotan despacio de mis ojos. Me las seco con la manga. Entonces pienso en Filippo.

—Santo el Dios, pero ¿ni siquiera me miras?

Estella.

Sé que es imposible pero casi la veo, delgada, con la bata de bedel, el pintalabios fucsia, los brazos en jarras como hace Filippo y los ojos negros pintados de negro.

—¿Ni siquiera me saludas?

—Perdona. Pensaba que estabas en el hospital. Iba a reunirme contigo.

Ella avanza unos pasos hacia el tronco y se apoya en él. El sonido llega hasta mí a través de la corteza.

—En lugar de eso les has dado un buen susto a tus padres, se han pasado la tarde buscándote. Menos mal que te he encontrado yo.

—Sí, menos mal.

Nos quedamos calladas un momento. Se oye un grillo en las ramas por encima de mí. Me encantan los grillos. Ellos sí que saben bajar de los cerezos, y de todos los sitios altos.

Mirando hacia abajo, le pregunto a Estella:

—Estella, ¿tú sabes por qué los gatos no pueden bajar de los cerezos?

También su voz mira hacia arriba, hacia mí.

—¿De los cerezos?

—Sí, de los cerezos. ¿Tú lo sabes?

Estella suspira.

—Qué insistente eres con tus preguntas...

—¿Tú lo sabes?

Ahora a su voz asoma una sonrisa.

—Claro que lo sé.

—¿Por qué es? ¿Por qué no son capaces?

—Porque no está en su naturaleza. Tienen garras para subir y les atraen las cosas que pueden encontrar en lo alto de los árboles.

—¿Como las cerezas, por ejemplo?

—Como las cerezas, o los pájaros.

—Igual van detrás de una mariposa.

—Igual.

—Y después ya no saben bajar.

—Eso es.

—Pero ¿por qué no dan un salto? Los gatos dan saltos muy grandes, enormes, saltos gigantescos de verdad.

—De acuerdo, Mafalda, voy a decirte la verdad: los gatos no saben bajar de los cerezos porque tienen miedo.

Me inclino un poquito hacia ella y balanceo las piernas en la oscuridad.

—Miedo ¿de qué?

—Pues de caerse y matarse.

—O sea, ¿de morir?

—Sí.

Otro silencio. Agarrándome a la rama con las piernas, muevo las manos sobre la cabeza y aparto las hojitas y las flores tan suaves de mi árbol. Algunas se desprenden y aterrizan en mi nariz, y otras, en cambio, me acarician los brazos y caen al suelo con un sonido muy tenue. Muy muy bajito le pregunto a Estella si ella también tiene miedo de morir.

Entonces trepa al cerezo, sacudiéndolo por completo. Se para cerca de mi rama.

—Claro que tengo miedo. Y tú también, ¿verdad, Mafalda?

Juego con una flor de seda que ha caído sobre mi mano.

—Sí. De la oscuridad.

—Y ahora, ¿acaso no estás a oscuras? Pero yo no te veo muy asustada. Has trepado al cerezo.

La miro en medio del gris. Su rostro está tan cerca que casi puedo verlo, estoy segura.

—¿Cómo sabes que estoy a oscuras?

—Pues porque tengo un tercer ojo, igual que tú.

—¿Vas a decírselo a mis padres?

—Se darán cuenta solos. Ellos también tienen un tercer ojo, ¿sabes? Lo tienen todos los padres.

Vuelvo a rodearme las rodillas con los brazos.

—Bueno, total, da igual, no pienso bajarme de aquí.

Estella le da dos golpecitos al tronco.

—Me parece buena idea. Están las flores, el gigante, tu abuela... ¿Has intentado ya hablar con ella?

—Sí, pero...

—No te ha contestado, ¿verdad?

—No, pero es de noche. Estará durmiendo.

—Ya casi es por la mañana, Mafalda.

Vuelvo la cabeza hacia otro lado para que no me vea las lágrimas.

Estella se sienta en una rama que está un poco por debajo de la mía.

—¿Sabes, Mafalda, que una vez existió un gato que sabía bajar de los cerezos? Hace mucho tiempo, cuando los egipcios estaban construyendo las pirámides, se veneraba a los gatos como a divinidades, y un escriba que estaba al servicio del faraón decidió enseñarle a su gato a bajar de los cerezos porque sabía que era algo especial para un gato, y él quería darle una sorpresa a su rey.

—¿De qué color era el gato?

—Marrón y gris.

—¡Como «Óptimo Turcaret»!

—Sí, como tu gato gordo.

—¿Y en Egipto había cerezos?

—Pues claro. Había los cerezos más altos y más bonitos que has visto en tu vida. Pero ya no hay, ¿sabes?, los talaron.

—¿Por qué?

—Para hacer sitio a las pirámides.

—Ah.

—Bueno, como te iba diciendo, ese hombre, el escriba, le enseñó a su gato a bajar de los cerezos siguiendo un método muy eficaz: lo subía al árbol y allí lo dejaba.

—¿Cómo que allí lo dejaba? ¿En lo alto del cerezo?

—Sí. Una vez lo dejó en el último cerezo que quedaba. La pirámide estaba casi terminada, y el cerezo se hallaba justo donde tenían que construir el escalón más bajo, ¿me sigues?

—Sí. ¿Y qué hicieron con el gato? No talarían el cerezo con el animal ahí.

—Peor que eso. O, al menos, era lo que querían hacer. Pero como el árbol era el más hermoso de todo Egipto, en el último momento decidieron no talarlo, sino construir la pirámide alrededor, y si el gato no quería bajar, peor para él.

—No es verdad.

Estella se ríe.

—Pero el gato se salvó, ¿sabes?

—A la fuerza, ¡si no, habría acabado atrapado para siempre en la pirámide!

—Y se habría muerto.

—¿Porque no tenía qué comer ni qué beber?

—Eso es, ni aire ni luz. Los gatos odian la oscuridad, ¿lo sabías?

—Sí, y de hecho tienen ojos con infrarrojos para ver de noche. Menuda suerte.

—Sí, pero, aun así, aunque tuviera ojos con infrarrojos, al gato del escriba le daba miedo quedarse atrapado. Lloraba desesperado, el pobrecito, mientras los esclavos arrojaban los grandes bloques de piedra alrededor del cerezo, y su dueño no quería ayudarlo a bajar. Todos suplicaban al escriba que salvara al gato antes de que fuera demasiado tarde, pero él contestó que un gato digno de un faraón sabe bajar de los cerezos.

—Pues era un poco malo ese escriba.

—Un poco, sí. Pero cuando los esclavos, exhaustos, estaban a punto de colocar el último bloque de piedra, el gato se soltó de la corteza a la que se agarraba, bajó del cerezo tras un par de saltos y se salvó.

—¿Y al faraón le gustó ese gato especial?

—Le gustó tanto que lo obsequió con la vida eterna.

—Guau. Entonces ¿quiere decir que ese gato sigue por ahí?

—Eso parece.

Me quedo callada y sonrío.

—¡Más le valía a ese gato aprender a bajar de los cerezos!

—Quien tiene miedo no vive, Mafalda.

Esbozo una sonrisa de oreja a oreja y me escuecen los ojos. Quien tiene miedo no vive, quien tiene miedo no vive... No estoy segura de entender la historia del gato del escriba, pero es bonita y me hace daño, como la música de Filippo.

Me vuelvo hacia Estella, que empieza a bajar del cerezo.

—¿Adónde vas?

—Tienes que pensar en esta pregunta, Mafalda: ¿qué es lo esencial para ti? —Da un salto y me mira desde abajo.

—Lo esencial para mí es quedarme aquí.

—¿Estás segura?

—Sí, es la última cosa de mi lista.

—¿De la vieja o de la nueva?

—¿Qué nueva?

—La vieja lista con un nombre distinto. Cógela.

Mis dedos rebuscan en mi bolsillo y hacen crujir una hoja hecha una bola, como la notita que nos dieron a Filippo y a mí. La saco. No veo lo que pone, pero sé que es la lista. La lista de Mafalda. «Cosas muy importantes para mí y que ya no podré hacer».

Estella me habla alto, y no es un sueño. Estella siempre me ha dicho la verdad.

—¿Lo ves? Basta con cambiar el título: «Cosas muy importantes para mí». Estás en lo alto del cerezo, Mafalda. Has trepado hasta ahí a oscuras, ¿no?

Vuelvo a quedarme en silencio con la hoja en las manos.

—Si el gato del escriba no hubiera entendido qué era lo esencial para él, ahora estaría muerto y bien muerto.

Me quedo agarrada a mi rama con las dos manos, pero una voz dentro de mí me está diciendo algo.

—Estoy a oscuras, Estella, lo sabes. Y tengo miedo.

—Quien tiene miedo no vive, Mafalda. Vamos, te he enseñado cómo bajar. Pon un pie ahí...

Vale. Lo hago.

—¿Así?

—Sí, así. Ahora da un salto...

—¿Tú me coges?

Estella no contesta.

—¿Me coges?

Estoy colgada de una rama, con un pie en un agujero del tronco y una pierna en el aire. No sé a qué altura está la rama. El gris a mi alrededor se vuelve un poco más claro, y comprendo que es por la mañana. Me duelen los brazos, las manos y las rodillas porque ayer me caí en la calle. Querría soltarme de la rama pero tengo miedo. Pienso en Cosimo, que no bajó de los árboles en su vida, y eso me pone un poco triste. Yo solo he aguantado una noche, o media.

—¡Estella, ayúdame!

Estella no contesta, pero oigo su voz dentro de mis oídos, me dice que tengo que conseguirlo yo sola. ¿O es que valgo menos que un gato rechoncho?

Cierro los ojos. La oscuridad es negra, sin luna ni Estrella Polar. Estoy cansada. Es más fácil si me suelto y caigo de cabeza, así iré al hospital y a lo mejor me ponen en la misma habitación que Estella. Pero esa idea me da aún más miedo. Estella y Filippo son lo esencial para mí. No puedo rendirme.

—No hay que rendirse nunca jamás —me repito bajito—. ¡No hay que rendirse nunca jamás!

Abro los ojos, quito el pie del agujero del tronco y me quedo colgando en la oscuridad. Y me parece que el cerezo se mueve bajo mis dedos como si se sacudiera un poco. Resbalo. Entonces suelto la rama y salto.

Cosas muy importantes para mí

Mi caída no tiene fin.

Noto el aire fresco y oscuro en las mejillas.

Caer no es una sensación desagradable. Siento un golpe en la tripa y en el corazón, como cuando subía a una montaña rusa, que es algo bonito aunque dé miedo. Recuerdo una foto en la que salíamos papá, mamá, la abuela y yo en una montaña rusa para niños. La abuela y yo teníamos el pelo volando al viento, los brazos levantados y la boca abierta de par en par, enseñando todos los dientes (ella, la dentadura postiza, blanquísima). La abuela siempre quería levantar los brazos en los tiovivos. Recuerdo sus gritos, pero no eran gritos de miedo, y también el *flash* de la cámara de fotos. Un relámpago blanco.

Y mientras caigo me veo un instante desde fuera, como si otra Mafalda cayera justo delante de mí mirándome y no tuviera los ojos a oscuras. Mientras caemos juntas me cuenta que las coletas se me van hacia arriba, que mis brazos, que hace un momento se agarraban a la rama, siguen levantados, y que tengo la ropa inflada por el viento. Estoy graciosa.

—Abre los ojos —me dice—, ¡es divertido!

Los abro, y hay luz por todas partes, los monstruos son de dibujos animados y aplauden a la vez que la abuela, Ravina, Estella, Filippo y «Óptimo Turcaret». Están Cosimo y Viola. Aplauden mi caída, los veo claros y límpidos, todos juntos parecen artistas de circo, y la niña que cae delante de mí se ríe y señala hacia lo alto. Por eso, un instante antes de tocar el suelo, miro al cielo y alcanzo a contar todas las estrellas del universo.

Falta un centímetro, lo sé, lo siento. La niña que cae conmigo me dice adiós con la mano y sube como un rayo hacia el cielo, agarrada a una guirnalda de globitos rojos que ha encontrado no sé dónde, vuela más arriba que la copa del árbol, más allá del tejado del colegio, ya está en la noche, jugando al fútbol con una estrellita como balón. La abuela está de portera entre la luna y la Estrella Polar.

Mis zapatillas de deporte tocan el asfalto del patio mucho antes de lo previsto, y sobre ellas caen los tobillos, seguidos justo después de las rodillas, el

trasero, la espalda, los hombros y el pelo. Estoy con las manos sobre el asfalto, hecha un ovillo como un saco vacío, y me duelen los pies, pero estoy entera.

La oscuridad sigue oscura; me levanto, rodeada de esa negrura, y estoy a punto de decir un nombre pero ya no lo recuerdo, solo recuerdo el mío.

—¡Mafalda!

La voz de papá llega corriendo desde lejos. Es una voz llena de respiraciones rápidas y puede que también de llanto, pero solo lo sabré seguro cuando perciba su olor.

Papá abre la verja del colegio y la cierra haciendo mucho ruido, corre hacia mí y se me echa encima de rodillas, abrazándome fuerte, muy fuerte.

—Prométeme que nunca más te vas a escapar. Prométemelo —dice, con la nariz hundida entre mi pelo.

—Vale.

Se aparta un poquito, y siento su cara delante de la mía. Su llanto huele a camomila y a humo de chimenea. Un olor riquísimo. Me sujeta por los hombros. Eso también lo hacía Estella.

—¿Cómo me has encontrado?

—¿Estás bien? ¿No te has roto nada? Te he visto caerte del árbol.

—No me he caído, he bajado. ¿Cómo me has encontrado?

—Te hemos seguido el rastro. Los vecinos te vieron salir por atrás...

—¿Los antipáticos?

—Sí. No son tan antipáticos. Solo tímidos. Nos han ayudado a buscarte.

—¿Y luego?

—Quizá sea mejor que te lo cuente en casa. Hace frío. ¿Sabes qué hora es? —Después se para, y sé que está sonriendo, se lo oigo en la voz—. Es el momento del día que la abuela prefería, su momento preferido de todos.

Y me ocurre algo extraño porque sé de qué habla. Siento como un sol que me asoma detrás de los ojos y me calienta toda la cara.

—Papá, la abuela se llamaba Alba, ¿verdad?

Él me acaricia la cabeza.

—Sí, Mafalda, así se llamaba la abuela. Vamos a casa.

—¿Contamos cuántos pasos hay entre el cerezo y su aroma?

Mamá hace tintinear las llaves de la casa nueva, y «Óptimo Turcaret» se escabulle fuera justo un instante antes de que cierre la puerta.

—Mamá, no vale, ¡yo el aroma del cerezo lo noto en cuanto abro la ventana de mi cuarto!

Cruzamos el bulevar lleno de flores y llegamos detrás de la esquina del colegio, en la parte del huerto biológico. Oigo el salto ahogado de *Óptimo Turcaret*, que se cuele dentro para hacer sus necesidades, y me entra la risa.

—Tienes razón, no vale. Te acompaño dentro.

Una bocanada de aire tibio me acaricia las mejillas, y luego oigo el silbido secreto, que no es tan secreto. Me vuelvo hacia mamá.

—Ya me he enterado. Quieres entrar tú sola. Vale, aquí te espero cuando salgas.

Me da un beso y se aleja unos pasos. Sé que me está mirando a escondidas y que piensa que yo no me doy cuenta. Pongo un pie en el primer escalón. Desde arriba llegan hasta mí unos pasos muy rápidos, y casi me parece ver a la persona que está parada delante de mí: espalda erguida, piernas abiertas, brazos en jarras.

—Venga, agárrate, y entramos.

Subimos la escalinata, y él me dice que soy lenta como una canción aburrida. Pienso en nuestro grupo, que por ahora solo es un dúo.

—¿Ensayamos hoy?

—Sí, a las tres.

—¿Qué cantamos? ¿*Yelou sabmarín*?

—No, una canción nueva.

—Vale. La apunto en la lista.

—¿Qué lista?

—Una nueva. Cosas muy importantes para mí.

—¿La tienes aquí?

—Sí.

—Enséñamela.

Me saco del bolsillo una hoja doblada en cuatro y se la doy a Filippo.

—Madre mía, cómo escribes. No se entiende nada.

Su voz huele a leche y a menta. Un olor riquísimo. Con un poco de esfuerzo, lee mi nueva lista:

Cosas muy importantes para mí:

La música. Óptimo Turcaret. Las historias.

Esquiar y tirarme en trineo con papá o Filippo.

Ir muy rápido en bicicleta con Filippo. Adivinar qué hora es por el sol en la cara. Tener un amigo del alma.

Las flores y su aroma.

*Ir de viaje a un sitio distinto todos los años.
Tregar a los cerezos. Y bajar.
No estar sola. Querer a alguien.
Ser fuerte como una amazona.
Escribir al menos un libro...*

Para de leer.

—Qué bonito. Pero en el recreo te la reescribo mejor.

Estoy feliz. Estoy tan feliz que hasta me olvido de volverme para despedirme de mamá, que sigue en la verja del colegio y está contenta ella también porque sabe que lo esencial para mí es encontrar al menos un amigo de verdad, y cuando tu hija de diez años encuentra un amigo de verdad en la oscuridad creo que tienes que estar contenta a la fuerza.

—¿Me ayudas también a escribir el libro?

Filippo me devuelve la lista al bolsillo y me coge la mano. Suena el timbre, tenemos que entrar.

—Vale. ¿Has pensado ya cómo empieza?

Sonrío.

—Sí. Empieza así: «A todos los niños les da miedo la oscuridad...».

Querida Mafalda:

Hace algún tiempo te dije que una amiga maleducada se había llevado un trocito de mí, ¿te acuerdas? Pero Estella no dice mentiras, solo verdad, por lo que es justo que sepas que no era una amiga mía, sino una enfermedad muy antipática, y ahora la enfermedad ha vuelto y está intentando llevarse otro trozo de mí, o quizá a mí toda entera. Por eso estoy en el hospital y no he podido hacerte nuestro silbido secreto.

Estoy segura casi al ciento por ciento de que cuando leas esta carta yo ya me habré ido a vivir con tu abuela y el gigante al tronco del cerezo, y que los tres juntos nos lo pasaremos pipa. Puedes venir a vernos cuando quieras, basta con que trepes al árbol y pongas los pies donde te dije cuando nos conocimos hace unos años. Ese día hablamos también de nuestras listas, y yo te enseñé la mía. Pero con el tiempo lo estuve pensando, y empecé una lista nueva con las cosas que eran esenciales para mí y que podía hacer aunque me faltara una teta. La idea me la diste tú, que empezaste una lista con las cosas que puedes hacer sin ojos, que en mi opinión es mucho más difícil. Espero que hayas encontrado un montón de cosas que poner en tu lista, porque eres una auténtica amazona, una princesita rampante y la hija secreta de Sherlock Holmes. Yo solo tengo una: encontrar una amiga de verdad. Que es también lo esencial para mí.

Nos vemos en el cerezo, Mafalda, y mientras tanto diviértete mucho, pero que mucho, mucho. Como si fuera siempre la fiesta de tu décimo cumpleaños.

TU SEÑORA ESTELLA DE TRANSILVANIA,
REINA DE TODAS LAS AMAZONAS

Agradecimientos

Aquí estamos.

Mi primer «gracias» es para mamá, papá, Roberta, Alessandra, Giuliano, Pietro, Matilde, el tío Silvio, la tía Alba y Ada: hay que estar bastante loco y ser muy «familia» para creer en alguien hasta este punto.

Doy las gracias a mi compañero Simone, por haber amado de verdad mi libro, con sus imperfecciones. Y a mí, con mis imperfecciones. Y mi jardín, y mi cocina, también con sus imperfecciones. Porque te preocupas cuando me caigo, y después te ríes. Porque el sonido de tus pensamientos es hermoso.

Gracias a mis diez tíos, a mis once primos, a sus parejas y a sus hijos, porque me habéis enseñado que se puede superar lo peor y seguir riendo. Y de qué manera.

Gracias a los profesores que me pusieron en la mano una pluma y la lengua italiana, y me animaron a sujetarlas con fuerza: Rosa, Anna, Mariarosa, Ester, Manuela, Paola, Provvidenza, Loretta, Mario, Francesco, Guido y Adriana.

Gracias a Anna Paola, Margherita, Sara, Angela, Sara, Giulia, Daniele, Beatrice, Fabiola, Vanessa, Alessandro y Federica, Veronica y Luigi, Francesca, Barbara, Miriam, Matteo, Martina. No es fácil ser leal a un amigo a las duras y a las maduras. Vosotros sois lo bastante fuertes.

Gracias a mis colegas, amigos ya, Paolo, Maria, Caterina, Rubby, Gioele y Andrea. Qué grandes sois. Y gracias a los niños y niñas de todas las nacionalidades a los que, a lo largo de los años, he seguido junto con estos colegas y que continúan siendo aún hoy una valiosísima fuente de historias y de cariño incondicional. Cuando escribo estáis siempre conmigo.

Gracias a los compañeros de miedo y ebriedad de la escuela Palomar de Rovigo: Stella, Andrea, Arianna, Edoardo, Anna, Stefano, Francesco, Enrico, Igor, Germano, Giulio y Evita. Verdaderos amigos y verdaderos escritores, los padres —de carne y hueso— de Mafalda.

Dedico un agradecimiento muy especial al escritor que fundó la escuela Palomar, Mattia Signorini. Tú conociste a Mafalda y la comprendiste antes

que nadie. Gracias a Giulia Belloni Peressutti, esa grandísima señora: «Si hubieras actuado de otro modo, me habrías decepcionado».

Gracias a Chiara por haberme dado el *la*. Una nota que me cambió la vida.

Doy las gracias a Martino, Aneliya y Sadhbh por la paciencia con la que intentaron enseñarme algo de inglés.

Agradezco de corazón a la espléndida agente Vicki Satlow, y a su equipo, Giulia Iovino y Martina Moretti en particular: sin vuestra ayuda nada de esto habría sido posible.

Con el mismo entusiasmo quiero expresar mi agradecimiento a la maravillosa editorial Rizzoli, con todos sus ingredientes mágicos, encarnados en Michele Rossi y Benedetta Bolis, por haber visto belleza en la imperfección de Mafalda; a Cristina Franceschi por la organización de los viajes; a Francesca Leoneschi por su saber hacer en la parte del diseño gráfico y a Giulia Magi por su enorme ayuda en la promoción. Gracias a todos aquellos —editoriales, editores, videorrealizadores— que han amado mi historia y han trabajado con pasión para compartirla de la mejor forma posible.

Gracias a mis fotógrafos de confianza, Caterina y Mirko.

Doy las gracias a quienes han creído en una chica anónima de una provincia italiana. Marianne Gunn O'Connor, Jane Harris, Emma Matthewson, Ruth Logan, Tina Mories, a toda la editorial Bonnier Zaffre y a los grandísimos profesionales que se enamoraron de la novela a primera vista.

Gracias a una traductora sensible y atenta, mi amiga Denise Muir, y a la ilustradora Carolina Kabei por la inteligencia y la intensidad de sus imágenes.

Gracias a quienes, en el pasado, me dieron la oportunidad de trabajar, a quienes me llevaron a Rovigo y a tantos otros lugares y se quedaron allí conmigo o vinieron a recogerme, a quienes fueron amables conmigo y a quienes no lo fueron, o no tuvieron la fuerza de estar a mi lado: todos me habéis hecho más fuerte.

Gracias a Ilenia, que me enseñó a volver a quererme. Por ello mi último agradecimiento va para mí y para todas las mujeres que no se rinden. Gracias. Al final venceremos nosotras, siempre.



Paola Peretti nació en la provincia de Verona, donde sigue viviendo en la actualidad.

Estudió Filosofía y Literatura y se graduó en Periodismo y Edición en 2011, con una tesis sobre la discriminación de género.

Mientras estudiaba, trabajó de camarera, barista, canguro y profesora, y escribía artículos en el periódico local. Hace dieciséis años descubrió que padecía la enfermedad de Stargardt, una dolencia incurable que causa la pérdida progresiva de visión.

En la actualidad, enseña italiano a niños inmigrantes procedentes de Senegal, Nigeria, China, Rumanía, India, Pakistán, Rusia...

El árbol de las cerezas es su primera novela.